
DRACENIA
Libro I



DRACENIA

LIBRO I

Edición de lectura

Colección DRACENIA



Contenido

Capítulo 1 — La carta que no era un error 1

Capítulo 2 — El verde correcto 9

Capítulo 3 — Cosas que podían ser suyas 15

Capítulo 4 — Una cama junto al lago 24

Capítulo 5 — Donde estaban los demás 30

Capítulo 6 — Dos pulgadas 38

Capítulo 7 — Un sitio en el aire 44

Capítulo 8 — Primero es primero 53

Capítulo 9 — La boca de la calabaza 58

Capítulo 10 — Antes de cenar 63

Capítulo 11 — Una sombra con dientes 67

Capítulo 12 — La carta más difícil 73



Contenido



Capítulo 13 — La escoba prestada 78

Capítulo 14 — El retrato que no quería volver 85

Capítulo 15 — Una bufanda y una puerta 90

Capítulo 16 — Las visitas de Navidad 97

Capítulo 17 — Lo que veía Ron 102

Capítulo 18 — Las dos caras de una hoja 109

Capítulo 19 — Noventa de los demás 114

Capítulo 20 — Una noticia demasiado buena 120

Capítulo 21 — Un animal pequeño 125

Capítulo 22 — Lo que decía la señal 131

Capítulo 23 — Setenta 135

Capítulo 24 — A mano 140





Contenido

Capítulo 25 — La plata en el pasto 144

Capítulo 26 — Lo que nadie había visto 150

Capítulo 27 — El precio de un huevo 154

Capítulo 28 — Antes que Potter 159

Capítulo 29 — Lo que Neville no iba a prometer 163

Capítulo 30 — La jugada que faltaba 169

Capítulo 31 — El profesor que lo escuchaba 175

Capítulo 32 — Las personas que volvieron 180

Capítulo 33 — Diez puntos 188

Capítulo 34 — Sin decir Potter 193

Capítulo 35 — Una ventana para Hedwig 199

CAPÍTULO 1

La carta que no era un error

Harry

Harry tenía dos pinzas entre los dientes cuando Dudley decidió que ya era hora de sacar la bicicleta.

—Quítate.

Había espacio para pasar por el sendero. Dudley prefirió cruzar entre Harry y el tendedero, con uno de sus amigos detrás. Harry sostuvo la sábana sobre el brazo para que no la pisaran.

—La vas a ensuciar.

Su primo le mostró la lengua. Un pedal golpeó la cesta; las pinzas cayeron sobre las losas y la camisa que Harry había apartado acabó junto a la llave del agua. Los dos muchachos ya estaban saliendo cuando él se agachó a recogerla.

La manga azul había caído en un charco.

—¡Esa va a la sombra! —gritó tía Petunia desde la cocina.

Antes le había dicho lo mismo de la verde. Harry se acordaba porque la había cambiado de sitio dos veces. Podía recordárselo y recibir un regaño, o colgar la azul donde le ordenaba ahora y terminar antes. Escogió lo segundo. Entonces vio el puño empapado.

La puerta de la cocina se abrió.

Harry apretó la manga. No tenía tiempo de lavarla otra vez; ni siquiera de explicar qué había hecho Dudley. Deseó que se secara, con tanta fuerza que cerró los ojos.

El agua le cayó sobre los zapatos.

Abrió los ojos y apartó las manos. La tela se desplegó entre ellas, ligera, seca. Tocó el interior del puño para comprobarlo.

—¿Qué haces?

Petunia le quitó la camisa. Harry todavía tenía la forma de la manga entre los dedos.

—Se cayó.

Su tía examinó la pequeña mancha de barro, luego sus zapatos mojados.

—Más cuidado.

Le devolvió la prenda y entró en la cocina. Harry esperó a que cerrara para tocarla otra vez. No había una sola parte húmeda.

La colgó a la sombra. Después, mientras recogía las pinzas, intentó desear que se secaran los calcetines. No pasó nada.

La carta apareció esa tarde, metida entre las páginas de un catálogo que tío Vernon había dejado en el suelo.

Harry iba a cerrarlo cuando reconoció su nombre. Alguien había escrito *Harry Potter* con tinta verde sobre un sobre grueso. No decía *el sobrino* ni *para entregar al adulto responsable*. Decía Harry Potter.

Lo sacó.

—Déjalo como estaba —ordenó Vernon desde el sofá.

—Hay una carta para mí.

Vernon extendió la mano. Harry tardó en entregársela; quería por lo menos mirar el sello. Su tío se la arrancó y abrió el sobre con el borde de una regla.

Leyó unas líneas. Dejó de respirar por la nariz de aquella forma ruidosa que Harry conocía tan bien.

—Petunia.

Harry miró de uno a otro. Su tía tenía un paño en las manos; lo retorció al ver la hoja.

—¿De quién es? —preguntó él.

—De una escuela —dijo Vernon—. Se han equivocado.

Harry intentó leer por un costado. Vio una palabra larga, Hogwarts, antes de que su tío doblara el papel.

—¿Cómo se equivocaron si tiene mi nombre?

Vernon lo miró. Harry bajó el catálogo, que todavía llevaba abierto contra las piernas.

La carta acabó en un cajón de la cocina. Petunia lo cerró con llave.

Esa noche, acostado debajo de la escalera, Harry repitió el nombre para no olvidarlo. Hogwarts. Sonaba lejano. Si se trataba de un error, deseó que tardaran mucho en descubrirlo.

Dos días después, la persona que llamó a la puerta era demasiado grande para confundirse de casa sin que alguien lo notara.

Harry abrió con un zapato de Dudley en la mano. La barba del visitante quedaba muy por encima de su cabeza.

—Busco a Harry Potter.

—Soy yo.

El hombre lo examinó y sonrió. Harry tuvo la extraña impresión de que le alegraba encontrarlo.

—Hagrid. Trabajo en Hogwarts. ¿Puedo pasar?

Vernon apareció detrás de Harry.

—Ya contestamos.

—Pues no nos llegó —dijo Hagrid.

Tuvo que agacharse para entrar. Petunia salió a su encuentro y, por una vez, no le pidió a Harry que recogiera el zapato que había dejado en mitad del recibidor.

En la cocina no había una silla que pareciera capaz de sostener a Hagrid. Harry apartó una, por si acaso.

—Gracias. Mejor de pie. Luego me siento y tienen que sacar también la mesa.

Harry sonrió. Vernon no.

—El niño irá a una escuela normal.

—Primero tendrá que leer lo que le mandaron.

Hagrid esperó. Petunia abrió el cajón.

Esta vez la carta llegó a las manos de Harry. Leyó que tenía una plaza en un colegio de magia, que debía presentarse el primero de septiembre y que necesitaría una varita. Volvió a la primera línea para asegurarse de que no había entendido mal.

—¿Yo?

—Tú —confirmó Hagrid.

—Le pasan cosas —dijo Petunia, sin mirarlo—. Eso no significa que deba ir.

Harry levantó la cabeza. Ella sabía.

Pensó en la camisa, en la puerta de su antigua escuela que se había abierto cuando no lograba salir. Había recibido castigos por las dos cosas. Nunca una explicación.

—¿Lo de la ropa fue magia?

—Puede ser —dijo Hagrid—. Aprenderás a controlarla.

—¿Y si no puedo?

—Para eso te enseñan. Si todos llegaran sabiendo, los profesores podrían irse a pescar.

Harry volvió a mirar la palabra *varita*. Vernon estaba hablando de gastos; Hagrid le contestó algo, pero él ya no consiguió seguir la discusión.

Leyó la lista sentado en el escalón del jardín. Hagrid salió después y se acomodó en el sendero, porque en el escalón no cabían los dos.

—¿Mi madre sabía? —preguntó Harry.

Hagrid se quitó el sombrero.

—Tu madre era bruja. Tu padre, mago. Fueron a Hogwarts.

La noticia debería haberlo hecho feliz. En cambio, Harry miró la ventana de la cocina, donde su tía guardaba unas tazas.

—Me dijeron que murieron en un coche.

Hagrid mantuvo el sombrero entre las rodillas. Le contó lo de Voldemort sin suavizar el nombre ni apresurarse cuando Harry dejó de mirarlo. Aquel hombre había matado a sus padres. Había intentado matarlo a él. Harry se tocó la cicatriz.

—¿Por eso tengo esto?

—Sí.

Una mosca se posó en el borde del escalón. Harry la siguió con la vista. Todo el jardín continuaba igual.

—¿Por qué fue a nuestra casa?

—No lo sé.

Harry tragó saliva.

—¿Hice algo?

Hagrid dejó el sombrero.

—Tenías un año. Él fue a hacerles daño. Tú no tuviste la culpa.

Harry apretó la lista hasta arrugar una esquina. Quería saber más y quería que Hagrid se callara. Lo peor era que, por primera vez, alguien habría seguido contestando si él encontraba otra pregunta.

—¿Los conociste?

—Sí. A James y a Lily.

Harry se quedó escuchando aquellos nombres. Hagrid no añadió enseguida cómo habían muerto. Esperó con él, mientras la mosca volvía al mismo sitio y Petunia cerraba la ventana.

Al rato le mostró una fotografía de Hogwarts. Las nubes se movían sobre las torres.

Harry inclinó la imagen. Un pájaro salió por un borde y volvió por el otro.

—¿Ahí voy a dormir?

—Si quieres ir.

—Sí quiero.

Lo dijo deprisa, por si todavía podían cambiar de opinión.

En Londres, Hagrid lo condujo por una taberna y se detuvo frente a una pared de ladrillos. Harry alcanzó a ver dónde la tocaba antes de que empezara a abrirse.

Los ladrillos se apartaron, uno tras otro, hasta dejar pasar el ruido de una calle. Harry avanzó sin soltar la lista. Una tienda anunciaba calderos; más allá, unas botas vacías pateaban el escaparate y un hombre discutía con un cartel que seguía diciendo *Cerrado*.

Entre dos toldos quedaba una tira de cielo. Harry la vio al levantar la cabeza para leer los letreros que sobresalían de las fachadas. Después buscó otra vez el escaparate de las botas: la gente pasaba frente a él sin detenerse, como si no hubiera nada que mirar.

Harry se rio. Miró a Hagrid para comprobar que también lo veía.

—Primero el banco —le recordó él.

En Gringotts, después de un recorrido que dejó su estómago en alguna curva, abrieron una cámara llena de monedas. Eran de sus padres. Serían suyas.

Harry se quedó en la entrada.

—¿Puedo comprar todos los libros?

Hagrid le enseñó a calcular lo necesario. Sacaron una bolsa; después, por encargo de la escuela, recogió un paquete pequeño en otra cámara y lo guardó bajo el abrigo. Harry todavía estaba intentando entender lo de sus monedas.

De regreso, las ruedas volvieron a chirriar en una curva. Harry se inclinó con la bolsa apretada contra las piernas; no quería que ninguna moneda acabara en el fondo del carro. Cuando pudo sentarse derecho, se encontró sonriendo y no supo desde cuándo.

Al salir, la lista se le dobló con el viento. La sujetó y descubrió una papelería. En el escaparate, una pluma escribía sola.

Harry se detuvo. En la lista no decía nada de cuadernos.

—¿Podemos ver esa tienda?

Hagrid volvió sobre sus pasos.

—Claro.

Harry metió la mano en el bolsillo. Las monedas seguían allí.



CAPÍTULO 2

El verde correcto



Dracenia

Dracenia sabía que había elegido el verde oscuro. Lo recordaba perfectamente. Su madre también, aunque ahora estaba mirando el cuaderno como si fuera posible escoger otro.

—El claro combina con tu estuche —dijo Narcissa.

—Pero este me gusta más.

La dependienta dejó ambos sobre el mostrador. Dracenia puso la mano encima del oscuro. Nadie iba a llevárselo mientras discutían el estuche.

Apoyó los antebrazos en el mostrador y se arrimó un poco más, con los pies juntos. La esquina de la cubierta quedó escondida debajo de sus dedos. Al inclinarse se apartó el pelo rubio de la frente con la muñeca, sin levantar la otra mano del cuaderno. Narcissa seguía mirando el claro.

Había esperado aquel día todo el verano. Su padre le había prometido que podría escoger los materiales, con tal de llevar a Hogwarts algo más útil que una caja de plumas carísimas.

—Las plumas también son útiles —le había dicho ella.

—Depende de lo que escribas.

Dracenia pensaba escribir mejor que los demás. Tenía una letra excelente y sabía varios nombres de ingredientes. También sabía

qué familias encontraría en la escuela; Lucius los había repasado durante la cena hasta que ella pudo distinguir a dos primos a los que siempre confundía. Hogwarts iba a estar lleno de gente que no conocía y su padre no podría acompañarla hasta el salón. Cuanto menos necesitara preguntar, mejor.

La dependienta abrió el cuaderno. Los renglones de Dracenia terminaron de enderezarse solos.

—Con la guía encantada, la tinta…

—Ya sé cómo funciona.

—Entonces espera a que seque.

Dracenia retiró la mano. Había una mancha debajo del pulgar, pero no pensaba enseñar la palma.

Sonó la campanilla y entró un niño de pelo negro. Detrás apareció Hagrid, que tuvo que empujar una manga de su abrigo para que no se quedara afuera. Dracenia se acercó a su madre; le sorprendió que a Hagrid lo dejaran entrar en una tienda tan pequeña. El niño llevaba unas gafas reparadas y ropa grande de más.

—Quería un cuaderno —dijo él.

La dependienta le mostró tres. Cuando el broche de uno le atrapó un dedo, el niño dio un respingo.

Dracenia lo había visto venir.

—Ese se cierra solo.

El niño consiguió soltarse y la miró.

—Ahora ya sé.

No parecía especialmente agradecido. Dracenia volvió a su cuaderno.

—Quítale lo de los renglones. Lo hago mejor sin eso.

Su madre alzó una ceja.

—¿Estás segura?

—Sí.

La dependienta anuló la guía. Dracenia escribió otra línea: *Dracenia Malfoy*. Le salió perfectamente recta. No había visto al niño acercarse hasta que su codo apareció al otro lado del mostrador.

—¿Eso también se aprende en primero? —preguntó él.

Se refería al encantamiento. Dracenia cerró el cuaderno para que no siguiera mirando.

—Si te sale.

—No lo he probado.

—Se nota.

Hagrid dejó el sombrero sobre la mesa. La dependienta sonrió al niño.

—El mío lleva toda la mañana practicando una palabra. Todavía se equivoca.

El niño soltó una risa. Dracenia miró el cuaderno del broche. Qué comparación tan ridícula: ese cuaderno ni siquiera sabía que se estaba equivocando.

—Vamos a envolver el tuyo —añadió la mujer.

Extendió una hoja plateada y le pidió que sujetara una esquina. Dracenia obedeció. El papel se plegó por los costados, pero una arruga estropeó el borde que tenía delante. La alisó.

La arruga volvió a levantarse.

Dracenia la aplastó con la uña.

—Déjalo —le advirtió la dependienta.

Soltó el papel cuando ya empezaba a desplegarse. Una tira saltó hacia el niño; él la atrapó y quedó sujeto de la muñeca al mostrador.

Dracenia abrió mucho los ojos. El niño apoyó la otra mano para soltarse y también se la envolvió.

Hagrid avanzó. La mesa crujió bajo su peso.

—Usted no se apoye —pidió la dependienta, mientras sacaba la varita.

Narcissa recogió el cuaderno. Dracenia habría querido hacer lo mismo antes, pero todavía estaba mirando las manos del niño.

—¿Por qué lo agarraste?

—Porque venía hacia mí.

—Podías apartarte.

Él movió las manos y el papel le apretó los nudillos.

—Gracias. La próxima vez dejo que me envuelva la cabeza.

Hagrid hizo un ruido detrás del sombrero. Dracenia no vio qué tenía de gracioso.

La dependienta tocó los dobleces con la varita. El papel se abrió y el niño retrocedió, con una estrella plateada pegada en el dorso de la mano. Estaba despeinado. Más despeinado.

Entonces Dracenia vio una raya verde en la esquina de su cuaderno.

—Mamá.

Narcissa lo giró. El niño miró la mancha.

—Yo no lo toqué.

—Estabas justo aquí —dijo Dracenia.

—Tú tienes tinta en el dedo.

Dracenia cerró la mano, demasiado tarde. Su madre le sujetó suavemente la muñeca y le dio la vuelta.

—También en la palma.

La dependienta limpió la cubierta. Nadie pidió al niño que se disculpara. Dracenia intentó quitarse la tinta con un pañuelo y la extendió hasta la base del dedo.

Su madre pagó el cuaderno y el frasco de tinta. La dependienta preparó un envoltorio nuevo, esta vez sin pedir ayuda.

El escaparate se llenó un instante con la sombra de alguien que pasaba. Dracenia vio su propia cara en el vidrio, muy cerca de la de su madre, y levantó la barbilla antes de apartarse del mostrador. Narcissa ya estaba recogiendo el bolso; ella se quedó mirando un poco más, con los labios apretados.

Antes de salir, Dracenia vio que el niño había escogido el azul corriente.

—Ese no hace nada.

Él le pasó la mano por la cubierta.

—Ya sé.

Dracenia esperó. Si sabía, ¿por qué lo compraba? El niño no se lo explicó. Ella salió detrás de su madre con el paquete apretado contra el pecho.

Lucius las esperaba cerca de la librería. Apartó la mirada de un periódico para recibirlas.

—¿Conseguiste decidirte?

Dracenia le mostró el paquete.

—Le quitaron el encantamiento. No servía.

Narcissa examinó un escaparate.

—La tinta todavía necesita tiempo para secarse.

Lucius vio las manos de su hija y le ofreció su pañuelo. Era más suave que el de ella. Dracenia aceptó sin comentar lo ocurrido.

Hagrid pasó a unos metros con el niño. Lucius dejó de doblar el periódico.

—Mira quién está ahí.

Dracenia se volvió de inmediato, esperando descubrir a alguien importante. Vio al mismo niño, que casi chocó con una mujer por estar mirando una jaula.

—¿Él?

Su padre la miró, divertido.

—Harry Potter.

Dracenia tardó un segundo en recordar la cicatriz que había visto debajo del pelo. Después miró la estrella plateada en la mano de Potter, todavía visible cuando él señaló una tienda.

—No parecía tan listo —dijo.

Lucius guardó el periódico.

—Eso tendrás ocasión de averiguarlo.

Dracenia le devolvió el pañuelo. Había dejado una mancha en él también. Su padre lo tomó como si no importara y le acomodó el paquete para que no lo cargara por el borde.

—¿Un helado antes de seguir?

Ella escogió el sabor más grande de la lista, hasta que su madre le recordó que los sabores no tenían tamaño. Dracenia pidió dos.

Todavía no había empezado el curso y Potter ya se había reído de ella. Le bastaba acordarse para que el helado le supiera un poco menos dulce.

CAPÍTULO 3

Cosas que podían ser suyas

Harry

La dependienta le prestó una pluma para probar el cuaderno azul. Harry escribió su nombre, esperó a que secara y rozó una letra con el dedo.

No se corrigió. No se movió. Si quería llenar el resto de la página, tendría que decidir qué poner.

Lo compró con un frasco de tinta y una pluma nueva. Cuando la mujer tomó otra hoja plateada, él negó tan deprisa que Hagrid se echó a reír.

Salieron con casi toda la lista pendiente. En la tienda de túnicas, un alfiler se negó a quedarse en el cojín; en la librería, Harry tuvo que sujetar un volumen que intentaba regresar al estante. Su entusiasmo no disminuyó hasta la tienda de varitas.

Ollivander apartó una escalera para dejarlo llegar al mostrador y abrió una caja estrecha.

El ruido de la calle llegaba apagado a través del vidrio. Allí se oyó perfectamente el roce de la caja al deslizarse sobre la madera y el chasquido pequeño de la tapa. Harry se inclinó para mirar el interior. El papel parecía muy viejo para envolver algo que él iba a estrenar.

Harry tomó la varita con tanto cuidado que el hombre le pidió que no la sujetara como si fuera a romperse. Apretó un poco más. No sintió nada.

—Pruebe un movimiento pequeño.

Harry lo hizo. El papel de la caja se plegó por una esquina y volvió a extenderse.

Miró a Hagrid, que esperaba junto a la puerta con una paciencia imposible de interpretar.

—¿Eso cuenta?

Ollivander ya estaba buscando otra caja.

—Cuenta para probar otra.

La siguiente le hizo cosquillas en los dedos, pero el hombre se la retiró antes de que pudiera preguntarle si eso era mejor. Harry empezó a sentirse como cuando lo escogían al final para formar equipos: estaba ahí, dispuesto, sin que nadie pareciera encontrar qué hacer con él.

—¿Puede no haber una? —preguntó.

Ollivander dejó una tercera caja sobre el mostrador.

—Llevamos muy poco tiempo buscando, señor Potter.

Harry miró los estantes. Había cajas hasta arriba. No sabía si eso debía tranquilizarlo.

Al tomar la nueva varita sintió un calor agradable desde la palma hasta la base de los dedos. La sostuvo sin corregir la postura. Unas chispas iluminaron la pared y él soltó una risa de sorpresa.

—Esta —dijo, antes de que se lo preguntaran.

La luz se apagó antes de que Harry consiguiera mirar dónde habían caído las chispas. Le quedaron delante las mismas cajas oscuras, pero siguió viéndolas iluminadas cada vez que

parpadeaba. Hagrid había dejado de apoyarse en la puerta. Harry quiso hacerle mirar, pero Hagrid ya estaba sonriendo.

El vendedor la miró con una atención distinta.

Harry esperó una advertencia, pero sólo le explicó cómo guardarla y le pidió que no la dejara suelta entre los libros. La caja le pareció demasiado pequeña para algo que acababa de responderle de aquella manera.

Hagrid todavía tenía una sorpresa: una lechuza blanca que lo observó desde su jaula como si estuviera decidiendo dónde ponerlo a él.

—Por tu cumpleaños.

Harry miró la jaula, luego a Hagrid.

—¿Me la puedo llevar?

—Para eso la compré.

La lechuza se acomodó sobre el palo. Harry vio cómo se le esponjaban las plumas del pecho al esconder una pata. Se quedó observándola hasta que volvió a sacarla. No quería perderse nada de lo que hacía su lechuza.

No supo darle las gracias sin repetirlo varias veces. Al final Hagrid lo llevó a comer para que pudiera ocuparse también de otra cosa.

Harry abrió el cuaderno junto al plato. Escribió las preguntas que se le habían acumulado y se detuvo al llegar a una.

—¿Hay alguien en la escuela que se acuerde de mis padres?

Hagrid dejó el vaso.

—Yo me acuerdo.

—Pero de antes.

La lechuza giró la cabeza. Harry siguió mirando a Hagrid.

—Tu padre me pidió cuero una vez. Había perdido la suela de un zapato.

Harry intentó imaginárselo saltando sobre un pie.

—¿Y se lo diste?

—Claro. Todavía me debe lo que sobró.

Harry se rio. Le gustó tener una pregunta que no acabara en aquella casa donde todos habían muerto.

Durante agosto leyó los libros escondido de Dudley y llenó varias páginas de preguntas. A la lechuza le puso Hedwig después de encontrar el nombre en Historia de la Magia. Ella lo aceptó, o por lo menos dejó de mirarlo cuando intentó llamarla por otro.

El primero de septiembre, Vernon lo dejó en King's Cross con un baúl, la jaula y un boleto para un andén que no existía.

Harry encontró el nueve, después el diez. Entre ambos había una barrera. Las instrucciones insistían en la discreción, algo difícil de conseguir con un carrito cuya rueda chirriaba cada vez que doblaba.

Un muchacho pelirrojo lo sujetó antes de que golpeara una maleta.

—Creo que quiere ir por otro lado.

Harry tiró hacia atrás. La rueda giró y le pasó por encima del zapato.

—Yo también.

El chico se rio. Su madre los llamó desde unos pasos más allá y Harry se acercó con el boleto en la mano. Ella miró el destino sin sorprenderse.

—Por la barrera. Sigue derecho.

Harry volvió a mirarla, por si estaba bromeando. Un par de gemelos ya había desaparecido entre los ladrillos.

—Soy Ron —dijo el muchacho—. Voy detrás. Intenta no frenar en mitad.

Harry avanzó esperando el golpe. En cambio, encontró vapor y un tren rojo.

Frenó.

Ron apareció a su espalda y torció el carrito a tiempo.

—Te dije que no.

—Es que…

Harry señaló el tren. Ron lo miró y pareció entender.

—Sí. La primera vez también me pasó.

Encontraron un vagón donde la puerta estaba abierta y los escalones, ocupados por una maleta. Detrás esperaba un niño con una caja agujereada entre los brazos.

—¿Es tuya? —preguntó Ron, señalando la maleta.

El niño asintió.

Harry dejó la jaula sobre su baúl y se acercó. Entre los dos podían levantarla, pero, al empujar, la maleta volvió a caer sobre el primer escalón. Algo tiraba de ella por abajo.

—No jalen —pidió el niño.

Tenía la correa de la caja atrapada bajo una rueda. Harry se agachó para sacarla. Desde allí oyó un golpe suave dentro del cartón.

—¿Qué llevas?

—Un sapo.

Ron dejó de empujar.

—Eso habría sido bueno saberlo antes.

Harry levantó una esquina. El niño soltó la correa y la abrazó contra la caja; Ron empujó con el hombro hasta que la maleta pasó. Se quedaron un instante mirando el espacio que acababa de abrirse.

—Ahora faltan las nuestras —dijo Ron.

Una muchacha apareció en el pasillo con un libro sujeto bajo el brazo. Había encontrado una cinta que se había soltado de la maleta.

—Si la atas por aquí, no se cae —le explicó al niño.

Él intentó sostener a la vez la caja y los extremos. Harry le ofreció las manos.

—Yo la tengo.

El niño tardó en entregársela. La muchacha hizo un nudo, tiró para comprobarlo y se quedó con una punta libre entre los dedos.

Ron apretó los labios. Harry tuvo que mirar la caja para no reírse también.

—Ése no era —dijo ella.

Volvió a empezar, esta vez apoyando el libro. El niño recibió la cinta y dio un tirón más pequeño. Aguantó.

—Soy Neville —dijo. Luego levantó una esquina de la tapa para comprobar el interior—. Él es Trevor.

El sapo parecía menos preocupado que cualquiera de ellos.

—Hermione —añadió la muchacha, recuperando su libro—. Podemos pasar las jaulas primero.

Harry recogió la de Hedwig. Ron se quedó abajo para empujar el primer baúl y él subió para recibirlo. Al tirar del asa, la muchacha apartó la caja de Trevor de sus pies.

Cuando por fin pudieron entrar los cuatro, Harry tenía calor y una manga enrollada hasta el codo. Dijo su nombre mientras intentaba bajársela. Los otros tres se quedaron mirándolo.

Harry deseó haberlo dicho después de sentarse.

—¿Eres tú de verdad? —preguntó Ron.

—Eso parece.

Hermione abrió la boca. Ron señaló uno de los compartimentos.

—Vamos. Si seguimos aquí, voy a tener que viajar abrazado a tu baúl.

Harry se sentó junto a la ventana. La madre de Ron le dio un beso de despedida a su hijo; una niña pelirroja agitó los brazos cuando empezó a moverse el tren. Harry le devolvió el saludo, aunque no estaba seguro de que fuera para él.

Ron vio las monedas que sacó cuando pasó el carrito de comida.

—No necesitas comprar todo.

—No sé qué es nada.

Eso le pareció una razón bastante buena. Escogieron un bollo que soltó una bocanada de aire dulce al partirlo y unas ranas de chocolate que Harry no consiguió examinar antes de que una saltara bajo el asiento.

Ron tuvo que acostarse en el suelo para recuperarla.

—La próxima vez, sostenla.

—Creí que era de chocolate.

—Lo es. Eso es lo bueno.

Neville protegió la caja de Trevor de las migas. Hermione regresó de hacer preguntas a un prefecto y encontró una rodilla de Ron debajo de la mesa.

—¿Se perdió el sapo?

—Mi comida —explicó Harry.

Ella se agachó para ayudar. No conocía las ranas tampoco.

Durante la tarde hablaron de cosas que Harry podía preguntar sin sentir que llegaba tarde a todas. Ron tenía cinco hermanos mayores y una hermana que todavía no iba a Hogwarts. Hermione había leído tanto sobre la escuela que le preocupaba no encontrar en ningún libro cómo los iban a seleccionar. Neville no parecía querer averiguarlo.

—Mi abuela ya me explicó qué casa debería tocarme —dijo.

—¿Y tú cuál quieres? —preguntó Harry.

Neville se quedó mirando la tapa de la caja.

—Una donde no me hagan regresar.

Harry le pasó el resto del bollo. No se le ocurrió nada que decirle que no quisiera oír él también.

Por la ventanilla, las casas se volvieron campos y los campos, colinas oscuras. Harry se puso la túnica nueva antes de que llegaran. La tela le quedaba bien. Tuvo que acostumbrarse a no estirar las mangas para encontrar las manos.

En el andén, Hagrid levantaba un farol por encima de las cabezas.

—¡Los de primero! Aquí. Los mayores ya saben dónde ir; dejen de tapar a los que no.

Harry reconoció su voz y dejó de buscar indicaciones. Siguió a sus amigos por el sendero hasta las barcas.

Los zapatos de los que iban delante se perdían por momentos en la oscuridad. Harry bajó la mirada para encontrar el siguiente sitio donde apoyar el suyo y levantó enseguida la cabeza: no quería

perder el farol. A su alrededor sonaba el roce de las túnicas nuevas, todas demasiado oscuras para distinguir a nadie de espaldas.

Al subir a la barca apoyó una mano en el borde y descubrió que el agua estaba mucho más cerca que desde la orilla. La madera se inclinó bajo su peso. Se sentó deprisa y buscó con los pies un sitio firme, procurando que Ron no notara cuánto se había agarrado.

El castillo apareció cuando doblaron junto a la orilla. Había visto la fotografía muchas veces. No lo preparó para las ventanas tan altas, para el agua que las repetía debajo de él ni para la idea de que detrás de una lo esperaba una cama.

Intentó seguir una hilera de ventanas hasta arriba. Tuvo que echarse hacia atrás y perdió de vista el borde de la barca. Había luces que no alcanzaba a separar unas de otras; cuando miraba el agua, volvían a romperse. La barca seguía avanzando, pero Harry todavía no terminaba de contemplar el castillo.

Ron quiso señalarle algo. Harry tardó en escucharlo.

Hasta el cuaderno se le había olvidado.



CAPÍTULO 4

Una cama junto al lago



Dracenia

Pansy llevaba media hora intentando adivinar a quién se parecía cada alumno.

—Ese es igual a su padre.

Dracenia miró hacia la puerta del compartimento.

—No conoces a su padre.

—Lo vi en tu casa.

—Ese era su tío.

—Pues igual a su tío.

Dracenia se rio. Habían comido demasiados dulces y Pansy estaba escondiendo las envolturas en su equipaje para que no las viera una prefecta. Dracenia no entendía por qué: nadie había dicho que estuviera prohibido comer hasta sentirse un poco mal.

Su padre se había despedido antes de que llegaran los demás Malfoy conocidos. Le había dicho que escribiera, que escuchara a los profesores y que no permitiera que nadie la hiciera quedar en ridículo. Dracenia lo había prometido todo. Ahora sospechaba que las tres cosas podían ser más trabajo del que él imaginaba.

Narcissa le había revisado el broche del pelo y preguntado por segunda vez dónde guardaba las medias secas. Dracenia contestó

con impaciencia. Durante el trayecto al lago, con un pie mojado, deseó que su madre le hubiera preguntado una tercera.

—No te muevas tanto —le pidió a Pansy en la barca.

—Estoy sentada.

—Pues siéntate más quieta.

El castillo le gustó tanto como esperaba. Más, aunque no pensaba admitir que los dibujos de sus libros se habían quedado cortos. Lo único que arruinaba la llegada era que todos parecían pensar lo mismo. Incluso Potter iba mirando las torres con la boca un poco abierta.

La profesora McGonagall los recibió sin una bienvenida especial para nadie. Dracenia esperó a que revisara la lista y preguntó dónde llevarían los baúles.

—A sus dormitorios.

—El mío tiene...

—Una etiqueta, espero.

Pansy miró el suelo para no reírse. Dracenia terminó de decir que tenía objetos delicados, aunque McGonagall ya estaba indicándoles por dónde seguir.

Al ver el Sombrero, Dracenia pensó que podrían haberle puesto por lo menos un taburete mejor.

Le preocupaba más tener que compartirlo con toda la fila que la Selección. Su familia pertenecía a Slytherin. Pansy también iría allí. Lo habían decidido en verano, sentadas en el suelo de su cuarto, mientras una gobernanta les pedía que dejaran de poner los zapatos encima de los almohadones.

No había pensado que el Sombrero pudiera opinar otra cosa.

Esperó su turno sin dejar de tirar de una manga. Granger recibió Gryffindor y se levantó antes de que la profesora pudiera quitarle el Sombrero. Longbottom casi se lo llevó puesto.

Dracenia le apretó el brazo a Pansy cuando la llamaron. No sabía por qué había tenido que hacerlo. Caminó hasta el taburete y se sentó tan derecha como le permitía aquella cosa que empezaba a cubrirle los ojos.

—Malfoy —dijo una voz junto a su oído.

Sí, pensó ella.

—Eso ya lo sabía.

Dracenia se quedó muy quieta.

—Quieres demostrar unas cuantas cosas.

No se le ocurrió negarlo. Quería la mejor nota, una cama junto a Pansy y un sitio donde no tuviera que explicar quién era su familia. Quería que su padre estuviera contento cuando recibiera la primera carta. También quería quitarse aquel sombrero.

—Slytherin —anunció la voz.

Dracenia empezó a levantarse antes de que McGonagall se lo retirara. Tuvo que sentarse otra vez. Oyó una risa detrás y se obligó a no buscar de dónde venía.

En la mesa verde le hicieron lugar. Un alumno mayor le preguntó por Lucius; ella aprovechó para decirle que era su padre aunque, evidentemente, él ya lo sabía.

Pansy llegó poco después. Dracenia puso la mano sobre el banco vacío para que otra niña no se sentara allí.

—Te guardé sitio.

—Ya vi. Casi te sientas en mi plato.

Dracenia apartó una fuente. Tenía hambre de pronto.

Cuando llamaron a Harry Potter, toda la sala cambió de ruido. Pansy estiró el cuello. Un muchacho dejó de escuchar lo que Dracenia acababa de contarle de la papelería.

Dracenia cortó una papa por la mitad y esperó.

La sala común quedaba bajo tierra. No había esperado que eso le gustara. La luz verdosa de las ventanas se movía sobre las paredes y, al acercarse a una, Dracenia vio pasar algo oscuro al otro lado del cristal.

—Es el lago —explicó la prefecta—. Los golpes en el vidrio no sirven para llamar a nadie. Y no traten de abrirlo.

Pansy puso la nariz casi contra el cristal.

—¿Y si algo nos llama desde afuera?

—Me buscan.

La prefecta continuó con las escaleras. Dracenia esperó a que se alejara para mirar el agua también.

Al apartarse de la ventana, Dracenia se frotó las manos. Junto al vidrio hacía frío. El techo de piedra era mucho más bajo que el del comedor. Más allá de la fila de primero, unos alumnos mayores seguían inclinados sobre una mesa. La luz del lago les dejaba verdes las caras cuando levantaban la cabeza. Dracenia enderezó la espalda por si la miraban. Uno estiró el brazo para recuperar su taza, pasó un pergamino al siguiente y volvió a agacharse sobre el trabajo.

En el dormitorio, alguien ya había escogido la cama que ella quería. Dracenia señaló su baúl.

—El mío queda mejor ahí.

La otra niña, Millicent, se sentó sobre la manta.

—El mío también.

Dracenia esperó una explicación. Millicent empezó a quitarse los zapatos. Pansy escogió la cama contigua a una libre y dejó su bolsa encima antes de que se la quitaran.

—Ven. Desde aquí se ve el agua.

Dracenia aceptó porque quería, no porque la otra cama estuviera ocupada. Lo dijo mientras abría el baúl. Pansy no contestó; estaba tratando de sacar una envoltura de chocolate pegada a su bufanda.

Desde la cama se oía el roce de las maletas contra la piedra. El baúl de Dracenia había quedado abierto a medias; la luz verdosa alcanzaba el interior y le daba otro color a la ropa de arriba.

Antes de acostarse, Dracenia escribió a sus padres. Anunció Slytherin en letras grandes. Añadió que el castillo era enorme, que la comida estaba bien y que había tenido que explicar a una profesora que llevaba cosas delicadas.

Se detuvo al terminar la página. En casa, a aquella hora, su madre estaría quitándose los pendientes. Sabía en qué plato los dejaría y qué ventana pediría cerrar.

—¿Apagamos? —preguntó Pansy.

—Espera.

Dracenia añadió una pregunta sobre el jardín. Luego la tachó: su padre podía pensar que quería volver.

Al final escribió que las medias estaban en el lugar correcto. Dobló la carta antes de arrepentirse.

La cama era cómoda. La de su casa lo era más.

La tos de una compañera sonó muy cerca en la oscuridad. Dracenia no supo de qué cama venía. Se quedó escuchando hasta reconocer el roce de las mantas de Pansy, del lado que esperaba, y volvió la cabeza hacia ella.

—Pansy.

—¿Qué?

—No me despiertes muy temprano.

—Entonces no me despiertes para decirme eso.

Dracenia sonrió en la oscuridad. Afuera del cristal pasó otra sombra y las dos se incorporaron al mismo tiempo para verla.

CAPÍTULO 5

Donde estaban los demás

Harry

Mientras esperaba que llamaran su nombre, Harry había imaginado dos cosas: que el Sombrero no encontrara nada que hacer con él, o que lo mandara de vuelta.

No había imaginado que la voz fuera a preguntarle qué quería.

—Aprender —pensó, sin estar seguro de cómo hablarle.

—Eso es una parte. También te importa conseguir otras cosas.

Harry apretó el borde del taburete. El Sombrero guardó silencio. No le explicó qué estaba buscando ni en qué casa pensaba.

Por un instante, Harry se preguntó si acabaría en Slytherin. Recordó a la niña rubia de la papelería sentándose en la mesa verde y mirando alrededor como si fueran a pedirle permiso para usarla. No todos podían parecerse a ella. Pero él había pasado el viaje con Ron, Neville y Hermione. Quería poder sentarse junto a alguien sin tener que defender antes cómo vestía o cuánto sabía.

Pensó en Ron sujetando su baúl y en Neville apartando un pedazo de bollo para él, cuando creyó que ya no quedaba.

—Quiero ir con ellos.

El Sombrero tardó todavía un momento.

—Gryffindor.

La sala reapareció cuando McGonagall lo levantó. Harry encontró a sus compañeros antes de recordar que los demás estaban aplaudiendo. Había un sitio junto a Neville. Poco después se sentó Ron, con una cara de alivio que ninguno se sintió obligado a comentar.

Las voces subían hacia las velas y dejaban de oírse por separado. Harry se volvió para buscar a quienes todavía aplaudían y encontró más bancos, más mesas y una pared de ventanas que devolvía la luz. Ron le acercó una fuente casi hasta el pecho; hasta entonces no se había fijado en lo que iban a comer.

En la mesa verde, la niña de la papelería se volvió hacia su compañera. Llevaba el pelo rubio apartado de la frente y la barbilla levantada. Harry no quería otra pregunta sobre lo que no sabía hacer.

Harry comió hasta que se le olvidó mirar cuánto quedaba en las fuentes. Después escuchó al director hablar de los límites de los terrenos y de un corredor del tercer piso cerrado a los alumnos. Ron le dio un toque en el brazo para que recordara por dónde seguir a Percy.

Subieron tantas escaleras que Harry empezó a preguntarse si dormiría cerca de las velas del comedor. Un retrato se apartó tras oír la contraseña y aparecieron sillones, una chimenea y mesas con libros abandonados. Dos alumnos mayores interrumpieron una discusión para hacerlos pasar.

El calor le llegó primero a las rodillas. Había alumnos sentados en el suelo, tan cerca de la chimenea que Harry se preguntó cómo no se les quemaban los libros. Una risa hizo volver la cabeza a medio grupo y alguien recogió las piernas para dejarlos pasar. Harry siguió a Ron sin dejar de mirar el fuego entre las cabezas. Allí nadie tenía prisa por acostarse.

En el dormitorio había cinco camas. Harry encontró el baúl al pie de una y tocó el raspón del costado para comprobar que fuera el suyo.

—¿Ésta me toca? —preguntó.

Ron estaba soltando la correa de su equipaje.

—Si no tienes ganas de cambiarla conmigo.

Harry negó enseguida. Tenía cortinas, una manta entera y sitio para estirarse sin calcular dónde terminaría la pared. Sacó el cuaderno azul y lo dejó sobre la mesita. Esperó un instante. Nadie le pidió que lo quitara.

Una cortina rozaba la almohada. Harry la apartó y vio que podía cerrar los dos lados desde dentro. Se quedó un momento con la tela entre las manos; del otro lado seguiría oyendo a Ron y a Neville, sin tener que quedarse a la vista de todos.

Neville puso a Trevor donde no pudieran pisarlo. Dean y Seamus discutían cuál ventana daba hacia el campo. Ron señaló la cama contigua.

—Yo voy a estar ahí.

Harry se sentó sobre la manta y la hundió con una mano. No necesitaba hacer nada más para conservar el lugar aquella noche.

Al día siguiente, el primer descubrimiento importante de Harry fue que el desayuno no estaba en el camino al que lo conducía la escalera.

Regresaron con Hermione, que insistía en recordar dónde habían doblado. Ron insistía en que eso no ayudaría si las escaleras habían cambiado. Neville encontró una armadura sin guante que sí habían visto la noche anterior y Harry la usó para orientarse.

Llegaron cuando Percy estaba terminando de comer. Les señaló el lugar donde habían dejado el pan y no les preguntó cómo habían tardado tanto.

Para Pociones no hubo nadie que les guardara nada.

El olor salía hasta el pasillo. Ron se tapó la nariz con la túnica antes de llegar a la puerta.

—No hagas eso —susurró Hermione.

—Entonces respira por mí.

Harry se mordió el labio para no reírse. Bajaron las voces al entrar.

Snape esperaba junto a una pizarra. Harry distinguió varios recipientes con cosas suspendidas dentro y se alegró de que no estuvieran en la mesa que le tocaba compartir con Ron.

Prepararían un líquido para limpiar calderos. Había que triturar una raíz, calentar la mezcla y retirar el recipiente antes de añadir unas escamas. Harry leyó las instrucciones dos veces.

—¿De qué son? —murmuró Ron, mirando las escamas.

—Si necesitara saberlo para seguir la receta, Weasley, se lo habría dicho.

Ron enderezó el mortero. Harry se concentró en la raíz, que resultó más difícil de triturar de lo que parecía.

En la mesa de al lado, Neville dejó la cuchara dentro del caldero. El mango se partió con un chasquido y Hermione se apartó de una nube de humo. Snape apagó el fuego enseguida.

—La cuchara se retira cuando termina de mezclar.

Le dio agua limpia y les ordenó empezar otra vez. Neville no levantó la vista.

Cuando la mezcla de Harry se aclaró, apagó el fuego y agarró el asa. La soltó con un grito ahogado.

—No es un juguete, Potter.

Harry se apretó el dedo contra un paño. Ron le mostró el guante del otro extremo de la mesa.

—¿Tengo que esperar a que se enfríe antes de moverlo? —preguntó Harry.

—Tiene que usar el material que se le proporciona.

—Sí, pero…

—Dos puntos menos. Por discutir las instrucciones.

Harry sintió que lo miraban de todas las mesas. Todavía tenía el dedo sobre el paño; no había querido discutir nada. Se puso el guante demasiado deprisa y derramó un poco al mover el caldero.

Ron sostuvo el recipiente de las escamas.

—Ahora despacio.

Harry le quitó la tapa. Terminaron siguiendo cada paso con un cuidado que no mejoró su humor.

La poción funcionó. Snape comprobó cómo soltaba la suciedad de un plato y pasó al siguiente sin felicitarlos.

En el pasillo, Hermione señaló el guante.

—Estaba ahí.

—Ya lo vi —dijo Harry.

—Sólo digo que…

—Lo vio después de quemarse —intervino Ron—. Como Neville vio lo de la cuchara después de que se rompiera.

Neville se encogió. Harry lamentó que la comparación lo incluyera.

—La nuestra salió bien —dijo, mirando a Hermione.

Ella pareció tener que recordar ese detalle.

—Sí. Salió bien.

Harry no estaba acostumbrado a poder seguir enojado con un profesor después de que otro niño le diera la razón. Le duró hasta Defensa.

Quirrell se había metido una manga debajo de varios libros. Tardó en liberarla y sonrió con vergüenza cuando los vio esperando.

—Pueden sentarse. Yo... yo iba a decirlo antes.

No les quitó puntos por reírse.

Repartió tarjetas con criaturas parecidas y les enseñó qué partes mirar para distinguirlas. Harry acertó dos, falló otra y pudo intentarlo de nuevo. Después practicaron Lumos.

Harry alisó la tarjeta con la palma antes de dejarla junto al libro. El papel estaba gastado en las esquinas. Detrás de él seguían probando nombres de criaturas en voz baja.

Por primera vez, la varita de Harry iluminó algo porque él se lo había pedido. La luz era pequeña, pero le marcó los pliegues de la mano. Ron dejó de intentarlo para mirar la suya.

—No la apagues.

Harry sonrió y perdió la luz.

En otro banco, un resplandor se movía sobre la tapa de un libro cada vez que alguien agitaba el brazo. Harry lo siguió hasta la punta de la varita y volvió a mirar la suya.

Quirrell les pidió que repitieran el movimiento sin apresurarse. Al terminar, Harry se quedó para preguntarle por un capítulo cuyo título no comprendía. El profesor le mostró otro lugar del libro.

—Primero esto. Volverá a lo demás cuando le haga falta.

Harry lo escuchó con alivio. Desde que había entrado en el callejón parecía tener que recuperar once años de cosas que todos

conocían. Que un profesor le dijera que podía esperar le quitó un peso que ni siquiera había sabido nombrar.

Después de Defensa, Harry y Neville siguieron las indicaciones de un retrato que no recordaba que hubieran cerrado el corredor del reloj.

Se detuvieron ante una cadena. Había un aviso y, detrás, una puerta reforzada. Algo raspó del otro lado, primero cerca del suelo, después más arriba.

Neville retrocedió.

—Es el que dijo Dumbledore.

Harry miró la cadena sin tocarla. La puerta volvió a sonar.

Regresaron por donde habían venido. El retrato quiso discutir la dirección hasta que una mujer del cuadro vecino le recordó cuánto llevaba sin asomarse al pasillo.

Cuando encontraron a Percy, Harry le contó por dónde los habían enviado. El prefecto lo anotó y les mostró la escalera correcta. Neville no soltó el aire hasta que dejaron de ver el reloj.

Esa noche, Ron encontró un periódico debajo de un tablero.

Harry reconoció Gringotts en la fotografía y lo tomó antes de que una torre de ajedrez pisara el borde. El artículo hablaba de un intento de robo. Había ocurrido el día de su cumpleaños.

—Yo estuve ahí.

Ron apartó un caballo.

—¿Cuando robaron?

—Ese día. Con Hagrid.

Harry recordó las monedas y el paquete pequeño que habían recogido después. El artículo no decía qué buscaba el ladrón. Se lo leyó entero a Ron, saltándose unas palabras que no conocía.

—Si no dicen qué era, será porque no quieren que vuelva a intentarlo otro —opinó Ron.

Harry miró la fecha una vez más. Podía no tener nada que ver. Hagrid trabajaba para Hogwarts y debía de recoger muchas cosas.

De todos modos, la anotó en el cuaderno.

Ron le ofreció las piezas blancas.

—¿Juegas?

—Un poco.

El primer caballo que movió le pidió que decidiera de una vez adónde quería llevarlo. Harry se disculpó y Ron se rio.

—No le pidas perdón. Luego no te va a hacer caso.

Harry enderezó el caballo y dejó el periódico junto al sillón. Por aquella noche, aprendería una cosa más fácil de preguntar.

Antes de acostarse escribió a Hagrid. Le contó lo de Gryffindor y la cama. Después preguntó si Lily había conocido los invernaderos y dejó la carta preparada para llevarla a Hedwig por la mañana.



CAPÍTULO 6

Dos pulgadas



Dracenia

Flitwick las había colocado con Potter, Weasley y Granger.

Dracenia contó las sillas por si el profesor no se había dado cuenta. Eran cinco. Él le agradeció la observación y puso otra pluma en la mesa.

—Entonces podrán observar mejor.

No era la respuesta que esperaba.

La mesa estaba en una franja de luz que cruzaba el suelo desde las ventanas altas. Más allá de ella los bancos se perdían en una zona de sombra. Dracenia miró un instante aquel espacio libre y luego las cinco sillas que le habían tocado. Potter podía haberse sentado perfectamente en otro lado.

Potter se acomodó enfrente. Dracenia lo reconoció antes de que él la mirara, pero siguió revisando el cuaderno.

Potter llevaba una manga arrugada y el cuello de la túnica torcido. Se subió las gafas con un nudillo antes de apoyar los brazos. Dracenia se miró el puño, liso y abrochado, y lo dejó como estaba.

—Ayer dijeron cómo te llamas —comentó él.

—Sí oí.

—Todos oímos.



Pansy se inclinó para sacar su estuche. Dracenia no alcanzó a verle la cara.

Flitwick explicó el movimiento de muñeca y les pidió medir cuánto se levantaba la pluma. Dracenia puso su regla de base metálica junto a la de madera que les habían prestado. La suya podía quedarse de pie sola.

Al otro lado del aula una pluma rodó hasta el borde y alguien la atrapó con las dos manos. Otra se quedó enganchada en la lana de una manga; su dueño trataba de sacarla sin romperla. Dracenia vigiló la suya. Estaba entera y limpia, con el cañón derecho sobre la mesa.

—Mi padre lo hace sin medir —comentó.

—Entonces no necesita una de ésas —dijo Weasley.

Dracenia fingió no oír. Se ofreció para empezar antes de que Granger terminara de pedirles que escogieran un punto fijo desde donde medir.

La punta de la pluma se alzó.

Dracenia levantó un poco más la varita. La pluma se inclinó y cayó.

—Dos.

Granger acercó la nariz a la regla.

—No fueron dos centímetros.

—Yo no dije centímetros.

—¿Entonces qué? —preguntó Potter.

—Pulgadas.

Dracenia sabía que estaban marcadas al otro lado. Era un resultado perfectamente posible, aunque tal vez había mirado cuando la pluma ya empezaba a caer.

Granger señaló el centro de la pluma.

—Aquí no se separó de la mesa.

—Se movió —dijo Pansy.

—Pero no medimos el movimiento de la punta. Si no, basta doblarla.

Potter hizo una cruz en su papel y colocó la pluma encima.

—Podemos mirar siempre aquí.

Dracenia se adelantó a decir que ésa era la idea. El profesor pasó justo entonces y aprobó la cruz de Potter. Le recordó a ella que anotara la unidad junto al número.

Escribió *pulgadas* con más fuerza de la necesaria.

Granger levantó la pluma al segundo intento. Dracenia estaba mirando las manos de Weasley y Potter; ninguno había tocado la mesa. La pluma permaneció suspendida hasta que Granger bajó la varita por la sorpresa.

—La bajé yo.

—Ya vimos —dijo Dracenia.

Habría sido mejor no decir nada. Ahora Granger sabía que la había estado observando.

Dracenia recuperó su turno y repitió el movimiento. Le tembló la punta de la varita. Debía de haber demasiado ruido en la mesa: Weasley se reía porque su propia pluma había rodado hacia el suelo.

—¿Puedes callarte?

Él dejó de reír y la miró.

—No te estaba hablando.

Pansy le devolvió la pluma. Dracenia probó de nuevo, esta vez sin levantar la cabeza. Durante dos segundos sintió que el objeto le respondía de verdad. Se le escapó una sonrisa.

El cañón proyectaba una raya estrecha sobre la mesa. Dracenia alcanzaba a verla sin bajar la cabeza, debajo de la pluma suspendida. La luz pasaba por el hueco que antes no existía; le dieron ganas de llamar a Pansy para que se asomara también.

Después miró la regla y lo dejó caer.

Granger anotó el resultado correcto.

Al terminar tenían que entregar una sola hoja. Dracenia ofreció la suya porque su letra era la mejor. Granger aceptó, pero tachó las dos pulgadas.

—Eso tiene que quedarse con una corrección.

—Lo puedo repetir —dijo Dracenia.

—Ya repetiste.

Flitwick confirmó que debían conservar también los errores. Dracenia miró a Pansy. Su amiga se limitó a apartar un tintero que estaba demasiado cerca del cuaderno verde.

La hoja quedó llena de números bajos y una corrección enorme. Potter parecía encantado con su medio centímetro. Dracenia no comprendía por qué lo celebraba tanto si Granger había hecho más.

Al salir descubrió algo peor: los padres de Granger eran dentistas. No eran una familia mágica poco conocida ni extranjeros con apellido difícil. Eran muggles.

—Entonces en tu casa no te explicaron nada de esto.

Granger dejó de guardar el pergamino.

—Por eso leo.

—Leer no es saber hacerlo.

—Hoy me salió.

Dracenia no tenía una respuesta que pudiera dar sin volver a hablar de la pluma.

—Hoy —repitió.

Siguió caminando. Pansy tuvo que apurarse para alcanzarla.

En el dormitorio, Dracenia puso el cuaderno sobre una caja y practicó otra vez. Se había asegurado de no dejar tinta cerca de la pluma. La subió un poco, contó y la bajó.

Pansy estaba recostada con un libro abierto al revés sobre las rodillas.

—¿Por qué no usas la mesa?

—Porque ahí me haces sombra.

—Aquí también puedo.

Pansy levantó una mano entre la lámpara y la pluma. En la pared apareció un conejo de orejas desiguales.

—Estoy trabajando.

—Lo sé. Llevas diciendo lo mismo desde que llegamos.

Dracenia dejó la varita. Tenía el antebrazo cansado. Su cuaderno decía tres segundos, cuatro segundos, dos. No había vuelto a alcanzar cuatro y le molestaba que Pansy siguiera haciendo el conejo.

—¿Me cuentas el próximo?

Su amiga bajó las manos.

—¿De verdad o como tú?

Dracenia se volvió.

Pansy no estaba sonriendo.

Durante un momento quiso decirle que podía contar sola. Miró la pluma, el cuaderno y la cama donde tendría que dormir a dos pasos de ella todo el año.

—De verdad —dijo al fin.

Pansy empezó a contar cuando la pluma dejó la caja. Llegó a cinco.

Dracenia la bajó despacio, con una satisfacción que no quiso compartir demasiado.

—¿Ves?

—Ahora sí.

Dracenia anotó cinco. Después cubrió con la mano las dos pulgadas de la página anterior. No las borró; no podía arrancar una hoja sin que se notara.

—Granger va a tener que practicar también —dijo.

Pansy volvió a su libro.

Dracenia levantó la pluma una vez más, sólo para comprobar que seguía sabiendo.

CAPÍTULO 7

Un sitio en el aire

Harry

La mañana anterior a la primera clase de vuelo, Harry y Neville habían compartido una maceta en Herbología.

El invernadero estaba tibio. Harry se limpió las gafas con la manga y, al volver a ponérselas, encontró a Neville intentando meter la mano en un guante que tenía el pulgar del lado equivocado.

—Es el otro —dijo.

Neville buscó en su bolsa. Sacó otro igual.

Harry lo acompañó a cambiar uno por otro derecho. Volvieron a la mesa con los cuatro pulgares donde hacían falta.

Los cristales estaban empañados por dentro. En los bancos había montoncitos de tierra oscura y macetas todavía vacías; cada vez que alguien acercaba una, se oía el roce de la base sobre la madera. El olor a tierra mojada llegaba hasta el pasillo entre las plantas.

Sprout les repartió unas semillas rosas. Harry sostuvo la que les tocaba mientras Neville acomodaba la tierra. Algo se movió contra el cuero.

—Se está abriendo.

Separó un poco los dedos. La semilla volvió a moverse y apareció una raíz pálida. Harry levantó la otra mano sin saber por dónde sujetarla.

—No la aprietes. Acerca las manos a la maceta.

Neville hizo un hueco con dos dedos. Harry bajó las manos; su compañero sostuvo la semilla por debajo hasta que las raíces tocaron tierra. Entonces Harry la soltó.

En la mesa vecina cayó otra semilla. Una flor se abrió junto a un zapato y el niño dio un salto.

—Quieto —pidió Sprout—. No va a comerte.

Harry se rio, con las manos todavía abiertas sobre la maceta. Neville acercó tierra a los lados y giró la etiqueta para que no tapara el brote.

La tierra húmeda se pegaba a las costuras de los guantes. Neville trabajaba cerca del borde, con la cabeza inclinada sobre la raíz, y Harry podía seguir lo que hacía sin perderlo de vista entre las otras plantas.

—Aquí —le indicó a Harry—. Puedes sujetarla de este lado.

Esta vez supo dónde poner los dedos.

Al terminar, Neville separó los guantes antes de guardarlos. Harry comprobó el pulgar del suyo; su amigo lo vio hacerlo y los dos se rieron.

A la mañana siguiente, unos días después de que Harry enviara su primera carta, Hagrid llevó la respuesta al desayuno.

El papel doblado casi desaparecía entre sus dedos. Se lo entregó disculpándose por no saber qué clases había tenido Lily junto a los invernaderos, pero recordaba otra cosa.

Harry desdobló la hoja. Hagrid contaba que una vez su madre le sostuvo una cesta mientras él reparaba el cierre. Lily sabía que podía arreglarlo más rápido con la varita. No lo dijo. Se quedó esperando y después cargó el lado que aún no estaba bien sujeto.

Harry leyó esa parte otra vez.

—¿No se fue?

Hagrid dejó de buscar dónde poner las manos sin tirar ningún vaso.

—No tenía tanta prisa.

Le dio gusto imaginarla esperando algo que no tenía que ver con él. Guardó la hoja en el cuaderno, junto al nombre de la escuela y las primeras preguntas.

Aquella mañana, la escoba de Ron intentó alejarse rodando por el pasto.

Él la detuvo con el zapato.

—Ésta ya la conozco.

Harry miró el número pintado en el mango de la suya. Tenía una grieta reparada cerca de las ramas. No se parecía a la del escaparate, pero, si conseguía levantarlo del suelo, estaba dispuesto a perdonárselo.

Las escobas formaban una fila desigual sobre la hierba. Más allá de las bolsas, las estacas dejaban espacio para que todos vieran el recorrido; Harry notaba la humedad del pasto en la punta de los zapatos.

Hooch los hizo dejar las bolsas lejos de la hierba y les enseñó a llamar las escobas. La de Harry subió de inmediato a su mano. Miró a Ron con una sonrisa que no pudo contener.

La de Neville sólo se levantó por un extremo.

—A lo mejor quiere que venga su abuela —comentó Malfoy.

Pansy se rio. Neville bajó la mano antes de volver a probar.

Harry se acordó de las raíces pálidas sobre sus guantes y de Neville mostrándole dónde poner los dedos. Le molestó que ahora nadie se acordara de eso.

—Mira tu escoba —le dijo a Malfoy.

—La mía ya vino.

—Entonces dile algo a ella.

Hooch los hizo callar. Harry fingió ajustar el guante; Malfoy lo miró con los ojos entrecerrados.

El pelo rubio de Malfoy seguía en su sitio, aunque el aire movía las puntas contra el cuello de la túnica. Sostenía el mango junto a la pierna, muy derecha. Harry tuvo la impresión de que hasta esperar turno le parecía una competición.

Neville consiguió alzar el mango antes de que terminaran las instrucciones. Harry le sonrió. Había algo agradable en poder alegrarse por él sin que le costara un comentario desagradable a cambio.

Después les enseñaron a subir y frenar. Neville aterrizó antes de llegar a la primera estaca. Harry esperaba tener tiempo de observar a otro cuando Hooch le indicó que empezara.

El suelo se apartó de sus pies.

No hubo un salto, ni una sacudida. La escoba lo llevó hacia adelante y Harry inclinó el cuerpo antes de recordar la explicación. Pasó junto a la estaca. El aire le entró por las mangas; vio las gradas del campo, más lejos, y sintió unas ganas absurdas de seguir hasta allí.

—Frena —ordenó Hooch.

Lo hizo tarde. Una rama rozó su zapato al detenerse y la profesora señaló el comienzo del recorrido.

—Otra vez. Ahora escucha antes de llegar.

Harry obedeció. En la segunda vuelta ya sabía cuándo debía cambiar el peso. En la tercera tuvo que contenerse para no ir más rápido de lo que le permitían.

Miró a Malfoy cuando bajó. Ella estaba esperando su turno.

El viento le había echado el pelo negro sobre las gafas y tenía la túnica inflada a la espalda. Malfoy bajó la mirada hasta sus zapatos antes de volver a su cara. Harry todavía estaba sonriendo.

—Nunca había volado —dijo Harry, sin que nadie se lo preguntara.

Ron soltó una carcajada.

Malfoy recorrió las estacas con seguridad, aunque frenó tan cerca de Pansy que ésta tuvo que apartarse. Harry no dijo nada. No hacía falta: ella se volvió a mirarlo antes de que Hooch la mandara repetir.

—Si algún día digo que Malfoy es mi amiga, enciérrame —le dijo Harry a Ron en voz baja.

Ron se volvió hacia él, divertido.

—¿Dónde?

—Donde quieras.

—Entonces en Slytherin. Así puedes decírselo tú mismo.

Harry se rio.

Al terminar, Harry quiso quedarse junto a las escobas. Se inventó que le costaba desabrochar la bolsa. Hooch lo vio y se acercó.

—¿Sabes qué hace un buscador?

Ron contestó por él, primero demasiado deprisa y después con las manos, señalando los aros que se veían a lo lejos.

La profesora escuchó hasta que acabó.

—Voy a hablar con McGonagall. No te prometo nada, Potter.

Harry guardó la bolsa, ahora que ya no podía fingir que le costaba abrirla.

No pensó en otra cosa durante el almuerzo.

Wood no empezó dejándolo buscar la Snitch. Le mostró todas las pelotas, le explicó las posiciones y después lo mandó a seguir una bola de práctica mientras el resto del equipo entrenaba.

Harry vio la bola, aceleró y casi chocó con Angelina.

Ella frenó tan cerca que él tuvo que cerrar los ojos.

—La Snitch no es lo único que hay aquí.

Harry se disculpó. Se le habían escapado las ganas de demostrar lo bien que volaba antes de preguntarse adónde iban los demás.

La siguiente vez esperó demasiado. La bola tocó el suelo.

Wood lo hizo repetir hasta que le dolieron las piernas. Al bajar no consiguió esconder la decepción.

—¿Eso significa que no?

—Significa que hoy terminamos.

El capitán le pasó un vaso de agua.

—Ves las bolas muy pronto. Nos sirve. Si después te llevas por delante a una cazadora, nos sirve menos.

Harry bebió mirando a sus futuros compañeros, si es que todavía podían serlo. Fred y George discutían sobre cuál de los dos había golpeado una bludger hacia Wood.

—Los dos —dijo el capitán sin mirarlos.

Harry sonrió contra el vaso.

Le permitieron volver. Después de la segunda prueba, McGonagall confirmó la excepción: podría jugar si cumplía con las clases, los entrenamientos y las indicaciones de los adultos. Harry dijo que sí a cada condición. Ron le preguntó luego si se acordaba de todas.

—Me las escribió.

—Bien. Por si al final decía que tenías que hacer mi tarea.

La Nimbus 2000 llegó dos días después. McGonagall no le presentó una cuenta ni le dijo que fuera del colegio. Era suya, con autorización para usarla.

Harry abrió el paquete en el cuarto del equipo. Ron apoyó la mano en el borde de la mesa y no la acercó al mango hasta que Harry le preguntó si quería tocarlo.

El papel ocupaba casi toda la mesa. Entre las escobas apoyadas en la pared y los bancos del equipo, la Nimbus parecía aún más nueva: no tenía marcas en el barniz ni hierba seca entre las ramas.

—¿Tú crees?

Los dos se quedaron un rato examinándola. Harry había visto el mismo modelo detrás de un vidrio; ahora podía llevarlo a entrenar.

Quiso ir a enseñársela a Hagrid. Tuvieron que esperar al viernes, porque el guardián estaba ocupado y porque Harry ya tenía más cosas que hacer de las que cabían en una tarde.

La cabaña olía a madera cortada. Hagrid había dejado la puerta abierta y una tabla apoyada donde debía estar el asiento de un banco. Ron pasó por encima; Harry prefirió rodearla.

Fang decidió que el zapato de Ron era un lugar excelente para dormir.

—Acabo de llegar —le explicó Ron.

El perro cerró los ojos.

Hagrid les acercó dos cajones y una jarra de jugo. No había sitio para los vasos sobre la mesa hasta que apartó unas piezas de madera; lo hizo con una mano, sin dejar de sujetar el banco con la otra. Harry se sentó en el borde del cajón, por si también estaban usándolo para construir algo.

Le contaron el entrenamiento. Ron añadió la parte de Angelina antes de que Harry pudiera saltársela y tuvo que repetirla porque Hagrid empezó a reírse.

—Ya aprendiste algo —dijo Hagrid.

Harry miró la tabla que sostenía torcida.

—Falta aprender bastante.

—Claro.

Hagrid dijo aquello con tanta tranquilidad que Harry dejó de sentir que tenía que disculparse.

Ron quiso saber si Hagrid había visto jugar a sus hermanos. Había esperado una historia de goles, pero la primera fue sobre unas botas que alguien dejó secando demasiado cerca del fuego. Una terminó más pequeña que la otra.

—Eso no me lo contaron.

—No debían de estar muy orgullosos —dijo Hagrid.

Ron miró su zapato. Fang seguía encima.

—Tú no intentes arreglarlo.

Harry se rio. Hagrid recogió la tabla y trató de encajarla en otra. Al levantar un lado, el extremo contrario se le deslizó del borde. Harry dejó el vaso y lo sostuvo antes de que cayera.

—¿Aquí?

—Un poco más arriba.

Ron sacó el pie de debajo del perro y se levantó para ayudar por el otro lado. La madera estaba áspera bajo los dedos de Harry. Se le ocurrió que su madre habría tenido que cambiar de mano la cesta si Hagrid tardaba tanto con aquel cierre. La imaginó acomodándosela contra la cadera, esperando.

—Ya pueden soltar —dijo Hagrid.

Harry abrió las manos despacio. El banco se quedó en su sitio.

Lo probaron los tres. La madera crujió cuando Hagrid se sentó y Ron apoyó un pie en el suelo, preparado para levantarse. El banco aguantó.

—Podrías haberlo hecho con magia —observó.

—Ya está hecho.

Ron miró la tabla. Harry se acomodó en el asiento, sin ganas de ayudar a desarmarla para averiguar quién tenía razón.

—¿Mi padre también jugaba? —preguntó Harry.

Hagrid sonrió.

—Volaba bien. A veces se le olvidaba que necesitaba aterrizar.

Harry imaginó a un muchacho que se parecía a él sólo porque todavía no tenía otro rostro para ponerle. Le habría gustado preguntarle cómo se frenaba sin sacar un pie. Le habría gustado contarle lo de la Nimbus.

Ron le dio un codazo para enseñarle a Fang dormido sobre sus zapatos.

Harry se rio y se quedó en el banco hasta que llegó la hora de regresar.



CAPÍTULO 8

Primero es primero



Dracenia

Dracenia revisó el reglamento antes de escribir a su padre. No quería equivocarse justo en aquello.

Los de primero no podían llevar escoba propia.

Potter tenía una Nimbus.

Leyó la frase otra vez y puso el dedo debajo, por si desaparecía cuando Snape examinara la página. El profesor la recibió al terminar Pociones.

—Quería preguntar por las pruebas del equipo.

Snape miró el libro que llevaba.

Detrás de él quedaban calderos apagados y un paño oscuro sobre una mesa. Los últimos alumnos recogían sus bolsas sin acercarse al escritorio. Dracenia llevaba el reglamento abierto contra el pecho; había tenido cuidado de dejar visible la página correcta.

—Ya se hicieron.

—Potter hizo las suyas después.

—Potter no pertenece a Slytherin.

Dracenia notó el tono, pero había preparado más cosas.

—Yo ya sabía volar antes de venir. Mi padre...

—Puede escribir a su padre. Él seguirá sin ser el capitán del equipo.

La respuesta la dejó inmóvil. En su casa nunca hablaban de Lucius como alguien que no podía resolver un problema.

Snape cerró una caja de ingredientes.

—Su trabajo de hoy tiene dos nombres equivocados. Empiece por eso.

Dracenia se llevó el libro sin mencionar que Pansy había escrito uno. Lo mencionaría después. Primero necesitaba encontrar dónde los habían corregido.

Pansy no la felicitó por haber reclamado.

—¿Qué esperabas que dijera?

—Que las reglas son iguales.

—No le habrías preguntado si Potter no tuviera escoba.

Dracenia se sentó a su lado, en un banco del patio. La piedra estaba fría incluso a través de la túnica.

En la parte del asiento que no ocupaban quedaban gotas de la noche. Los zapatos de otros alumnos sonaban bajo el paso cubierto, donde se estaba mejor que al aire libre. Pansy tenía el paquete de galletas sobre las rodillas, protegido con una mano para que no se abriera.

—Porque no la necesitaría hasta el año que viene.

Pansy partió una galleta. Le ofreció la mitad pequeña y, al ver su expresión, cambió las dos de mano.

—Hooch deja practicar los sábados. Puedes demostrarlo ahí.

Dracenia sabía que lo hacía. Había planeado asistir, aunque no le gustaba esperar turno con las escobas del colegio. Pensó en Potter sobre una Nimbus nueva y aplastó una miga contra su falda.

—Voy a hacerlo.

—Bueno.

—Pero me podrías dar la razón antes.

Pansy se metió la galleta en la boca.

Hooch les preparó un circuito de giros. Había que frenar frente a una banderita y volver sin rodearla. Dracenia cumplió el primero, mejoró el segundo y pidió repetir antes de que la profesora se lo indicara.

Le gustaba volar. No sólo ganar, aunque era lo que más le gustaba contar después. Le gustaba que el aire le enfriara las orejas, poder escoger una dirección y sentir la respuesta del mango debajo de las manos.

La banderita se doblaba con el viento y volvía a ponerse recta. Desde la altura del circuito, los compañeros que esperaban parecían muy juntos; Dracenia podía distinguir las escobas gastadas contra sus túnicas y el pelo de Pansy moviéndose al frenar.

Pansy prefirió una escoba que avanzaba despacio. En el segundo recorrido dejó caer un pañuelo de práctica junto al banderín y volvió a recogerlo.

—Se te olvidó frenar —le gritó Dracenia.

—No. Se me cayó esto.

Dracenia tomó su lugar. Quiso hacer el giro sin reducir tanto la velocidad. Su padre le había enseñado uno parecido en el jardín, aunque allí tenía espacio de sobra.

La escoba le respondió tarde. Pasó junto al banderín, trató de corregir y terminó sentada en el pasto, con un zapato todavía enganchado al mango.

Hooch se acercó sin correr. Eso hizo la caída más humillante.

—¿Te duele algo?

Dracenia negó.

—La escoba no gira bien.

La profesora la sostuvo para que se levantara.

—Gira más lento de lo que querías. Eso se averigua antes de exigirle otra cosa.

Varios compañeros habían visto. Dracenia buscó a Potter y agradeció no encontrarlo allí. Después recordó por qué no estaba: tendría su propio entrenamiento.

Le había quedado hierba pegada en una rodilla y el pelo rubio le caía sobre la cara. El suelo estaba más húmedo de lo que parecía desde arriba.

Se sacudió el pasto y pidió volver a intentarlo. Hooch la hizo esperar el turno de Pansy.

Esa noche se sentó sobre la cama para escribir la carta. Dijo que volaba mejor que casi todos, que la Selección había sido rápida y que Snape no quería admitir a nadie más en el equipo. La caída no tenía que ver con ninguna de esas cosas.

Pansy estaba revisando una caja donde guardaba recortes. Había conseguido un programa viejo de Quidditch y quería pegar una figura sin tapar la alineación.

La carta descansaba sobre la manta con el borde un poco doblado. Al lado, Pansy tenía trozos de papel de distintos tamaños y un sitio despejado para su caja. La lámpara alcanzaba las dos camas, pero dejaba oscuro el suelo entre ellas.

Dracenia alargó la mano.

—Aquí queda mal.

Pansy apartó la caja.

—A mí me gusta.

—Te tapa el nombre.

—Sé cómo se llama.

Dracenia volvió a su carta. Le molestaba que las cosas de los demás pudieran quedar mal a propósito.

Al acabar, se dio cuenta de que había dedicado casi media página a Potter. Arrancó la hoja. Si su padre iba a intervenir, necesitaba buenas razones, no un relato de todo lo que hacían en Gryffindor.

En la siguiente versión preguntó si podría seguir practicando durante Navidad. Describió el giro que quería aprender y añadió que las escobas del colegio eran lentas. Su padre sabría entender esa parte.

La respuesta llegó varios días después. Lucius prometía revisar lo del equipo cuando correspondiera y la felicitaba por querer trabajar. Narcissa había añadido que esperaba no recibir otra carta escrita a la carrera.

Había una pequeña fotografía del jardín. El seto se movía con el viento.

Dracenia la puso junto a la cama. Después tomó la carta y volvió a leer *cuando correspondiera*.

Hogwarts resultaba tener muchas personas encargadas de decidir cuándo correspondían las cosas.

El sábado siguiente fue a practicar otra vez. Esta vez frenó antes del banderín.



CAPÍTULO 9

La boca de la calabaza



Harry

Harry cortó demasiado papel y la calabaza perdió un diente.

Ron levantó el aro para examinarla.

—Mejor. Ahora parece que muerde.

Neville se rio. Hermione quiso mostrarles cómo pegar el trozo que sobraba, pero Harry ya estaba recortando el otro lado.

—No importa. La dejamos así.

Ella retiró la mano. Había ayudado a preparar las tiras, a sujetar el aro y a recordarles que no pusieran los dedos donde acababan de aplicar pegamento. Harry había agradecido las tres cosas hasta que empezó a sentir que no podía tocar nada sin que lo corrigieran.

Había tiras naranjas pegadas entre sí y recortes bajo las patas de las sillas. El olor del pegamento se mezclaba con el de la madera de los aros. Neville tenía una mancha en el puño; Ron había dejado recortes encima del cuaderno.

En otra mesa, Malfoy practicaba levantando su farol. Pansy contaba los segundos.

—Siete.

—Empezaste tarde.

—Siete —repitió Pansy.

Flitwick pasó entre ellos y les encargó comparar los resultados. Hermione recibió el cuaderno verde para copiar una serie. Malfoy se lo entregó después de comprobar que la mesa estuviera seca.

—Lo quiero antes de cenar mañana.

—Ya dijiste.

Harry miró a Hermione. Nunca la había oído contestarle así.

Malfoy seguía sujetando el cuaderno por el borde, con la barbilla levantada y un mechón rubio detrás de la oreja. En su mesa había menos recortes que en la de Harry. No por eso parecía estar pasándolo mejor.

El profesor terminaría de encantar los faroles para que flotaran solos. Por el momento debían aprender a sostener los aros. Ron consiguió levantar el suyo y luego lo dejó caer cuando Hermione se acercó a enderezarle el papel.

—¡Espera a que termine!

Ella apartó las manos.

—Sólo iba a…

—Siempre dices que sólo ibas a ayudar.

Flitwick les pidió repetirlo por turnos. Harry consiguió hacer subir el aro de la calabaza. Le tembló sobre la mesa y terminó acostado junto al tintero.

Ron lo atrapó antes de que tocara la tinta.

—No sabe sentarse —murmuró.

Harry se rio.

Ron entregó una explicación de tres líneas. Hermione dijo que no bastaba con escribir que el primer intento había salido mal. Harry podía ver lo que ella quería: debían contar qué habían corregido. También podía ver la cara de Ron mientras ella se lo repetía.

—Ya entendí.

—Entonces escríbelo.

Ron tomó la pluma y dejó una gota sobre la hoja. Hermione acercó un papel para secarla.

Él retiró el brazo.

—¿Puedes dejarme hacer algo?

Hermione dejó el papel a un lado. Guardó sus cosas y se fue con el cuaderno verde debajo del brazo.

Neville esperó a que se cerrara el retrato.

—Te estaba ayudando.

—Ya sé qué estaba haciendo —dijo Ron.

Harry revisó su propia explicación. No tenía ganas de discutir con él; quería terminar antes de ir a entrenar. Añadió una línea y se la pasó para que viera cómo había resuelto lo suyo.

Al volver del campo, todavía tenían que buscar un estuche que Ron había dejado en clase. Encontraron a Hermione junto a una ventana, hablando con otra niña. Harry levantó la mano. Ella se volvió hacia su compañera sin saludar.

El cristal devolvía parte de sus figuras sobre el patio oscuro. Harry todavía llevaba en los zapatos tierra del campo y notaba el cuello húmedo después de entrenar. La voz de Ron se oía con claridad entre las paredes del corredor.

—Por lo menos ahora no nos va a revisar cómo caminamos —dijo Ron.

A Harry se le escapó la risa.

Ron lo oyó y alzó un poco la voz.

—Seguro está apuntando cuántas veces respiramos. Para decirnos después que lo hicimos mal.

Hermione se volvió. La muchacha que estaba con ella dejó de sonreír.

Harry sintió que la risa se le quedaba en la cara mucho después de haber terminado.

Hermione se fue sin hablarles. Ron siguió caminando; cuando Harry le dijo que ella lo había oído, apretó el paso.

—Pues yo la llevo oyendo todo el día.

Harry no supo qué responder. Había querido que se callara también. Eso no le ayudó cuando recordó la expresión con que acababa de mirarlos.

El día de Halloween, los faroles giraban en los pasillos. Su calabaza había quedado en el vestíbulo del ala este, junto a una puerta que daba al patio. Harry la reconoció por el diente y quiso enseñársela a Hermione. Ella pasó con el libro abierto y no levantó la cabeza.

Neville regresó al dormitorio al mediodía para buscarle un cuaderno.

—Está estudiando en el salón pequeño. Dice que ahí no la interrumpen.

Ron dejó de buscar algo en su baúl.

—Nosotros no la interrumpimos.

Neville lo miró y guardó el cuaderno sin responder.

Harry pensó en bajar a hablar con ella. Se le ocurrieron varias frases que parecían empeorar las cosas en cuanto las decía para sí. Al final se quedó haciendo una tarea que no avanzó.

Malfoy los detuvo antes de la cena.

—¿Granger está con ustedes?

Ron señaló la entrada del comedor.

—Nosotros estamos aquí.

—Pregunté por ella.

Harry le indicó el vestíbulo del ala este.

—Está trabajando —añadió Ron.

—Qué suerte. Hasta les hace su parte.

Harry se enderezó.

—La nuestra ya está entregada.

—Pues falta la mía.

Malfoy se marchó a buscar el cuaderno. Pansy la llamó para preguntarle cuánto tardaría.

—Lo que tarde en devolvérmelo.

Harry entró al comedor con el estómago más apretado que hambriento. Ron se sentó junto a él. Por unos momentos sólo se escucharon las conversaciones de los otros alumnos.

Las fuentes dejaban salir vapor entre los brazos de quienes se servían. Cerca de Harry, un cuchillo golpeaba un plato y alguien pedía que le acercaran una jarra. El mantel tenía un doblez junto a los cubiertos.

—Voy a hablar con Hermione después —dijo Harry.

Ron arrancó un pedazo de pan.

—Yo también.

Harry le dejó sitio en el banco, aunque no supiera si iba a venir.



CAPÍTULO 10

Antes de cenar



Dracenia

Granger todavía tenía abierto el cuaderno verde.

Dracenia lo reconoció desde la puerta del salón pequeño. Había una esquina apoyada en el antebrazo de la niña y un tintero sin tapa demasiado cerca de las páginas.

La mesa tenía sitio para más alumnos, pero sólo estaba ocupado el extremo de Granger. Había papeles juntos a un lado y una silla separada de las demás. Desde el vestíbulo llegaban voces que se alejaban hacia la cena; allí dentro se oía el roce de la pluma.

—Dijiste que antes de cenar.

Granger levantó la cabeza. Tenía los ojos rojos.

Dracenia miró el cuaderno para no quedarse examinándola. No quería saber qué había pasado; si preguntaba, quizá tendría que esperar una explicación.

—Ya acabé —dijo Hermione.

Dejó secar una línea antes de cerrarlo. Dracenia extendió la mano.

—Podrías haberlo llevado al comedor.

—No voy a ir.

—Van a contar a todos.

Granger la miró con una expresión cansada.

—Después iré a mi sala.

Dracenia recibió el cuaderno y comprobó la cubierta. No tenía manchas nuevas. Se sintió mejor de inmediato y decidió que tampoco era asunto suyo si Granger quería perderse la cena.

En el vestíbulo, una corriente hacía girar el farol de calabaza. Habían cerrado una puerta lateral; Dracenia empujó la que usaba siempre y descubrió un banco junto al muro.

Un golpe sonó al otro lado del pasillo.

Volvió la cabeza. Se desprendió un pedazo de madera de una puerta de servicio. Algo gris avanzó desde allí, agachándose para pasar.

Al principio no supo qué estaba mirando. Parecía una persona mal construida, con unos brazos enormes y una cabeza que le quedaba demasiado pequeña. Después vio la maza.

Se le cayó el cuaderno.

Dracenia retrocedió tan deprisa que chocó con el banco. Granger apareció en la puerta del salón.

—¿Qué fue…?

Dracenia levantó la varita.

El troll golpeó el marco por donde acababa de pasar. El ruido le llenó los oídos. Ella pronunció la primera palabra que recordó y el extremo del banco se alzó unos centímetros. Lo dejó caer cuando la criatura se volvió.

No podía levantar un troll. No podía hacer nada con una maza. Era insoportable tener la varita en la mano y no saber qué pedirle.

Granger la sujetó de la manga.

—Al patio.

—¡No me jales!

La niña la soltó y fue hacia la puerta. Tiró de ella; apenas se abrió un palmo. El banco había quedado atravesado en el recorrido.

Dracenia se colocó detrás de un pupitre, a un lado del vestíbulo. Desde allí veía su cuaderno en el suelo y el troll entre ella y la salida al corredor.

Tenía polvo en la lengua y el pelo pegado a una mejilla.

Le llegó el olor. Quiso cubrirse la nariz, pero no se atrevió a quitar una mano del pupitre. La criatura miraba de un lado a otro, olfateando. Todavía no parecía haberlas encontrado del todo.

Granger apoyó el hombro en el banco. Dracenia trató de recordar si el troll oía mejor de lo que veía. Había leído algo en Defensa. La página tenía un dibujo azul. No podía acordarse de una sola palabra.

—Ayúdame —susurró Granger.

Dracenia dio un paso. El borde de su zapato rozó una pata del pupitre.

El troll se volvió.

La maza golpeó la mesa y desprendió una tabla. Dracenia se agachó tan fuerte que se lastimó una rodilla contra el suelo. Granger gritó algo. Durante un instante sólo vio polvo.

Podía salir por donde había entrado la criatura si ésta se acercaba un poco más. La idea le apareció entera, clara, casi como un alivio.

Entonces oyó unos pasos detrás del troll.

Potter estaba pegado a la pared. Weasley venía con él.

Dracenia sintió alivio antes de pensar que eran dos idiotas. No había ido un profesor. Habían ido ellos.

Las gafas de Potter brillaron junto al muro. Estaba encogido dentro de la túnica, con Weasley casi encima, y por una vez ninguno de los dos parecía tener preparada una respuesta.

Granger los vio y abrió la boca.

Potter levantó la mano.

El troll siguió la mirada de Granger y giró hacia los recién llegados.

Dracenia retrocedió hasta tocar el muro. La salida que había imaginado ya no estaba libre. El cuaderno verde recibió una lluvia de polvo y ella, por primera vez desde que lo había comprado, dejó de mirarlo.

CAPÍTULO 11

Una sombra con dientes

Harry

Percy ya había enviado a una prefecta por Hermione y Malfoy cuando Harry se apartó de la fila.

Lo supo incluso mientras lo hacía. Habían avisado. Había profesores. El troll estaba abajo y él no sabía dónde estaban las escaleras que podía usar una criatura de aquel tamaño.

Pero Hermione no había oído la alarma. Harry había visto salir a Malfoy hacia el ala este y no podía quitarse de la cabeza a las dos niñas esperando una cena que nadie iba a servirles.

Ron lo siguió. No tuvieron tiempo de preguntarse si era una buena idea antes de encontrar la puerta rota.

Ahora la maza golpeaba el pupitre delante de ellos y Harry tenía la espalda contra el pecho de su amigo.

Se agacharon juntos. Una tabla pasó girando junto a la ventana. Harry apoyó la mano al levantarse y una astilla le abrió la palma.

Hermione estaba junto a la puerta del patio.

—¡Hay que mover el banco!

Ron corrió hacia ella. Harry miró al troll, que empezaba a girar otra vez, y gritó sin haber pensado qué haría después:

—¡Aquí!

La criatura lo siguió. Harry se pegó a la ventana y evitó el siguiente golpe por tan poco que sintió el polvo caliente en la oreja.

Había conseguido alejarlo de la puerta. No sabía cómo mantenerlo allí.

Encendió la varita. La luz hizo parpadear al troll, pero también le mostró dónde estaba él. Harry bajó el brazo, aterrado.

Malfoy había retrocedido hasta el banco. Tenía una mano raspada y miraba la salida del corredor. Hermione sacó una pata de madera del yeso caído; Ron tiró del extremo contrario.

—No levantes —le dijo ella—. ¡Hazlo rodar!

Un farol destrozado cayó de entre las patas. La calabaza conservaba su boca torcida.

Harry la iluminó al volverse. Una sombra enorme apareció en la pared.

Ron se quedó mirando por encima del banco.

—El aro. ¡Malfoy, levanta el aro!

—Estoy…

—Harry, pon la luz detrás.

El troll miró hacia la boca de la sombra. Harry acercó la varita al papel y vio cómo crecía sobre la piedra. Ron tenía razón. Si podían moverla, quizá la criatura dejara de seguirlos.

Malfoy intentó levantar la calabaza con los dedos. El papel se desgarró.

—De la madera —le dijo Hermione.

Dracenia retiró la mano. Pronunció el encantamiento y el aro saltó. Volvió a caer con un golpe pequeño que hizo que Harry contuviera la respiración.

El troll gruñó.

—Otra vez —pidió Harry.

Ella lo miró con furia. Él seguía junto a la ventana; no tenía nada que poner entre aquella maza y su cabeza.

Malfoy volvió a pronunciar las palabras. El aro se separó del suelo. Le temblaba más que en clase.

Harry colocó la luz detrás y la sombra trepó por el muro. La criatura alzó el brazo hacia ella. Harry quiso retroceder, pero si movía la varita la cabeza de calabaza desaparecería.

—No hace falta subirlo más —dijo.

—Ya sé.

Malfoy apretaba la varita tan fuerte que se le habían puesto blancos los dedos.

La luz le alcanzaba la frente y el pelo rubio, ahora gris de polvo. Tenía la boca cerrada con fuerza. Harry no podía ver si le temblaba el brazo o si era su propia luz la que se movía.

El banco giró. Ron lo dejó contra el muro y tiró de la puerta. Hermione pasó al patio, comprobó el escalón y se volvió para sujetarla desde afuera.

—¡Por aquí!

La maza cayó sobre la sombra. Harry se encogió sin querer. El suelo vibró; una lluvia de yeso le cubrió las gafas.

Quiso limpiárselas y recordó la herida. No podía ni verse los dedos con claridad.

Malfoy tenía el paso libre. Le bastaba bajar la varita y salir. Harry la vio mirar la puerta y luego el trecho que él todavía debía recorrer.

El aro descendió.

Harry adelantó la luz para no perder el papel. Malfoy tragó saliva y volvió a subirlo.

—Corre, Potter.

Harry dio un paso debajo del farol. La sombra se movió con él. El troll siguió la enorme boca, enfurecido por algo que no podía agarrar.

Ron lo alcanzó desde la puerta. Harry sintió el tirón en la manga sana y corrió los últimos pasos sin mirar dónde caía la maza. Su amigo perdió el equilibrio y se golpeó la rodilla en el escalón.

—¡Ahora! —gritó Hermione.

Malfoy dejó caer el aro y salió detrás de Harry. Ron se levantó a medias; Hermione soltó la puerta y la madera se cerró de golpe.

Durante un segundo, los cuatro se quedaron respirando el aire frío.

Harry tenía el cuello de la túnica lleno de yeso. Al respirar le rozaba la piel, y el frío del patio le entró hasta la camisa.

La primera sacudida los hizo correr.

Hermione los condujo al paso cubierto. Ron cojeaba. Harry tuvo que mirar dos veces la varita para recordar por qué seguía encendida.

McGonagall llegó por el otro extremo con Flitwick y otro profesor. La prefecta iba detrás.

—¡Junto a mí!

Harry obedeció antes de pensar que tendría que explicar cómo había llegado allí.

Flitwick los apartó detrás de una columna. Cuando cedió la puerta, los profesores ya estaban preparados. Harry vio un destello, la maza que caía y el cuerpo del troll desplomándose con un estruendo que le subió por las piernas.

Ni siquiera entonces consiguió apagar la varita al primer intento.

Pomfrey le abrió los dedos y Harry descubrió cuánto le dolía la palma. Ron tenía la rodilla hinchada. Hermione se sujetaba un rasguño del brazo; Malfoy miraba sus nudillos con una expresión que no parecía saber convertir en palabras.

McGonagall escuchó a la prefecta y les indicó que fueran a la enfermería.

—Primero van a revisarlos. Después hablaremos.

Harry quería decir que había avisado. Recordó a Percy enviando ayuda, a los profesores llegando por el camino que ellos acababan de dejar, y cerró la boca.

Al empezar a caminar le fallaron las piernas. Ron se acercó sin hacer ningún comentario.

Detrás, Malfoy preguntó por su cuaderno.

—Nadie vuelve por nada —respondió la profesora.

Ella no protestó.

En la enfermería había sábanas limpias y agua en un vaso. Harry se sentó sin dejar de mirar el agua. No olía a troll. Podía apoyar los pies sin sentir vibrar el suelo.

La sábana crujió bajo su mano sana. Entre las camas, las mesitas brillaban bajo la luz de las lámparas. Harry todavía tenía polvo en el pelo; lo veía caer sobre la tela blanca cada vez que bajaba la cabeza.

Hermione ocupó la cama de enfrente. Harry recordó que antes de todo aquello le había dolido verla irse por el pasillo.

Ahora tenía delante su cara pálida y las manos que todavía parecían sostener una puerta.

—Lo de ayer… —empezó.

Hermione levantó la cabeza.

Harry se miró el vendaje. Salvarse juntos no había hecho que dejara de haberse reído.

—Yo también fui un idiota —dijo.

Ron dejó el vaso en la mesa.

—Sí —añadió, muy bajo—. Yo más.



CAPÍTULO 12

La carta más difícil



Dracenia

Potter y Weasley estaban pidiendo perdón por alguna cosa que habían dicho el día anterior. Dracenia oyó lo suficiente para decidir que no tenía que ver con ella.

Granger los hizo esperar. Después dijo:

—Podían haberme pedido que los dejara trabajar.

—Lo hice —contestó Weasley.

—Sin gritar.

Él abrió la boca, la cerró y asintió.

Pomfrey les llevó comida antes de que pudieran seguir discutiendo. Weasley acercó el plato en cuanto vio que la enfermera había terminado de ponerlo.

Dracenia tenía hambre también. Le resultó desagradable descubrirlo: había visto un troll y su estómago parecía haberse olvidado antes que ella.

Las bandejas descansaban sobre las sábanas y olía a comida caliente. Potter tenía el pelo negro levantado de un lado y las gafas bajas sobre la nariz. El vendaje hacía que pareciera tener una mano mucho más grande que la otra. Granger seguía sentada muy derecha.

Potter dejó el tenedor para acomodarse la mano vendada. Weasley le señaló una parte de su cena.

—Te puedes llevar eso.

—¿Qué es?

—Ya pregunté. Por eso no me lo voy a comer.

Granger lo probó.

—Está bueno.

—Eso me dijeron.

A Potter se le escapó una risa. Granger sonrió mirando su plato y siguió comiendo. Dracenia esperó otra discusión sobre lo que tenían que hacer. No la hubo.

Cortó un pedazo de lo mismo. No estaba mal. Tampoco pensaba anunciarlo para que Granger volviera a tener razón en otra cosa.

Después se acomodó el vendaje de los nudillos. Ella había mantenido un encantamiento delante de un troll y necesitaba descansar.

No consiguió dormir.

Cada vez que cerraba los ojos volvía a oír la tabla partiéndose. Cuando Snape entró para que Pomfrey le revisara una pierna, Dracenia se alegró de poder mirar otra cosa. El profesor cojeaba. McGonagall habló con él de un acceso cerrado, pero ambos se alejaron antes de que pudiera entender qué ocurría.

Por la mañana les recuperaron las cosas. La esquina del cuaderno verde estaba húmeda y oscura. Dracenia la alisó con el pulgar. El cartón se deshizo un poco más.

—Déjalo secar —le dijo Granger.

Dracenia apartó la mano.

McGonagall escuchó lo ocurrido. Potter y Weasley perderían tres puntos cada uno por abandonar la evacuación después de

avisar. A Granger y a ella no les quitarían puntos por haber estado en el salón antes de la alarma.

Dracenia esperó. El profesor Flitwick le había dicho que sostuvo bien el aro cuando más falta hacía.

No hubo premio.

En la sala común, Pansy se levantó en cuanto la vio.

Había libros abiertos sobre los sillones y una partida abandonada en una mesa. El reflejo verdoso del lago cambiaba sobre la pared. Dracenia distinguió las caras que la estaban mirando; el vendaje sobresalía del puño de su uniforme.

—¿Es verdad que levantaste al troll?

Dracenia habría podido dejar que continuara la historia unos segundos más.

—El farol. Si levanto al troll, no cabe por la puerta.

Pansy le agarró la mano y la soltó enseguida al ver el vendaje.

—¿Te duele?

—Ya no.

—Pues no la escondas así.

Dracenia aflojó los dedos. Todos querían saber. Empezó por lo del encantamiento y dejó que Pansy les explicara dónde estaba el patio. No contó el instante en que había pensado salir sola.

Tampoco contó lo cerca que había estado de bajar la varita.

Los guantes llegaron antes de que ella terminara de escribir a casa. Narcissa había recibido el aviso del colegio y mandaba protección para unas manos que Pomfrey consideraba casi curadas.

Dracenia se puso el derecho. La pluma se le resbaló. Se lo quitó otra vez.

Su padre quería saber exactamente qué había ocurrido. Había escrito *exactamente* con una raya debajo, como si ella acostumbrara inventar trolls para pedir más guantes.

—Cuenta lo del aro —sugirió Pansy.

—Lo estoy contando.

—Llevas mirando la hoja desde que llegué.

Dracenia le dio la espalda un poco. Escribió que había usado Wingardium Leviosa bajo presión. Parecía un ejercicio de clase. Lo tachó y empezó otra vez.

Pansy tomó uno de los guantes para ver la costura. Dracenia se lo quitó antes de que metiera toda la mano.

La caja ocupaba el hueco entre los dos cuadernos. El cuero era suave y todavía conservaba los dobleces del envío; al lado, la hoja tachada de Dracenia parecía mucho más usada.

—Son a la medida.

—No pensaba quedármelo.

En una mesa cercana golpearon una pieza de ajedrez. Dracenia hundió la pluma en la hoja. Una gota negra se extendió sobre la palabra *farol*.

Pansy miró hacia los jugadores.

—Puedo pedirles que no hagan tanto ruido.

—No me estorban.

Dracenia tomó otra hoja. Le tembló menos la mano al empezar de nuevo.

Contó que estaba bien. Que Granger había tenido su cuaderno y ella fue a recogerlo. Que el troll apareció antes de que pudiera volver. Que hizo el encantamiento necesario para salir al patio y que los profesores se ocuparon de la criatura.

No decía que lo hubiera hecho sola. Sus padres no necesitaban una lista de cada cosa que gritó Weasley.

—Granger abrió la puerta —observó Pansy al leer.

—No escribí que la abrí yo.

Su amiga dejó el guante sobre la caja.

Dracenia terminó preguntando cuándo irían a buscarla para Navidad. Añadió que estaba mejorando mucho en Encantamientos. Eso sí era verdad.

Selló el sobre y apretó hasta que su apellido quedó entero en la cera.

Al día siguiente, en clase, Flitwick puso otro aro sobre la mesa. Dracenia lo levantó antes de mirar a Potter. Él la estaba observando, con una mano vendada junto al libro.

La luz de la ventana se reflejaba en una de sus gafas. No se reía ni miraba a Weasley para que dijera algo.

Dracenia sostuvo el aro hasta que Pansy llegó a ocho.

Esta vez no discutió el número.

Cuando bajaron al comedor se encontró con Granger. Había una fila delante de la puerta. La niña le preguntó si quería revisar la esquina de su cuaderno con pegamento para encuadernar.

Dracenia lo apretó contra el pecho.

—Mi madre puede comprarme otro.

Granger dejó de mirar la cubierta.

—Entonces compra otro.

Fue a sentarse con Potter y Weasley. Dracenia se quedó un momento en la puerta, apretando la cubierta.

Después alcanzó a Pansy. No pensaba cambiar el cuaderno.

CAPÍTULO 13

La escoba prestada

Harry

El primer partido empezó mal antes de que soltaran las pelotas. Harry tenía los dedos tan rígidos sobre el mango que Fred tuvo que recordarle que todavía estaban en el vestidor.

—Déjale algo a la escoba para cuando subas.

Angelina se rio. Harry soltó un poco la mano y miró hacia la puerta. Allí afuera, toda la escuela iba a verlo intentar algo que hasta septiembre no sabía que existía.

En el banco había guantes y una correa que asomaba por debajo de una túnica del equipo. El vestidor olía a madera húmeda. Harry tenía las gafas bien puestas, pero sentía una patilla contra la sien cada vez que apretaba la mandíbula.

Wood repasó las instrucciones. No esperaban que Harry marcara goles ni que persiguiera cada reflejo. Tenía que buscar la Snitch, mirar a sus compañeros y escuchar el silbato.

Harry asintió. Quería demostrar que McGonagall no se había equivocado.

Las gradas le quitaron el aire al salir. Ron agitaba un brazo junto a Hermione y Neville. Hagrid parecía mucho más alto que la gente que tenía alrededor; Harry lo encontró incluso antes de distinguir su barba.

Lee Jordan comentaba el partido desde una torre. McGonagall le corrigió la primera observación sobre Slytherin antes de que Hooch terminara de reunir a los jugadores.

Higgs, el buscador contrario, no parecía nervioso. Harry se obligó a dejar de mirarlo.

El aire del campo le enfrió el sudor de la nuca. Las bufandas de las gradas se movían sobre las cabezas y el ruido cambiaba al volver él la cara hacia un lado u otro.

El silbato los lanzó al aire.

Durante los primeros minutos no vio una sola cosa dorada. Vio a Alicia marcar y a Wood detener un tiro; vio una bludger que George desvió antes de que Harry pudiera apartarse. Empezó a oír los gritos por separado en vez de como una ola de ruido.

Higgs amagó hacia los aros. Harry lo siguió unos metros, advirtió que miraba hacia atrás y frenó, furioso consigo mismo.

La primera sacudida de la Nimbus le pareció consecuencia de haber tirado demasiado del mango. Acomodó el cuerpo.

La segunda le quitó un pie de su sitio.

Harry miró las ramas. Temblaban. La escoba subió sin que él lo ordenara y giró cuando trató de bajarla.

Sonó un silbato.

Harry ya no podía buscar a Hooch: el estadio se inclinaba por debajo de sus rodillas. Se dobló sobre el mango, apretando con ambas manos. El viento le golpeó la nuca. Por un instante quedó casi acostado sobre la escoba.

Oyó a Angelina cerca.

—Harry. Mírame.

Encontró su cara a una altura distinta de la que esperaba. Ella le señalaba hacia abajo. Intentó obedecer y la Nimbus volvió a sacudirse.

Desde una grada llegó un golpe de madera. Alguien gritó. Un banderín verde se agitó donde antes había gente sentada.

La escoba dejó de tirar.

Harry tardó un segundo en creerlo. Dirigió el mango al suelo. Hooch se colocó a su lado y lo acompañó hasta el campo. Cuando apoyó los pies, los dedos no quisieron abrirse.

Flitwick se llevó la Nimbus. Hooch le hizo preguntas para comprobar que estaba bien y le revisó las manos. Wood esperaba sin apresurarlo.

Harry miró las gradas. La gente seguía de pie.

—¿Se acabó?

—Se interrumpió —contestó Hooch—. El juego puede esperar.

Le dijo que no había encontrado en su vuelo una causa para aquellos movimientos. Harry se alegró de oírlo y enseguida sintió un miedo peor. Si no había sido él, ¿qué había pasado?

Trajeron una escoba del colegio. Reconoció la que había usado en las pruebas.

—No tienes que seguir —le dijo Wood.

Harry apoyó las palmas sobre las rodillas. Le dolían. Había imaginado un mal partido de muchas maneras, pero ninguna acababa con él sentado mientras otros decidían si podía volver a levantarse.

Miró el mango gastado.

—Quiero probar.

Hooch le permitió un recorrido corto, bajo su vigilancia. La escoba respondió despacio y sin un solo tirón. Harry regresó, frenó y esperó.

La profesora autorizó reanudar. Los maestros permanecieron cerca del campo.

Slytherin iba noventa a setenta. Lee repitió el marcador y Harry se alegró de tener algo concreto en que pensar.

La Snitch apareció junto a la grada sur.

Esta vez no siguió el primer reflejo: distinguió las alas antes de acelerar. Higgs lo vio y empezó a acercarse desde arriba. Su escoba era más rápida que la prestada.

Harry siguió por debajo. La Snitch descendió cerca de las primeras filas y él tuvo que dejar de mirarla para calcular el hueco entre los soportes de la grada. No podía frenar la escoba escolar como frenaba la Nimbus.

Higgs buscaba ganar por arriba. Harry aflojó la velocidad un instante, dejó que la bola entrara en el hueco y giró hacia la salida, donde creía que volvería a verla.

El oro apareció junto a su mano.

Cerró los dedos. Un ala golpeó su muñeca. Harry tiró del mango y pasó al otro lado de la torre con espacio para frenar.

Higgs seguía buscando cuando lo vio levantar el puño.

El estadio gritó de golpe.

Doscientos veinte a noventa.

Wood lo abrazó hasta dejarlo sin aire. Ron llegó señalando la escoba, incapaz de decir más que «¡con ésa!». Harry intentó contar la captura y tuvo que empezar de nuevo porque todos hablaban a la vez.

Después Hermione le contó qué habían visto en las gradas.

Snape miraba hacia él y movía los labios. Ella y Ron habían intentado interrumpirlo usando un banderín; la varilla se soltó y golpeó un respaldo. Justo entonces la escoba dejó de sacudirse.

—¿Se lo dijeron a McGonagall? —preguntó Harry.

Hermione asintió. La profesora había pedido palabras exactas y posiciones. No sabían todo eso.

Harry recordó a Snape cojeando después del troll. El acceso cerrado. Los dos puntos por preguntar.

Malfoy los oyó mencionar al profesor al pasar con Pansy.

Llevaba la bufanda torcida y el uniforme abultado debajo del abrigo. Un mechón rubio se le había quedado atrapado en la lana. Harry estaba todavía acalorado, pero ella tenía la cara de quien llevaba mucho rato sentada al aire libre.

—Se levantó después de que tu escoba empezara a moverse.

Ron se volvió.

—Ya estaba hablando.

—Con alguien. Luego miró al campo.

Harry tenía frío a pesar de que el partido había terminado.

—¿Viste qué hacía?

—Vi lo que acabo de decir.

Pansy tiró de su bufanda para que continuara. Malfoy se la acomodó.

—Podrías terminar un partido sin que todos tengan que ver si te caes.

—Terminé —dijo Harry.

Ella miró la escoba prestada y no encontró qué añadir antes de que Pansy volviera a llamarla.

Harry regresó a Gryffindor con sus amigos. Allí Dean dibujó la torre y él le mostró cómo había pasado.

Ron quiso añadir el banderín. La punta del lápiz se enganchaba en los pliegues y tuvo que borrar dos veces. Hermione empezó a acercar la mano, pero la dejó junto al papel.

—¿Quieres que te lo sostenga?

Ron la miró antes de asentir.

—Pero no me lo endereces.

—¿El papel?

—El banderín. Así quedó.

Hermione sujetó las esquinas. Ron terminó el palo torcido, miró su dibujo y le pidió a Dean que no lo hiciera más largo.

La hoja tenía marcas grises donde habían borrado. Los cuatro se apretaban alrededor de una mesa baja, con los libros apartados al extremo. Harry veía los zapatos de Ron debajo del dibujo y el brazo de Hermione sosteniendo el papel para que no se levantara.

Harry se inclinó para señalar por dónde había salido. Dean le pasó el lápiz. La curva le quedó tan cerca del soporte que Ron quiso saber si les estaba contando una captura o explicando cómo no repetirla.

Harry se rio y volvió a dibujarla. Durante un rato pudo contar el final del partido sin sentir el mango resistiéndose entre los dedos.

Más tarde, al guardar la nota del siguiente entrenamiento, miró las manos vacías.

Alguien había intentado tirarlo.

No quería que aquella idea se quedara con todo lo demás que había conseguido hacer ese día.



CAPÍTULO 14

El retrato que no quería volver



Dracenia

Pansy había conseguido una autorización para buscar en los retratos del corredor oeste una cinta de inventario que alguien había pintado del color equivocado.

Dracenia la escuchó hasta la mitad.

—¿Por qué?

—Porque quiero verla.

—Es una cinta.

—Es una cinta que sale en tres cuadros distintos. El profesor Binns dijo que el pintor la metía donde podía, incluso si no tenía nada que ver.

Dracenia no recordaba esa parte de la clase. Binns había hablado demasiado rato de una disputa entre dos familias cuyos apellidos se parecían.

Pansy llevaba una hoja y un lápiz. No había pedido ayuda para medir nada ni pretendía ganar puntos. Dracenia la acompañó porque estaba lloviendo y porque no pensaba pasar otra tarde oyendo a los mayores explicar cómo Potter les había ganado con una escoba vieja.

La lluvia oscurecía las ventanas del corredor. Cerca de los cristales hacía más frío. Los marcos tenían distintos tamaños; al pie de los más bajos había marcas de zapatos.

La primera cinta estaba en un sombrero. Pansy la dibujó y señaló una puerta del cuadro siguiente.

—Ahí tiene que estar la otra.

Dracenia se acercó. Un hombre de casaca azul estaba comiendo frente a la puerta.

—Muévase un poco.

Él siguió cortando algo en el plato.

—Estoy almorzando.

—No vamos a tardar.

—Yo tampoco pensaba tardar, antes de que llegaran.

Pansy le pidió permiso con tanta educación que Dracenia habría podido hacerlo igual, si se le hubiera ocurrido empezar por ahí. El hombre giró el plato, pero no se levantó.

Dracenia vio el extremo de una cinta verde detrás de su hombro.

—¡Ahí está!

El hombre miró por encima de la casaca.

—Ésa es mía.

Salió del cuadro con la cinta y el plato. Apareció en el retrato de una muchacha con un perro; el animal empezó a ladrarle a la comida.

Pansy se echó a reír.

Dracenia lo siguió.

—¡No puede llevársela! Estamos buscando algo.

—Y yo un lugar tranquilo.

El hombre pasó al marco siguiente. Pansy dobló su hoja y lo siguió a distancia, todavía riéndose. Dracenia tuvo que apurarse para que no entrara sola en un corredor que no conocían.

Lo encontraron en una pintura estrecha, apretado junto a dos señoras que jugaban a las cartas. Una le hizo mover el plato cada vez que necesitaba levantar una carta.

—Le va a quedar menos espacio ahí —observó Pansy.

El hombre la miró con resentimiento.

Dracenia cruzó los brazos. No podían dejar pasar toda la tarde por culpa de un retrato obstinado.

—Si vuelve, nosotras nos vamos.

Pansy se volvió hacia ella.

—Todavía me falta dibujarla.

—Después.

—No. Vinimos a eso.

Dracenia sintió calor en las orejas. Había llevado la conversación casi hasta una solución y su propia amiga la deshacía delante de un hombre pintado.

Pansy sacó el lápiz.

—¿Me deja dibujarla aquí? No tiene que volver.

El hombre asintió de inmediato. Dracenia observó cómo se acomodaba la cinta para que se viera mejor y decidió no sugerir nada más.

Encontraron la última cinta en el collar de un perro que se negó a quedarse quieto. Pansy dibujó tres veces la misma mancha torcida y acabó por rendirse. Pegó al lado una nota que decía *el perro no colaboró*.

Dracenia se rio cuando la leyó.

—Eso no lo puedes entregar.

—No lo voy a entregar. Es para mí.

Se sentaron junto a una ventana, donde la lluvia corría por el vidrio y nadie hablaba de Quidditch. Pansy le dio el lápiz para que terminara el collar. Dracenia lo dibujó mejor, aunque no pudo resistirse a añadir unas orejas enormes.

—El perro no era así.

—El perro no colaboró —repitió Dracenia.

Las dos se rieron tanto que un retrato les pidió que buscaran otro lugar. Pansy le preguntó dónde y él fingió dormirse.

Dracenia regresó de buen humor. Duró hasta que vio a Potter bajar por la escalera con el cuaderno azul.

—¿Todavía piensan que fue Snape? —le preguntó.

Potter se detuvo.

Tenía la corbata un poco torcida y el pelo negro aplastado de un lado, como si hubiera estado apoyando la cabeza en algo. Desde el peldaño de arriba sus gafas parecían inclinadas. Dracenia no entendía cómo podía andar así sin corregírselas.

—No sabemos.

—Weasley sí sabía, por lo que oí.

—¿Y tú sabes que no?

Dracenia abrió la boca. Había visto cuándo se levantó Snape, no todo lo que hizo antes. Le molestó que Potter le exigiera una respuesta imposible después de que ella le había explicado lo que vio.

—Sé que te gusta que todos estén pendientes de ti.

Él apretó el cuaderno.

—No me gustó lo de la escoba.

Pansy tocó el brazo de Dracenia. Esta vez ella se dejó llevar.

En la sala común pusieron el dibujo del perro dentro de la caja de recortes. Dracenia no pensó en pedirle perdón a Potter. Había empezado preguntándole una cosa bastante razonable.

Pansy pegó la hoja sobre el programa de Quidditch.

—Lo tapaste —señaló Dracenia.

—Ya sé cómo se llaman.

Dracenia apoyó un dedo en las orejas que había dibujado. No volvió a corregirle el lugar.

CAPÍTULO 15

Una bufanda y una puerta

Harry

Hagrid tenía tres platos enormes junto a una bolsa de comida. Ron dejó de preguntar por Snape en cuanto los vio.

—¿Ahora tienes más perros?

—Son de Fluffy.

—¿Los tres?

Hagrid se volvió hacia los platos. Harry recordó el ruido que Neville y él habían oído detrás de la puerta prohibida.

—El del tercer piso.

El guardián dejó la bolsa en el suelo.

—Bajen la voz.

Hermione miró los platos sin tocarlos. A Harry le cabía una mano entera dentro de las marcas que uno tenía en el borde.

—¿Hay tres perros? —preguntó Ron.

—Uno.

Ron lo miró. Harry observó la cara de Hagrid y tuvo la respuesta antes de oírla.

Hermione había dejado de mover los pies debajo del banco.

—¿Tiene tres cabezas?

Hagrid se frotó la barba.

—Es un encargo del director y ustedes no tienen nada que hacer cerca de él.

—¿Qué cuida?

—Eso es cosa de Dumbledore y Flamel.

Hagrid apartó los platos, uno encima del otro. El metal sonó demasiado fuerte en la cabaña.

Harry esperó a que los dejara junto a la pared.

—¿Quién es Flamel?

—No voy a decirles más. Ya les dije que no se acerquen.

—No hemos ido —dijo Harry.

—Bien. Que siga así.

Harry volvió a mirar las marcas del plato de arriba.

—Snape se lastimó la pierna la noche del troll.

Hagrid se sentó frente a ellos.

—Ya me contaron lo de la escoba. No saben las palabras que dijo.

Harry quería que relacionara también la pierna, los dientes y el acceso cerrado. Hagrid sólo les acercó el pan y le pidió a Ron que no dejara migas donde Fang las iba a buscar.

Harry partió un pedazo. No supo si Flamel era alguien de quien debían haber oído hablar. Hagrid no ofreció otra pista.

Salieron sabiendo un nombre más y sin haber conseguido que Hagrid sospechara de Snape.

Harry había llevado el periódico de Gringotts a la biblioteca. Hermione quería saber si podía conseguirse otro ejemplar con más detalles. Ron buscaba una biografía de Dumbledore porque estaba seguro de que había visto su nombre en el artículo de una revista.

Entre los estantes, las voces del castillo llegaban apagadas. Harry oía pasos sin ver a quien pasaba; de vez en cuando aparecía una manga entre dos hileras de libros. Se sentaron junto a la luz de una ventana.

No encontraron la revista. Encontraron una lista de trabajos del director y, junto a un estudio de alquimia, el nombre de Nicolas Flamel.

El borde de la cubierta estaba blando de tanto usarse. Harry pasó el dedo por un hilo suelto antes de acercarse el libro para copiar el nombre.

Harry lo anotó antes de que cerraran la biblioteca. Hagrid había recogido un paquete para Hogwarts; un perro de tres cabezas cuidaba algo del director y Flamel. Harry dibujó una línea entre las dos cosas, aunque todavía no pudiera demostrar que estuvieran relacionadas.

—A Fluffy yo le habría puesto tres nombres —opinó Ron.

Hermione miró el nombre que acababan de copiar.

—Voy a buscarlo después de Navidad.

Harry asintió. Todavía no sabían qué guardaba el perro. Tenían un paquete, un robo y un nombre. Juntos parecían más que por separado, pero no los convertían en una respuesta.

Al quedarse en Hogwarts para las vacaciones, Harry descubrió que el castillo podía estar demasiado callado.

Ron también se quedó. Sus padres irían a ver a Charlie y sus hermanos tenían planes que, según él, no convenía interrumpir. La primera mañana bajaron tarde al desayuno. Las conversaciones llegaban desde el otro extremo de una mesa casi vacía; Harry podía oír cómo raspaba su propio cuchillo contra el pan.

—Ahora Percy nos encuentra más fácil —observó Ron.

Su hermano estaba lo bastante cerca para escucharlo, pero prefirió seguir leyendo.

Pasaron la tarde construyendo un muñeco de nieve. Harry quiso poner la cabeza antes de que el cuerpo estuviera firme. Al retirarse, la bola rodó hacia un costado y se abrió contra el suelo.

Ron la miró.

—No necesita cabeza.

—¿Entonces qué estamos haciendo?

Su amigo dio un paso atrás, con las manos en las caderas.

—Ahora no sé.

Harry empezó a reírse. Fred llegó con George y se ofreció a resolverlo. Entre los cuatro hicieron una cabeza que quedó torcida y unas orejas que ninguno de los gemelos quiso reconocer como obra suya.

Volvieron con nieve dentro de los cuellos. Sir Nicholas los encontró sacudiéndose junto a la puerta y les explicó que nunca había entendido por qué los vivos salían a enfriarse si después iban a quejarse del frío.

—Usted también se queja —dijo Ron.

El fantasma alzó un dedo transparente.

—Con más años de experiencia.

Harry se rio mientras intentaba sacar un terrón de nieve de su manga. No tenía que terminar la ropa ni recoger lo que hubiera tirado Dudley. Dejó los guantes a secar junto a los de Ron y los giró al cabo de un rato, porque seguían mojados por dentro.

En Navidad había una bufanda para Harry entre los paquetes de la mañana. La señora Weasley la había hecho. Él pasó el pulgar por la lana antes de leer la nota. Un extremo era un poco más estrecho

que el otro; los sostuvo juntos para comprobarlo y volvió a separarlos con cuidado.

Ron reconoció la letra desde su cama.

—Mi madre me preguntó por ti.

Harry miró su nombre en la nota. Ron esperó un momento; después abrió uno de sus paquetes y se lo acercó.

—Toma. Antes de que venga George.

Harry escogió un dulce y se puso la bufanda sin terminar de abrir los regalos. Le rozaba la barbilla. Dobló la nota y la dejó sobre el cuaderno.

El paquete sin firma era distinto: una tela ligera, unas iniciales cosidas y una tarjeta. Había pertenecido a James Potter.

Harry la sostuvo sin desplegarla hasta que Ron se sentó a su lado. Al cubrirse la mano, dejó de verla.

—Harry.

La voz de Ron había cambiado tanto que él levantó la cabeza.

Se cubrieron los dos. Un pie quedó afuera, después desapareció al recoger la tela. Ron los buscó en el espejo del dormitorio y soltó una exclamación.

Harry también habría querido gritar. Se quedó mirando el espacio vacío donde debería aparecer el cuerpo de su padre cuando usaba aquello.

Salió esa noche porque quería preguntar sin que lo acompañaran todas las caras que reconocían su nombre.

Un retrato le había dicho que recordaba alumnos pelirrojos y que quizá entre ellos estuviera su madre. Harry no esperaba

encontrar una respuesta importante. Sólo quería que alguien mirara su cara y recordara algo que no fuera la cicatriz.

La capa le permitía cruzar los pasillos, aunque tenía que caminar despacio para no pisársela. El retrato estaba dormido cuando llegó. Otro le indicó un corredor donde guardaban pinturas viejas.

Harry encontró una puerta entreabierta y entró.

Había muebles cubiertos, marcos apoyados contra las paredes y un espejo muy alto. Harry lo vio antes de acercarse del todo: en el cristal había alguien detrás de él.

Se volvió con el corazón golpeándole las costillas.

Nadie.

Miró otra vez. Una mujer de pelo rojo le sonreía por encima del hombro. A su lado estaba un hombre de gafas.

Harry retrocedió hasta que el borde de la capa le rozó los talones. Los dos seguían allí.

Sacó una mano de la tela. El Harry del espejo hizo lo mismo. La mujer se inclinó un poco, como si quisiera acomodarle la bufanda.

—¿Mamá?

La palabra sonó demasiado fuerte en la habitación.

Ella no salió. No contestó. Pero lo miraba como nadie lo había mirado antes, con una alegría tan sencilla que Harry se acercó al cristal sin darse cuenta.

Se parecía a ella en los ojos. Lo supo antes de poder compararlos bien. El hombre levantó la mano y Harry encontró en aquel gesto algo de su propia manera torpe de arreglarse las gafas.

—Papá.

Apoyó los dedos sobre el vidrio.

Estaba frío.

Miró detrás una vez más. La habitación continuaba vacía. El reflejo de sus padres permanecía con él.

Harry se sentó en el suelo para no cansarse. Les contó que tenía una escoba y un amigo que jugaba al ajedrez mucho mejor que él. La mujer sonrió; su padre pareció inclinarse para escuchar.

Había pasado todo el curso buscando preguntas. Ahora tenía a quién hacerlas y ninguna respuesta conseguía cruzar el cristal.

Se quedó hasta que le dolieron los pies de frío.

Al volver al dormitorio, Ron se incorporó de golpe.

—¿Dónde estabas?

Harry se quitó la capa. Tenía las manos heladas.

—Los vi.

Ron apartó la manta.

Harry miró el lugar de la tela donde estaban cosidas las iniciales. Quería volver en ese mismo instante. Quería llevar a Ron para que lo viera y quizá encontrara una forma de hablar con ellos que a él no se le había ocurrido.

—A mis padres —dijo.



CAPÍTULO 16

Las visitas de Navidad



Dracenia

Narcissa se dio cuenta de la esquina del cuaderno antes de que Dracenia terminara de sacar la ropa.

—Podemos reemplazarlo.

—Todavía sirve.

Su madre lo dejó sobre la mesa. Dracenia esperaba más preguntas. Recibió una indicación sobre dónde guardar las medias y una mano que le apartó el pelo de la frente para verla mejor.

—Has crecido.

Dracenia enderezó la espalda. Le gustaba oírlo hasta que lo repetían delante de visitas, como si fuera algo que ella hubiera hecho para entretenerlas.

Allí las voces no llegaban desde todas partes. Su madre hablaba junto a ella y, cuando callaba, se oía el roce de una rama contra el vidrio. Dracenia no tenía que esperar a que las demás acabaran de guardar sus cosas para cerrar el baúl. Dejó caer la tapa un poco más fuerte de lo necesario.

La casa olía a ramas recién cortadas y al té que su padre tomaba después de comer. Había un paquete en su habitación y otro junto al árbol. Ninguno de los dos estaba envuelto en papel plateado.

Lucius la hizo esperar hasta terminar de leer un informe. Dracenia le contó lo de la pluma sin esperar a que preguntara por las notas.

—Ya la sostengo mucho más.

—¿Cuánto?

Dracenia dio el mejor número que había conseguido, no el promedio. Su padre pareció satisfecho.

Dracenia se quedó junto al brazo de la silla, procurando no empezar a hablar otra vez. El té había dejado un círculo húmedo en el plato. Su padre apartó la cucharilla, acomodó el informe sobre los otros papeles y volvió a mirarla.

Después quiso saber por qué Granger aparecía tantas veces en sus cartas.

—Porque habla mucho.

—También tú —dijo Narcissa desde la ventana.

Lucius sonrió apenas. Dracenia no.

—No es lo mismo.

Su madre la llamó para que escogiera una cinta antes de que llegaran los invitados. Había comprado dos tonos de verde. Dracenia pidió el oscuro y Narcissa lo tomó como si ya supiera la respuesta.

Los adultos preguntaron por Hogwarts sin escuchar siempre lo que ella contestaba.

Un hombre quiso saber si Potter disfrutaba tanto de los aplausos como su padre. Dracenia dijo que disfrutaba de cualquier cosa que obligara a detener un partido. Lucius la miró de una forma que le impidió seguir con la historia de la escoba.

Más tarde, una mujer le preguntó si había hecho buenas amistades.

—Pansy —respondió Dracenia.

—Los Parkinson, naturalmente.

La mujer ya estaba hablando con Narcissa. Dracenia se quedó con la explicación de los retratos sin poder empezarla. Pansy no había encontrado las cintas porque su familia fuera la correcta. Había ido a buscarlas porque quería.

Dracenia tomó otro pastel. El del centro tenía una estrella de azúcar y pudo sacarlo antes de que un primo lo viera.

Cuando Pansy llegó al día siguiente, la llevó al jardín para practicar. Lucius revisó las escobas y les marcó un recorrido seguro. Dracenia se acercó al primer giro con unas ganas tan grandes de hacerlo perfecto que perdió altura antes de tiempo.

Su padre no le corrigió la postura desde abajo. Le pidió bajar y se la mostró con el mango en las manos.

—Estás intentando girar antes de mirar adónde vas.

Dracenia repitió el recorrido. Esta vez pudo hacerlo.

Al aterrizar buscó la cara de Lucius.

—Mejor —dijo él.

Le bastó para querer volver a subir.

Pansy no quiso practicar toda la tarde. Prefería abrir los juegos y revisar un libro ilustrado que le habían regalado.

—Voy ganando —protestó Dracenia cuando ella guardó la escoba.

—No estábamos compitiendo.

—Pues por eso.

Pansy le hizo una mueca y siguió hacia la casa. Dracenia tardó un minuto en ir detrás, para que no pareciera que obedecía en cuanto la llamaban.

En su cuarto encontraron un juego de piezas que cambiaban de color si mentías al responder preguntas. Pansy quiso probar si distinguía una mentira de algo que uno recordaba mal. Dracenia estaba segura de que sí.

Perdió la primera ronda porque contó que había levantado el farol al primer intento.

La pieza se volvió roja.

Pansy no hizo ningún comentario. Eso resultó peor.

—El juego pregunta si lo lograste —dijo Dracenia.

—Preguntó si fue a la primera.

Dracenia giró la pieza hasta esconder el rojo debajo. Pansy se echó a reír. Ella terminó riéndose también, aunque le prohibió escoger otra pregunta sobre la escuela.

Antes de que Pansy se fuera, Narcissa las encontró sentadas en el suelo, rodeadas de piezas. Les pidió que recogieran antes de bajar a cenar.

Dracenia señaló el montón de su amiga.

—Ella sacó más.

—Entonces tendrás más prisa para ayudarla —contestó su madre.

La última noche de vacaciones, Dracenia abrió el cuaderno verde. Le había pegado una tira sobre la esquina dañada. El tono no coincidía y la reparación parecía más visible cuanto más intentaba disimularla.

Pensó en comprar otro. Recordó las dos pulgadas tachadas, los números que mejoraban después y la firma de Flitwick junto a un ejercicio difícil.

No quería copiarlos. Quería que estuvieran allí.

Su madre apareció en la puerta.

—¿Ya guardaste todo?

Dracenia señaló el baúl.

—Falta esto.

Narcissa miró la reparación, pero no volvió a ofrecer otro cuaderno. Le besó la frente y le indicó que se acostara.

Dracenia guardó la fotografía del jardín entre las páginas. Le gustaba ir a Hogwarts; también le gustaba saber que, cuando volviera, aquella habitación seguiría esperándola.

Se durmió pensando en el próximo giro que quería aprender.

CAPÍTULO 17

Lo que veía Ron

Harry

En la segunda visita, una de aquellas noches de Navidad, Ron no vio a James ni a Lily.

Harry lo hizo acercarse al espejo, después apartarse, después colocarse justo donde había estado él. Ron obedeció con una paciencia que empezó a agotarse al tercer intento.

—No están.

—Mira detrás de ti.

—Ya miré.

Harry se puso a su lado. Sus padres aparecieron de nuevo, uno a cada hombro, y él sintió el alivio de reconocerlos.

Ron frunció el ceño.

La capa le llegaba a Harry hasta los zapatos. Ron se veía pequeño al lado del marco alto. En el suelo entraba frío por las suelas; Harry apenas lo notaba mientras seguía buscando las caras detrás de ellos.

—¿Por qué hay una copa?

Harry lo miró.

—¿Qué copa?

Su amigo se acercó un poco más al cristal. Había cambiado la cara. Harry conocía esa expresión del tablero, cuando Ron veía una jugada que nadie más había encontrado.

—Estoy con todos. Con mi familia. Me están escuchando.

Harry esperó que dijera qué había hecho para que lo escucharan así.

—Es de ajedrez —añadió Ron—. Creo que la gané yo.

No había ninguna copa en el reflejo de Harry. Volvió a mirar a sus padres. Su madre seguía sonriendo, como si no oyera lo que acababan de decir.

Regresaron al dormitorio sin entenderse del todo. Ron quería probar otra vez al día siguiente; Harry también, pero no quería esperar a que dejara de hablar de su premio.

Se avergonzó después. Ron no le había pedido que dejara de hablar de sus padres.

La siguiente visita la hizo solo.

En el comedor había dicho que no tenía hambre. Durante el día perdió una partida sin darse cuenta de cómo había empezado a perder. Ron dejó de mover las piezas para preguntarle si estaba escuchando.

Harry respondió que sí. Ron guardó el tablero.

Ahora, frente al espejo, Harry intentó hacer preguntas que pudieran contestarse con un movimiento de cabeza. Su padre sonreía antes de que terminara. Su madre se inclinaba cuando él deseaba que lo hiciera.

Se dio cuenta y siguió preguntando.

—¿Me oyes?

El cristal no cambió.

—A veces cuesta más irse después de entenderlo —dijo una voz.

Harry se volvió tan rápido que pisó el borde de la capa. Dumbledore estaba en la puerta. No llevaba la expresión de un profesor que ha encontrado una excusa para castigarte.

—Los retratos te han visto venir —explicó—. Me preocupó que llevaras tanto tiempo aquí.

Harry se apartó apenas del espejo.

—¿Son ellos?

Dumbledore miró la imagen por encima de sus gafas.

—Se parecen a lo que deseas ver.

Harry volvió al cristal. Su padre tenía una mano apoyada en el hombro de su reflejo.

—Yo no me acordaba de sus caras.

—El espejo puede mostrar más de lo que recuerdas. No significa que ellos estén del otro lado.

Harry tragó saliva. No había pensado en estar equivocado de una manera que doliera tanto.

Dumbledore acercó una silla. Harry no se sentó. Le preocupó que su padre dejara de mirarlo si él apartaba los ojos.

La silla raspó el suelo, con un ruido seco que Harry oyó sin apartar los ojos del cristal.

—Oesed no muestra lo que está ocurriendo en otro lugar —explicó el director—. Muestra lo que más deseas.

Harry miró las manos de su madre. Ella se las tendió antes de que él levantara las suyas.

—Les he contado cosas.

Dumbledore esperó.

—De la escuela. De Ron.

Le dio vergüenza haberlo dicho. También le habría dado vergüenza callarse y marcharse sin preguntar.

—El cristal no lleva tus palabras hasta ellos —respondió el director.

Harry dobló los dedos contra la capa. Su madre seguía ofreciéndole las manos, tan cerca como antes. Deseó que se moviera de otra manera, que mirara algo que él no estuviera esperando.

—¿Y por qué los veo?

—Porque quieres verlos. Y puedes quedarte aquí hasta olvidarte de quienes te esperan fuera.

Harry bajó la vista hacia sus zapatos. Había barro seco en uno. No recordaba en qué momento se lo había hecho.

Harry se enojó con él. Quiso preguntarle qué podía saber si sus padres no estaban allí.

No lo hizo. Se limitó a decir:

—Ron vio una copa.

—Tu amigo tendrá sus propios deseos.

Harry miró el borde de la capa. Se acordó de Ron guardando el tablero sin terminar la partida.

—¿Lo van a quitar?

—Sí. Esta puerta no debió quedarse abierta.

La respuesta le quitó la idea de volver en otra ocasión, cuando Dumbledore no estuviera. Harry sintió rabia, pena y un alivio que no quería admitir.

El director no le pidió que se alegrara. Esperó mientras Harry miraba por última vez.

Su madre seguía sonriendo. Harry levantó la mano, aunque supiera que no podían verlo, y se volvió hacia la puerta.

Ron estaba despierto cuando regresó.

—Mañana podemos salir —dijo Harry.

Su amigo tardó un momento en asentir.

—Hay nieve.

Harry guardó la capa. Tenía los pies tan fríos que le costó desatarse los zapatos.

Hermione volvió después de vacaciones con los libros que había prometido buscar. Les pidió que le contaran todo lo del espejo antes de enseñarles lo de Flamel.

No encontró una solución para los padres de Harry. Cuando él le preguntó si la alquimia podía devolver a alguien, bajó la vista al libro y negó.

La Piedra Filosofal daba oro y un elixir capaz de prolongar la vida. No resucitaba a los muertos.

Harry dejó que Ron siguiera preguntando cuánto elixir haría falta para alguien muy viejo. Necesitó un rato para volver a escuchar.

Habían encontrado una razón para que alguien intentara robar en Gringotts.

Al día siguiente, McGonagall puso un botón de madera sobre cada mesa. Debían convertirlo en metal y conservar los cuatro agujeros. Ron lo examinó por ambos lados antes de levantar la varita.

—Por lo menos éste no corre.

A Harry le salió una cara plateada. Al darle la vuelta encontró la otra tan marrón como antes. Probó otra vez; la superficie se endureció, pero el borde siguió siendo madera.

En las mesas vecinas se oían golpecitos de botones contra la madera. Unos no brillaban nada; otros devolvían la luz de la ventana como el de Harry. Los hilos de prueba formaban curvas pálidas sobre las mesas.

Junto a él, Ron consiguió algo brillante y sin un solo agujero.

—Lo podría coser por afuera.

—Entonces estaríamos en una clase de costura —respondió McGonagall.

Ron le dio la vuelta al botón. Harry se mordió el labio para no reírse antes de que ella se alejara.

Hermione había logrado los cuatro agujeros. Al deslizar un hilo por uno, el borde lo cortó. Se quedó mirando los dos extremos.

—Tendrá que redondearlo —le indicó la profesora.

Neville alzó la mano desde la mesa de atrás.

—El mío tiene seis.

McGonagall le pidió que lo dejara sobre la mesa antes de que se formara otro. Harry giró el suyo hasta ver la línea entre el metal y la madera. Esta vez sabía qué tenía que intentar.

Al salir, Ron seguía buscando por dónde coser su disco. Hermione le mostró el hilo cortado y le aconsejó no probarlo todavía en la túnica.

Harry guardó el botón con los materiales de clase.

Al terminar las clases fueron a ver a Hagrid.

Hagrid no consiguió disimular cuando le preguntaron por Flamel. Los llevó a sentarse y confirmó lo que ya habían averiguado: el objeto estaba en Hogwarts. No iba a explicarles dónde ni qué otras protecciones tenía.

—Y si creen que hay un peligro, se lo cuentan a un profesor —añadió.

Harry no se había olvidado de la escoba. Tampoco de Snape. Contárselo a McGonagall no había hecho que supieran quién quería tirarlo.

Al volver, Hermione pidió ver la capa. Se metieron los tres debajo en el dormitorio vacío; cabían si se juntaban. Ron se quejó de un codo, Harry de un zapato y Hermione de que nadie avanzara a la misma velocidad.

Salieron riéndose después de dar una vuelta alrededor de las camas.

La cama más cercana tenía la manta arrugada donde habían apoyado la tela. Harry llevaba las gafas ladeadas y Ron, el cuello de la túnica metido hacia dentro. En cuanto estuvieron separados volvió a sobrar sitio entre los baúles.

Harry la guardó con cuidado. Ya no necesitaba usarla aquella noche.

Ron puso el tablero sobre una mesa.

—Esta vez, juega.

Harry escogió un peón y lo movió adonde sí podía ir.



CAPÍTULO 18

Las dos caras de una hoja



Dracenia

Longbottom llevaba la mitad de la clase sin cometer un error.

Dracenia no lo habría notado si Snape no le hubiera pedido que comparara dos muestras. Él, que siempre parecía disculparse antes de contestar, habló de tallos y bordes con una seguridad que le quedaba rara.

—Por fin una clase con hojas —comentó ella.

Longbottom siguió escribiendo.

Pansy se acercó al libro para buscar la siguiente muestra. Dracenia le señaló un dibujo y después miró la mesa de Potter. Snape le estaba mostrando una mancha en la cara inferior de una flor.

—Tendrá que revisar ambas caras.

Potter se puso rojo. Dracenia enderezó sus etiquetas.

Había algo especialmente satisfactorio en que el profesor le pidiera mirar bien una cosa que tenía delante. Potter había aprendido a atrapar una pelota y de pronto todos parecían esperar que también descubriera lo demás antes que ellos.

Snape llamó a Longbottom. El niño se llevó parte del material y dejó el resto junto al borde del banco, con las etiquetas debajo.

Dracenia miró dos hojas casi iguales.

Podría cambiarlas. Longbottom volvería, buscaría los nombres y diría algo equivocado. Snape vería que no era tan sencillo dejarlo solo con las muestras.

Estiró la mano.

Pansy se inclinó hacia ella cuando terminó de intercambiarlas.

—Las cambiaste —dijo Potter.

Dracenia recogió la pluma.

—¿Qué?

Él señaló la bandeja. Estaba mirándola por encima del libro. Dracenia había olvidado que desde allí podía ver el extremo de su brazo.

—Las dos hojas.

Longbottom regresaba. Dracenia buscó una explicación que no pareciera una explicación.

—Si no sabe reconocerlas, no debería usarlas.

—Ya las había reconocido.

Longbottom miró los nombres, después las hojas. Se puso rojo. Dracenia sintió un pequeño alivio: quizá volvería a cambiarlo todo sin hacer preguntas.

Potter tomó una hoja.

—Estaban al revés.

—Deja mi bandeja —le dijo Longbottom.

Potter la soltó de inmediato. Pansy cerró un poco el libro.

Snape se acercó.

Dracenia explicó que había apartado las hojas porque estaban cerca de su mesa. Weasley miró el pasillo entero que las separaba.

—Bastante lejos las apartaste.

El profesor lo hizo callar. Luego preguntó a Potter si la había visto hacerlo. Él contestó que sí, sin vacilar.

Dracenia esperó que Snape examinara la bandeja de Potter. En cambio, llamó a Longbottom y le preguntó por cada muestra.

Longbottom respondió. No consultó el libro. Cuando explicó la diferencia entre los tallos, Dracenia comprendió que no iba a equivocarse.

—Tres puntos menos a Slytherin —dijo Snape—. Y se quedará a ordenar el material.

Dracenia bajó la pluma.

No le había pedido que justificara sus conocimientos. No le había preguntado por las dos hojas que ella sí identificó bien desde el principio. Le quitó los puntos delante de todos y volvió hacia Potter para recordarle que todavía tenía errores en su bandeja.

Eso último no mejoró nada.

Al quedarse sola, Dracenia tuvo que limpiar recipientes que otros habían dejado manchados. La suciedad se le había metido bajo las uñas. Snape revisaba trabajos. Cada vez que ella terminaba una fila, él señalaba otra sin levantar la vista.

El paño se enganchaba en los bordes de los recipientes. Al mojarlo otra vez, el agua le dejó una película gris en los dedos. Dracenia lo retorció más fuerte. En el aula vacía, cada golpe de un frasco sobre la mesa parecía durar más de la cuenta. La pluma de Snape no dejaba de raspar.

—Yo sé cuáles son —dijo al fin.

El profesor dejó la pluma.

—Entonces no podrá atribuirlo a una confusión.

Dracenia miró los frascos vacíos.

No volvió a hablar hasta que le permitieron irse.

En la sala común, Pansy le había guardado un sillón. Dracenia prefirió la mesa.

—A Potter le habría quitado más —comentó su amiga.

Dracenia abrió el cuaderno.

Quería que eso le sirviera. No conseguía dejar de oír los bancos cuando todos se fueron y ella tuvo que quedarse recogiendo cosas.

Se sentó sin desdoblar del todo la túnica. Le tiraba debajo de las piernas, pero no quiso acomodarse mientras Pansy esperaba. Frotó una uña contra la costura de la manga y dejó la mano bajo la mesa.

Pansy abrió el libro de Pociones. Dracenia tapó los nombres con un pedazo de pergamino.

—Ésa es la que tú confundiste —señaló.

—Sí. La cambié antes de entregar.

—Porque te dije.

—Sí, Dracenia.

Longbottom las había reconocido sin mirar los nombres. Ella podía hacer lo mismo. Si Pansy la hubiera visto trabajar, habría podido explicárselo a Snape.

Pero no era eso lo que el profesor había preguntado.

Dracenia movió el pergamino sobre otro par de muestras. Acercó el libro a la lámpara y revisó los tallos.

Pansy esperó antes de pedirle el cuaderno de Encantamientos.

—Todavía no —dijo Dracenia.

Su amiga sacó su propia hoja. Dracenia la oyó escribir mientras seguía mirando el dibujo.

Un rato después le prestó el cuaderno, abierto por la página que necesitaba. Le advirtió que no tocara la reparación de la esquina.

Pansy no la tocó.

Dracenia cubrió otro nombre. Al día siguiente no pensaba darle a Potter nada nuevo que señalar.

CAPÍTULO 19

Noventa de los demás

Harry

Neville no había querido que Harry tocara su bandeja. El recuerdo le duró hasta Herbología, donde volvió a extender la mano para acomodarle una maceta y se detuvo a tiempo.

—¿La sujeto?

—Sí. De abajo.

Harry obedeció. Neville aflojó la tierra sin arrancar las raíces y le mostró cómo debía sostenerlas.

Después Sprout los reunió alrededor de una caja protegida. Dentro había un Lazo del Diablo que parecía una maraña abandonada. Bastó empujarlo con un palo para que se cerrara alrededor de la madera.

Harry se echó hacia atrás.

—Si tiran, aprieta —explicó Sprout.

Aflojó la presión y la planta cedió un poco. Neville levantó la mano para hablar de la humedad y la oscuridad; la profesora retiró una cubierta y acercó calor. Los tallos soltaron el palo.

Ron miró sus propios zapatos.

—Prefiero acordarme de no pisarla.

Harry anotó eso también. A Neville le dio risa, y luego Sprout lo llamó para ayudar en otra mesa. Su amigo se fue sin esperar que alguien lo acompañara.

En febrero aprendieron Incendio con una mecha pequeña y una campana para apagarla. A Harry le salió al tercer intento. La llama no habría asustado a un troll, pero le calentó la cara lo suficiente para recordar por qué no debía practicar junto a la bufanda.

Flitwick le hizo apagarla antes de volver a encender. Ron lo logró una vez y después se pasó diez minutos explicando que la mecha nueva no era igual.

Al sábado siguiente, Wood revisó con Harry la Nimbus. Se la habían devuelto después de muchas pruebas. No había nada roto; eso no demostraba que alguien no pudiera haber actuado sobre ella durante el partido.

—Snape va a vigilar desde el campo —le explicó el capitán.

Harry dejó de abrocharse un guante.

—Hooch sigue arbitrando —añadió Angelina.

No lo tranquilizó tanto como debería.

Hufflepuff marcó primero. Harry vio a Snape junto al campo cada vez que bajaba la mirada y perdió de vista una jugada entera por comprobar que no movía la boca.

Katie recibió un pase, se abrió entre dos rivales y anotó. Harry casi le cruzó por delante cuando giró para buscar la Snitch.

Ella tuvo que señalarle el espacio libre.

Harry levantó una mano para disculparse y decidió que, si Snape quería hacer algo, no iba a impedirlo mirándolo desde veinte metros de altura.

Volvió al juego.

La Snitch apareció bajo una manga amarilla y desapareció antes de que pudiera acercarse. Harry siguió al jugador sin copiar su trayectoria: miró el aire que acababa de dejar libre. El oro volvió a brillar más abajo.

Se inclinó. La Nimbus bajó con una suavidad que todavía le producía alivio. Un rival cerró el paso y Harry lo rodeó en vez de intentar pasar por donde no cabía.

Rozó un ala. No cerró los dedos hasta volver a ver la pelota.

Esta vez la atrapó sin atravesar una grada.

El marcador fue doscientos cuarenta a sesenta: ciento cincuenta de la Snitch y noventa que sus compañeros habían conseguido mientras él dejaba de vigilar a un profesor.

Al bajar, Wood lo felicitó y después felicitó a las cazadoras. Harry se quedó a escucharlo. Le resultó agradable que la alegría del equipo no dependiera de contar su captura una y otra vez.

Snape pasó detrás de ellos.

—Conviene recordar que hay otros jugadores, Potter.

Harry apretó la pelota y no contestó. Le irritaba que justo esa observación fuera cierta.

Ron cumplió doce al comenzar marzo. Su madre le mandó dulces y una carta donde pedía que compartiera. Ya los había repartido antes de leer esa parte.

Fred tomó uno y George otro. Percy señaló el resto de la mesa.

—Tienes más gente que alimentar.

Ron cerró la caja antes de que sus hermanos encontraran una razón para llevarse un tercero.

Neville había preparado una felicitación con una planta dibujada. Dean añadió unas casillas en la parte de abajo. Ron la sostuvo por las esquinas para ver las dos cosas.

—No es venenosa —aclaró Neville.

—Bien.

Harry le dio el paquete que había pedido por lechuza. Había elegido una pluma como la que usaba en clase y pagado sin necesitar que Hagrid contara las monedas. Ahora esperó mientras Ron retiraba el papel.

—La mía es igual —le dijo—. Escribe bien.

Ron abrió la carta de su madre para buscar un espacio al pie y escribió su nombre.

Harry se inclinó para ver las letras. La erre salió entera y la pluma no se enganchó al empezar la o.

—¿Ves? —dijo Ron, mostrándosela a Hermione.

Ella miró primero a Harry.

—Yo no había dicho nada.

—Por si acaso.

Harry se rio. Scabbers salió de entre los pliegues de una manga, olfateó la tarjeta y mordió la esquina antes de que Neville pudiera apartarla.

—Perfecto. También él firmó.

Ron rescató la felicitación y le pasó un dulce a Neville. Después volvió a abrir la caja para quienes todavía no habían recibido.

Pasaron la tarde jugando. Lee quería organizar un torneo en la sala común. Al principio Ron siguió mirando la partida que tenía enfrente mientras decía que sí; levantó la cabeza cuando Lee propuso eliminar al que perdiera una sola vez.

—Entonces algunos no van a jugar más que una tarde.

Dean dejó quieto un peón.

—Yo quiero aprender antes de que me eliminen.

—Que nadie quede fuera por perder una vez —dijo Ron—. Podemos organizarlo otro día.

Hermione buscó papel para hacer una lista. Se detuvo con la pluma encima de la primera línea.

—¿Escribo quién juega con quién?

Ron asintió.

—Sin comentarios junto a los nombres.

—Tengo que poner si ganaron o perdieron.

—Éstos sí.

Neville perdió una partida y pidió otra. Ron le acercó las piezas; Harry, que ya había arrimado una silla, tuvo que esperar su turno.

La chimenea quedaba a un lado del grupo. Cada vez que alguien se levantaba, Harry veía un pedazo de fuego entre los respaldos; al volver a sentarse lo tapaban otra vez. Habían arrimado tantos asientos que las conversaciones del resto de la sala parecían ocurrir muy lejos.

Puso la caja de dulces al alcance de todos y se quedó a mirar. Neville hizo retroceder su caballo. Ron abrió la boca, la cerró y dejó que terminara el movimiento.

El murmullo bajaba cuando Neville alargaba la mano hacia una pieza. Harry se descubrió esperando con los demás. Sólo se oía el golpe pequeño contra el tablero; después alguien soltaba el aire demasiado fuerte y volvían las voces.

Harry se recostó en el sillón, con la bufanda de Molly junto a la bolsa y las piernas todavía cansadas del partido. Había exámenes, un perro de tres cabezas y alguien capaz de maldecir escobas.

También había una tarde que ninguno quería dar por terminada.



CAPÍTULO 20

Una noticia demasiado buena



Dracenia

El programa que Pansy estaba preparando para su caja de recortes no incluía a Potter.

Dracenia comprobó dos veces la lista.

—Jugó los dos partidos.

—Y aquí sólo caben tres nombres —contestó Pansy, alisando el recorte—. No me cabe.

Era un programa de partidos inventados entre equipos imposibles. Millicent había escogido tres guardias de retratos; Pansy, a una bruja de una tarjeta de chocolate y dos parientes que no se hablaban. Dracenia había elegido al mejor buscador que conocía por las revistas.

—Potter ni siquiera sería bueno con esta alineación —añadió.

—Entonces no sé por qué quieres ponerlo.

Dracenia señaló una mancha de pegamento. Pansy la limpió sin dejarle cambiar los nombres.

La mesa tenía marcas de lápiz y trocitos de papel que no servían para pegar. A la luz de las ventanas, el pegamento nuevo brillaba junto a las manchas secas. Al fondo de la sala seguían hablando de las próximas prácticas.

Dracenia dejó abierto el libro de Pociones sobre el hueco que Pansy acababa de limpiar.

—Todavía podemos repasar las muestras.

—Ya acabamos la tarea.

—No todas te salieron bien.

Pansy separó el libro de sus recortes. Había dos manchas de pegamento en una esquina, ahora secas.

—Ahora estoy haciendo esto.

Dracenia sostuvo una figura por el borde. Si Pansy la movía apenas, podía dejar de tapar el nombre de la alineación.

—Espera. Te queda mejor…

Su amiga extendió la mano. No dijo nada hasta recibir la figura.

Dracenia se la dio.

—No la rompí.

—La quería ahí.

Pansy volvió a ponerla donde estaba. Dracenia pasó una página de Pociones con suficiente ruido para que lo oyera.

En las últimas semanas Pansy había preferido quedarse dentro cuando ella quería practicar. También había dejado de estudiar algunas tardes en cuanto acababa la tarea, aunque todavía pudieran adelantar. Antes Dracenia conseguía convencerla un poco más.

Millicent apareció con sus tres guardias dibujados en una hoja. La lanza de uno tenía una curva justo antes del borde.

—Las lanzas no son así —comentó Dracenia.

—Es que recta no me cabía —respondió Millicent.

Pansy se rio y recogió su programa.

—Vamos a ver el tuyo.

Dracenia esperó a que la mirara. Pansy se llevó el lápiz y la figura que ella había querido mover.

Podía terminar sola. Eso lo pensó con bastante enojo hasta que descubrió que no tenía a nadie a quien mostrarle el error que acababa de encontrar en una ilustración.

Al día siguiente, Granger apareció con un libro de dragones.

No era un manual de clase. Dracenia lo supo porque había revisado los suyos para comprobar cuánto les faltaba por aprender. El volumen tenía una quemadura en el lomo y Granger lo apretaba contra la túnica cuando alguien se acercaba.

Potter la esperaba junto a Weasley, con la bolsa cruzada sobre la túnica. El flequillo le dejaba a la vista un extremo de la cicatriz. No miró hacia la escalera donde estaba Dracenia. Los tres salieron hacia los terrenos.

Dracenia se detuvo en la escalera.

Había visto a Hagrid llevar una bolsa de carne hacia su cabaña aquella mañana. También lo había oído pedir a Potter que regresara más tarde. Quizá sólo estaban haciendo otra de sus visitas. Quizá Granger leía dragones porque leer sobre animales aburridos ya no le bastaba.

Pero la tarde siguiente, Hagrid no fue a cenar.

Dracenia miró la mesa de Gryffindor. Los tres cuchicheaban sobre una carta. Weasley se rio, después dejó de reír cuando Granger señaló algo escrito.

No tenían la expresión de quienes han recibido un paquete de dulces.

—¿Vienes? —preguntó Pansy.

Dracenia miró la salida.

—Voy a dar una vuelta.

—Está lloviendo.

—No mucho.

Pansy recogió la bolsa.

—Yo no voy a mojarme porque Potter haya recibido una carta.

Dracenia habría preferido no oír lo obvio. La dejó ir y esperó unos minutos antes de salir.

El sendero de Hagrid tenía barro por los dos lados. Dracenia avanzó despacio para no estropear los zapatos y se detuvo donde podía ver la puerta lateral sin acercarse a las ventanas.

La lluvia le enfriaba la frente y dejaba puntos oscuros sobre las mangas. Cerca de la cabaña olía a tierra mojada y a humo. El pelo rubio empezaba a pegársele al cuello; desde el castillo, aquella lluvia había parecido mucho más pequeña.

Oyó un ruido áspero. Algo golpeó madera dentro de la cabaña. Hagrid habló con una voz ridículamente dulce para alguien que quizá estaba tratando con un dragón.

Dracenia se quedó inmóvil.

La puerta se abrió para dejar pasar un recipiente. Durante un segundo vio una membrana oscura, un borde de ala, una pequeña nube de humo.

No era un perro.

Retrocedió y una rama le atrapó la manga. La arrancó con demasiada fuerza, haciendo ruido. La puerta se cerró.

Dracenia esperó hasta estar segura de que nadie salía a buscarla.

Podía quedarse con la información, mirar cómo se metía Potter en problemas y después anunciar que lo sabía desde el principio.

O podía decírselo a Snape antes de que Granger se llevara también el mérito de encontrar un dragón en Hogwarts.

Subió hacia el castillo. Había barro en el bajo de la túnica y una ramita pegada al brazo que no advirtió al entrar.

Por primera vez en varias semanas llevaba una noticia que su jefe de casa no iba a poder descartar como una queja por la escoba de Potter.

CAPÍTULO 21

Un animal pequeño

Harry

Días antes, el primer crujido había hecho que Harry dejara el vaso en el suelo.

Hagrid tenía el huevo entre las manos, apoyado sobre una tela. Una línea oscura avanzaba por el cascarón. Ron se inclinó; Hermione acercó el libro a la lámpara.

—No debería ayudarlo todavía —dijo, leyendo una frase con el dedo.

Hagrid apartó el pulgar del borde que empezaba a desprenderse. Le costaba más no tocar que sostener todo aquello sin moverse.

El calor de la cabaña le había subido a Harry hasta la cara. La luz de la lámpara caía sobre las páginas del libro de Hermione y los nudillos de Hagrid. Sus manos parecían enormes alrededor del huevo.

Una garra salió por la abertura. Ron dio un salto y Harry se rio, hasta que otra pata hizo caer un trozo de cascarón junto a su zapato.

El hocico apareció después. Era más arrugado de lo que esperaba. La criatura abrió la boca, respiró y dejó salir una pequeña nube de humo.

El cascarón estaba húmedo por dentro. Bajo la lámpara, las patas nuevas parecían demasiado finas para las garras que llevaban al final. Harry alcanzaba a oír cómo raspaban la tela.

Harry se quedó mirándola con el vaso todavía olvidado junto al pie.

—Norbert —dijo Hagrid.

Hermione levantó la vista del libro.

—¿Ya le puso nombre?

El dragón seguía sacando la cola.

Hagrid lo recibió sobre la tela con una alegría que Harry sólo había visto cuando hablaron de la Nimbus. Durante un momento le pareció imposible que pudiera salir algo malo de una criatura que acababa de descubrir sus propias patas.

Ron soltó una risa cuando Norbert intentó morder un pedazo de cascarón. Hermione se acercó para comprobar la respiración. Harry recogió su vaso antes de que la cola lo tirara.

Ninguno quiso ser el primero en decir que no podía quedarse.

La tela ya estaba chamuscada cuando tuvieron que decirlo otra vez. Norbert había crecido y ocupaba el lugar donde antes podían sentarse.

—No puede quedarse aquí —repitió Hermione.

Hagrid sujetó una olla que el dragón intentaba morder.

—No se va a quedar siempre.

Eso llevaba diciéndolo varios días.

Harry también había querido creerlo. Hagrid consiguió el huevo a cambio de reparar correas a un desconocido que no sabía cuidarlo. Lo contó como si hubiera rescatado un gato bajo la lluvia.

Ron señaló que un huevo así debía valer mucho más que unas correas.

Hagrid no encontró rara la diferencia. El vendedor tenía prisa y él se había ofrecido a ayudar.

Escribieron a Charlie. La respuesta dejó una cosa clara: podía conseguir profesionales y un sitio en una reserva, pero Hogwarts tenía que saberlo.

Harry se la leyó a Hagrid. El guardián prometió hablar con Dumbledore en cuanto reuniera unos datos.

Los datos parecían crecer al mismo tiempo que Norbert.

Hermione decidió que, si Hagrid no avisaba al día siguiente, lo harían ellos.

—Primero se lo decimos —insistió Harry.

—Sí. Y después vamos.

Ron asintió. Todavía preguntó si Norbert tendría comida suficiente cuando dejaron de ir aquella tarde.

Harry lo entendía. Hagrid había sido la primera persona en llegar a su casa y preguntar por él. Le había comprado a Hedwig, contestado sobre sus padres y guardado sitio en un banco. Contar algo que pudiera costarle el trabajo se sentía peor que meterse él mismo en problemas.

Pero cada vez había menos espacio en la cabaña para quienes no eran el dragón.

Cuando regresaron a darle la respuesta definitiva de Charlie, Fang se refugió junto a la puerta. Norbert quiso seguirlo y la cola barrió dos herramientas.

Hagrid alcanzó a sujetar al dragón. Fang se apartó del fuego, golpeando una cubeta que quedó sobre una tela.

Ron intentó retirarla antes de que la tela ardiera.

Soltó el metal con un grito.

Harry vio el pulgar rojo. Después la mano cerrada, la cara de Ron y a Hermione pidiendo agua con una voz que no dejaba lugar a discutir.

Hagrid encerró a Norbert en el espacio protegido y abrió la llave. Se disculpaba mientras enfriaban la mano; quería tomar algo, dejar algo, hacer varias cosas a la vez.

Harry sostuvo la muñeca de Ron. El dragón golpeó una tabla detrás de ellos.

—A la enfermería —dijo Hermione.

Esta vez Hagrid no pidió esperar.

Pomfrey le aplicó una sustancia fría y le hizo mover los dedos.

—¿Cómo ocurrió?

Ron miró su mano.

—Con una cubeta caliente. En casa de Hagrid.

La respuesta era cierta. No decía casi nada de lo ocurrido.

Pomfrey preguntó si estaban trabajando con fuego. Hermione apretó la carta de Charlie dentro de su bolsa. Ron miró a Harry.

Harry dio un paso.

Ron tenía el brazo apoyado sobre una tela limpia. Harry todavía llevaba el calor de la cabaña en la cara, aunque allí el aire estaba fresco.

—Hay un dragón.

La enfermera tapó el frasco antes de pedirle que repitiera.

Harry lo contó. Sintió vergüenza al explicar cuánto tiempo llevaban sabiendo que estaba allí y alivio al terminar. Ron no parecía enojado con él. Le dolía la mano; eso no dejaba mucho espacio para fingir que seguir callados protegía a alguien.

Pomfrey mandó llamar a McGonagall.

Snape llegó antes, acompañado de Malfoy.

Harry vio el barro y la ramita en la manga. Comprendió dónde había estado antes de que ella mirara el vendaje de Ron.

El pelo rubio de Malfoy estaba húmedo junto a las orejas y tenía una gota en la punta de la nariz. Mantenía la barbilla levantada al lado de Snape. Parecía haber llegado con mucho más que una ramita que enseñarles.

—¿Qué hiciste? —preguntó su amigo.

—Ustedes primero.

—Ya lo contamos —dijo Hermione.

La cara de Malfoy cambió apenas. Harry sintió una satisfacción breve y poco amable al verla perder el comienzo de su anuncio.

—¿Antes o después de quemarle la mano? —le preguntó ella.

—Yo no lo quemé.

Hermione se colocó junto a él.

—Pues Harry no lo quemó.

Malfoy arrancó la ramita de su manga y explicó cómo había visto el ala. No había entrado a la cabaña. No sabía el tamaño completo del dragón. Tuvo que admitir ambas cosas cuando McGonagall llegó y la interrogó.

Harry había querido odiarla por avisar. Miró el pulgar de Ron y no consiguió que fuera tan sencillo.

Les prohibieron volver a la cabaña sin permiso. Hagrid tendría que explicar sus decisiones y los profesionales recogerían a Norbert cuando estuviera autorizado el traslado.

Perdieron diez puntos cada uno por los días que habían dejado pasar conociendo el peligro. McGonagall distinguió la demora de la confesión: contarlo en la enfermería había sido lo correcto. Los treinta puntos no se los quitaba por eso. También les correspondería una tarea segura de reparación.

—¿Lo van a echar? —preguntó Ron.

McGonagall no quiso prometer lo que todavía no sabía.

Harry esperó que se volviera hacia él con la expresión de Vernon al encontrar algo roto. La profesora preguntó qué podían aportar para que el animal saliera sin hacer daño.

Hermione le dio la carta. Ron explicó quién era Charlie.

Snape escuchó sin absolverlos por haberlo contado al final. Malfoy parecía estar esperando una felicitación que tampoco recibió.

Esa noche, Harry escribió mientras Ron dictaba una nueva carta a su hermano. Su amigo tenía el pulgar protegido y una letra que no servía con la otra mano.

Ya no pedían guardar un secreto. Pedían un lugar donde Norbert pudiera crecer.

Harry le pasó la hoja antes de cerrarla. Ron corrigió un nombre y le indicó que siguiera.



CAPÍTULO 22

Lo que decía la señal



Dracenia

McGonagall le había dicho que se quedara en el castillo.

Dracenia no lo había olvidado. Lo recordó al ver el carretón junto a la cabaña, cuando ya estaba buscando un lugar desde donde mirar sin que la vieran.

Había dado el aviso. Tenía más derecho a saber qué ocurría que la mitad de quienes estaban hablando del dragón en Slytherin. No quería llegar después de la cena y descubrir que Potter lo había contado primero.

Los profesionales revisaban una caja enorme. Hagrid se arrodilló junto a una abertura y habló con Norbert. Dracenia no oyó las palabras; sólo el tono que había usado al otro lado de la puerta.

Las ruedas habían dejado dos surcos anchos en el barro. La madera de la caja tapaba casi toda la pared baja de la cabaña, y los guantes de los adultos destacaban sobre las correas. Dracenia sólo encontraba huecos pequeños desde donde mirar.

Ella había visto una parte de un ala. De pronto quiso ver el resto, confirmar que no había exagerado por contar algo importante.

Avanzó siguiendo las huellas del carretón.

Una señal nueva le cerraba el paso. Dracenia leyó la prohibición, miró dónde estaban los adultos y decidió rodearla por un costado. No iba a tocar al animal. La orden seguramente era para impedir eso.

La losa del desagüe cedió bajo su pie.

Cayó sentada. El zapato se le metió en el hueco y la túnica quedó enganchada en una esquina. Tiró del tobillo; un dolor agudo le subió por la pierna.

El carretón empezaba a girar.

Dracenia vio acercarse una rueda. Le quedaba espacio, pero no sabía si seguiría teniendo espacio cuando el vehículo terminara la curva. Intentó ponerse de pie y volvió a tirar.

—¡Espera! —gritó Potter.

La mujer de los guantes levantó la cabeza. Un hombre detuvo el vehículo con la varita.

Potter apareció al pie del muro. Granger venía detrás, con una tela que recogió de prisa para no pisarla.

Potter tenía la túnica torcida en el hombro y el ceño fruncido detrás de las gafas. Estaba mirando el zapato atrapado. Dracenia sentía la cara caliente y el barro frío por debajo de la pierna.

—No jales —le dijo.

—Ya sé.

Dracenia volvió a jalar. Potter le sujetó una manga para que no se fuera de espaldas y ella le apartó la mano.

Hagrid llegó antes de que pudiera discutir con él. Se arrodilló, levantó la losa y liberó el zapato con una facilidad que la hizo sentirse todavía más pequeña.

Norbert golpeó un panel de la caja.

—Detrás del muro —ordenó la mujer.

Dracenia quiso decir que podía caminar sola. Apoyó el pie y tuvo que dejar que Hagrid le sostuviera el codo.

Desde allí vio a los adultos revisar la caja otra vez. El dragón no había escapado. El carretón no había pasado sobre ella. Su tobillo le dolía tanto que nada de eso conseguía consolarla.

McGonagall llegó y miró a los tres.

—Yo fui quien avisó —se apresuró a decir Dracenia.

La profesora no pareció impresionada.

—Y yo le indiqué dónde debía quedarse.

Potter no sonrió. Dracenia habría preferido que lo hiciera; por lo menos habría tenido algo que contestarle.

Pomfrey examinó la torcedura y la trató antes de permitirle levantarse. No era grave. Dracenia comprobó el zapato por dentro para asegurarse de que no se hubiera roto.

Veinte puntos menos a Slytherin.

McGonagall no los dijo como una negociación. Potter y Granger perdieron veinte cada uno por salir a mirar bajo la capa después de que les prohibieran hacerlo. La tela quedó temporalmente en poder de la profesora.

Dracenia no pudo disfrutar de aquello. Sus propios veinte seguían ocupándole toda la cabeza.

Le asignaron una tarea segura y supervisada para reparar parte de lo que se había deteriorado en los caminos. La harían cuando el terreno y el tiempo lo permitieran.

Al volver a la sala común, Pansy se levantó para ayudarla.

Dracenia dijo que no lo necesitaba. Su amiga esperó sin responder hasta que ella tuvo que detenerse junto a la mesa.

—El suelo está húmedo —explicó Dracenia.

Pansy miró las baldosas secas.

—Siéntate.

Esta vez la dejó apartarle una silla.

La pregunta de los mayores fue cuánto había perdido Gryffindor. Dracenia contó los cuarenta del camino y los treinta anteriores del secreto. Setenta en total. Sonaba mucho mejor que veinte.

Un muchacho silbó.

—Potter sí que trabaja para nosotros.

Dracenia sonrió. No mencionó que él había detenido el carretón.

Más tarde Pansy esperó a que estuvieran solas para preguntar por qué había pasado la señal.

El barro seco se veía junto a la suela del zapato de Dracenia. Pansy tenía el cojín entre las manos. Desde la otra parte del dormitorio llegaba el ruido de una puerta, pero nadie entró.

—Desde ahí no se veía.

—Por eso la pondrían.

Dracenia alzó la barbilla.

—No eres mi madre.

Pansy dejó el cojín que había ido a buscarle sobre la cama.

—Ya sé. Por eso puedes hablarme de otra forma.

Salió antes de que Dracenia encontrara una respuesta.

Ella se quedó sentada, con el zapato flojo y el cojín a la vista. No lo usó hasta que empezó a dolerle la espalda.

CAPÍTULO 23

Setenta

Harry

Un alumno levantó la bolsa del banco cuando Harry se acercó. No para hacerle sitio: para ponerla donde iba a sentarse.

Harry se detuvo con el plato en la mano.

Ron lo llamó desde el otro extremo de la mesa.

—Aquí.

Setenta puntos se decían muy rápido. Harry descubrió que podían durar todo el desayuno. Lavender quería saber si era verdad; Seamus preguntó cómo podían perder tantos en una tarde y alguien dijo que ahora daba lo mismo ganar el siguiente partido.

Hermione se sentó a su lado. No sacó un libro.

Entre sus platos había un tazón con una cucharilla hundida y un trozo de pan sin terminar. Más lejos seguían sirviéndose el desayuno y pasando jarras de mano en mano.

Harry habría querido contar lo de la rueda. Si no hubiera salido, no habría visto a Malfoy atrapada. Habían conseguido detener el carretón.

Pero no habían salido para eso.

Su amigo tenía razón desde antes de que ocurriera nada.

—Te dije que no fueran —dijo Ron en cuanto estuvieron solos.

—Ya sé.

Harry lo contestó demasiado fuerte. Ron frunció el ceño.

Hermione miró el vendaje.

—No había ninguna razón buena.

Harry se volvió hacia ella. Oírlo así le hizo desear que discutiera un poco más, que recordara cuánto querían despedirse. No lo hizo. Ella estaba igual de cansada de las miradas del comedor.

Caminaron sin hablar hasta que Neville los esperaba junto al aula.

—¿Por qué salieron?

Harry se ajustó la bolsa.

—Queríamos verlo irse.

Neville tardó un segundo en responder.

—Pero se fue.

Harry no supo qué añadir.

Neville no levantó la voz. Le costaba lo suficiente decirlo sin tener que gritar también.

—Cuando me equivoco y pierdo puntos, todos se enteran. Éstos no tenían que perderlos.

Harry sintió calor en el cuello. Lo había defendido de Malfoy, le había ayudado con Trevor y lo había esperado al salir de clase. Nada de eso le daba derecho a pedirle que se callara ahora.

—Tienes razón.

Neville no pareció más contento. Tampoco retrocedió para suavizarlo.

Ron reconoció que él también había guardado el secreto del dragón. Neville lo escuchó y dijo que eso también estuvo mal.

Después Dean lo llamó y se fue con él a Herbología.

Harry los siguió. Se sentía peor que antes de pedir perdón. Tal vez porque esta vez nadie podía decirle que lo había hecho bien, aunque fuera una parte.

Durante varios días, la sala común pareció demasiado pequeña.

Harry se sentaba donde no tuviera que pedir que movieran una bolsa. Hermione trabajaba más de lo habitual. Ron podía haberlos dejado solos para que aprendieran, pero empezó a instalar el tablero en la mesa donde terminaban las tareas.

Lee quería su revancha. Dean había aprendido a mover las piezas y estaba dispuesto a perder con tal de que nadie le explicara cada jugada. Neville encontró una forma de hacer que un peón lo escuchara sin levantar la voz.

Los tableros se repartían entre cuadernos cerrados y platos de merienda. En el alféizar había una bufanda olvidada; cerca del fuego, dos alumnos mayores seguían trabajando aunque alguien protestara por una captura.

El torneo ocuparía varias tardes hasta final de curso. En la primera, Harry se quedó mirando a Ron dirigir una torre. Su amigo no necesitaba saber quién lo estaba observando para jugar mejor.

Harry perdió contra Dean por un descuido. Estuvo a punto de culpar al caballo, que llevaba varios turnos protestando. Entonces vio a Neville sonreír y aceptó el resultado.

Fue a buscar pan para todos. Cuando volvió, alguien había apartado una silla junto a la mesa.

No supo quién. Se sentó.

Charlie confirmó que Norbert había llegado bien. Ron llevó la carta a Hagrid cuando lo encontraron en los terrenos, sin romper la prohibición de ir a la cabaña.

Hagrid leyó la nota dos veces.

—Va a tener espacio.

Harry asintió. Le alegraba y le daba pena por motivos que no se estorbaban tanto como había pensado.

Hagrid se disculpó por haberlos hecho elegir entre contarlo y ayudarlo.

—No me tocaba pedirles eso.

Ron le enseñó que ya podía mover el pulgar sin protección. Hermione quiso saber si necesitaría devolver el libro. Hagrid lo había entregado a McGonagall y todavía tenía varios trabajos pendientes.

No le habían quitado el puesto. Tampoco habían fingido que todo se arreglaba porque el dragón ya no estuviera.

Harry guardó la carta de la reserva junto a las que Ron quería conservar.

McGonagall le devolvió la capa unos días después.

Harry comprobó las iniciales antes de doblarla. La profesora no le pidió que prometiera no volver a usarla. Le recordó que aquello era de su familia y que una propiedad valiosa también podía ayudarlo a tomar una mala decisión.

Harry la guardó sin discutir.

La tarea de reparación se haría en abril, de día, con Hagrid y Sprout. Limpiarían señales en el borde exterior del bosque. Ron, Hermione, Malfoy y él trabajarían a la vista de los dos adultos.

Neville preguntó si necesitaban que les prestara guantes.

Harry levantó la cabeza.

—¿Ya no estás enojado?

Su amigo pareció sorprenderse.

—Todavía me parece que no debieron ir.

Harry asintió.

Neville abrió su bolsa y buscó el par que le quedaba mejor. Harry aceptó uno para probarse la talla.



CAPÍTULO 24

A mano



Dracenia

Dracenia le devolvió el cojín a Pansy antes de que fuera a buscarlo.

—Gracias.

Pansy lo recibió. No pareció dispuesta a completar la conversación por ella.

Dracenia se sujetó la manga.

—No tenías que hablarme como mi madre.

—No lo hice.

Hubo un silencio incómodo.

—Me dolía el pie —dijo Dracenia.

Pansy dejó el cojín en su cama.

—Podías decir eso.

Dracenia pensó en explicarle que no era tan sencillo, que todos la estaban mirando y que acababa de perder veinte puntos. No encontró una forma de hacerlo que no sonara a otra queja.

—La próxima vez no me sigas preguntando.

Su amiga se quedó mirándola.

—La próxima vez di que te duele.

No fue una reconciliación que Dracenia pudiera contar como una discusión ganada. Esa noche jugaron con las piezas de colores y Pansy escogió una pregunta sobre su última práctica de vuelo. Dracenia dijo la verdad y ganó la ronda.

Cuando llegó abril, ya no le dolía el tobillo. Hooch le permitió volver a practicar antes de que terminara el mes anterior y ella había mejorado el giro por ambos lados. Se lo contó a su padre con dibujos, porque así no tendría que explicar otra vez lo del desagüe.

La respuesta le preguntó también por los veinte puntos.

Dracenia dejó la carta boca abajo.

No le molestaba que la sancionaran por algo que hubiera salido mal. Le molestaba que continuara saliendo mal cada vez que alguien lo recordaba.

Pansy le anunció que Millicent y ella habían encontrado un retrato donde un perro se había llevado una cinta distinta. Dracenia quería ir, pero debía terminar el trabajo de Pociones antes de la tarea en los terrenos.

—Podemos esperarte mañana —ofreció Pansy.

—Si quieren.

—Si quieres tú.

Dracenia giró la hoja para que no se le corriera la tinta.

—Sí.

Pansy se fue con Millicent. Dracenia terminó más rápido al dejar de pensar que la abandonaban por ir a hacer algo sin ella.

Los cepillos que Hagrid repartió eran demasiado grandes para limpiar bien las letras.

Dracenia se lo explicó a Sprout.

—Empiece por el barro de los bordes —respondió la profesora.

—¿A mano?

Weasley ya había metido el suyo en la cubeta. Potter estaba ayudando a Granger a extender una tela sobre el suelo para no arrodillarse en el agua.

Para Dracenia no había otra.

Se dobló sobre el cartel con la túnica recogida. Las primeras letras decían que no debían entrar. Las siguientes, a quién tenían que avisar. Era imposible que a los profesores no se les hubiera ocurrido lo desagradable que resultaba limpiar precisamente aquello.

El agua de la cubeta tenía una capa de barro en el fondo. Las cerdas dejaban surcos húmedos entre las letras, y Dracenia notaba la costura del puño contra la muñeca cada vez que estiraba el brazo. A su lado sonaba otro cepillo, mucho más rápido.

—Este cartel nos habría servido antes —dijo Weasley.

Dracenia no le dio la satisfacción de reírse.

Sprout había revisado el área por la mañana. No iban a entrar al bosque ni a seguir huellas. Hagrid trabajaba a pocos pasos con un poste y una caja de herramientas. Era una tarde húmeda, pero quedaba mucha luz.

Dracenia limpió un borde y descubrió que debajo del barro las letras tenían un dorado parecido al del marco de un retrato de su casa. Las de allá no necesitaban un cepillo porque nadie dejaba que se ensuciaran así.

Potter la miró sujetar el mango con dos dedos.

Tenía una mancha de agua en la rodilla y el pelo negro echado hacia delante. Miraba el cepillo por encima de las gafas, con una esquina de la boca levantada. Dracenia todavía no tenía barro en la túnica y quería conservarla así.

—No te va a morder.

—No dije que mordiera.

—Lo estás agarrando como si sí.

Dracenia apretó el cepillo y le salpicó una manga. Fue poco. Podía haber sido un accidente.

Potter recogió la cubeta y la alejó antes de que ella pudiera hacerlo otra vez.

Sprout los llamó para sostener el poste. Dracenia quiso corregir la inclinación; la profesora comprobó que Potter lo había puesto bien y lo dejó como estaba.

Dracenia volvió a concentrarse en una mancha de su puño.

Oyó un crujido entre los árboles.

Al levantar la cabeza vio primero algo blanco, después una pata que se doblaba de una manera que no debía.

El unicornio dio otro paso hacia el sendero.

Dracenia dejó caer el cepillo.

CAPÍTULO 25

La plata en el pasto

Harry

Harry había imaginado unicornios blancos, quietos y lejanos. El que avanzaba hacia ellos tenía el costado manchado y respiraba con un esfuerzo que se veía desde donde él estaba. No alcanzó el camino: cayó entre los primeros árboles, al pie de la pendiente baja que bordeaba el sendero.

Hagrid soltó la herramienta. Sprout les ordenó retroceder junto a la señal.

Ron apartó la cubeta. Hermione le sujetó una manga para que dejara libre el camino. Harry soltó el poste y entonces la cicatriz empezó a dolerle.

Se llevó la mano a la frente. Fue una punzada tan fuerte que por un instante dejó de ver al animal.

Algo se movió detrás de los árboles.

Hagrid avanzó, pero antes de que pudiera bajar hasta el animal, Sprout levantó la varita y el suelo se sacudió bajo los pies de Harry.

No vio de dónde venía la fuerza. Vio tierra levantándose, una raíz que se tensaba y la rama gruesa que empezó a caer sobre ellos.

La profesora la frenó en el aire.

—¡Quietos!

Harry ya se había apartado. La tierra cedió y cayó por un desnivel corto. Se golpeó las rodillas, se agarró a una raíz y sintió que alguien chocaba contra su hombro.

Malfoy había terminado a su lado.

Tenía tierra en la mejilla y una hoja entre el pelo rubio. Las gafas de Harry estaban torcidas; el marco se le cruzaba en la vista al mirar hacia arriba.

La rama quedó entre ellos y el sendero. Por encima, entre las hojas, Harry alcanzó a ver la mano de Hermione antes de que desapareciera.

—¡Aquí! —gritó.

Hagrid respondió, pero no logró distinguir las palabras. La cicatriz ardió otra vez.

Malfoy señaló un hueco a la izquierda.

—Por ahí.

Harry intentó subir. Una raíz negra se tensó delante de su mano y la tierra se deshizo donde apoyaba el pie. No era un movimiento como el de la planta de Sprout. Algo estaba empujando desde el otro lado.

La profesora lanzó un hechizo. Parte de la madera se abrió, pero la rama todavía amenazaba con caer hacia Ron y Hermione. Harry vio el esfuerzo en su brazo antes de volver a perderla detrás de las hojas.

Por encima del bosque sonó una señal aguda. Habían pedido ayuda.

Entonces oyó un ruido húmedo.

La figura se había arrodillado junto al unicornio.

Harry distinguió una túnica oscura, un borde de capucha y una mano que no parecía agarrar nada. El animal ya no levantaba la cabeza.

Había plata en el pasto.

La figura se inclinó hacia el cuello y Harry comprendió lo suficiente para querer dejar de mirar.

Malfoy le sujetó la manga. No dijo nada. Tenía los dedos apretados en la tela.

Harry levantó la varita.

—Lumos.

La luz le tembló delante de la mano. La figura alzó la cabeza. Harry no le vio la cara, pero sintió que había dejado de atender al unicornio.

El dolor le atravesó la frente. Se dobló, dejando la luz demasiado baja.

—Vamos —dijo Malfoy.

Él trató de volverse. Le falló una rodilla.

Dracenia dejó de tirar de la manga y lo sujetó cerca del codo, afirmando los pies para impedir que cayera hacia el claro. Harry se apoyó en ella sin querer. No tenían espacio para pasar uno detrás del otro.

La túnica de Malfoy estaba mojada contra su brazo. Harry sentía el borde de una raíz bajo la suela, pero no encontraba dónde apoyar más peso. La luz temblaba sobre los dos uniformes.

La figura empezó a levantarse.

Harry quiso recordar un hechizo distinto. Todos los que sabía servían para cosas demasiado pequeñas. La mecha encendida, una pluma, un botón. Sostuvo la luz porque no encontró nada mejor.

Algo grande cruzó el claro.

Oyó cascos antes de distinguir las patas. Después un torso, un brazo que apartaba una rama y un rostro vuelto hacia la capucha.

La figura retrocedió. Un destello golpeó la tierra junto a los cascos, pero el centauro ya se había movido.

Harry lo miró sin conseguir reunir todo lo que veía en un solo cuerpo. La luz de su varita alcanzaba parte del pelo claro y una mano manchada de corteza.

—Por este lado —dijo el centauro.

Hagrid había conseguido abrirse paso detrás de él.

Malfoy siguió sosteniendo a Harry hasta que el guardián lo alcanzó. Sólo entonces le soltó el codo.

La figura ya no estaba. La plata seguía brillando entre las raíces.

Sprout los sacó primero. No intentó preguntarles al mismo tiempo lo que habían visto.

Ron tenía barro hasta la rodilla y Hermione había perdido una cinta del pelo. Hagrid los condujo detrás de la señal limpia, ahora caída junto al poste. El centauro se quedó vuelto hacia los árboles hasta que llegaron Flitwick y otro profesor.

Harry podía respirar, pero la frente seguía ardiéndole.

El barro empezaba a enfriarse dentro de sus zapatos. Al otro lado del poste todavía se movían las hojas.

—¿Te golpeaste? —preguntó Hagrid.

Él señaló la cicatriz.

Sprout levantó una barrera. El centauro se acercó cuando el paso quedó protegido.

—Firenze —lo llamó Hagrid.

Harry repitió el nombre para sí. Malfoy miraba una mancha plateada más allá del sendero.

—Tomó sangre —dijo Firenze.

Ron se quedó inmóvil.

—¿Del unicornio?

El centauro asintió.

—Puede mantener una vida que se apaga. Quien la toma así no se va sin pagar por lo que ha hecho.

Harry miró hacia los troncos. Pensó en el elixir de Flamel y en alguien que no pudiera esperar a conseguirlo.

No preguntó un nombre. Firenze no había dicho que reconociera a la figura.

Cuando se apartó para regresar al bosque, Harry le dio las gracias. El centauro lo miró un momento antes de perderse entre los árboles.

Pomfrey le sacó una astilla y le curó los raspones. A Malfoy le revisó la muñeca. Esta vez no había vuelto a torcerse el tobillo.

Harry oyó que pedía agua detrás del biombo. No se burlaba de nadie. Él tampoco tenía ganas de hablar.

Hermione se quedó cerca hasta que le indicaron que fuera a cambiarse la ropa húmeda.

—Te oí —le dijo Harry antes de que saliera.

Ella levantó la cabeza.

—No podía pasar.

—Ya sé.

Ron se llevó las herramientas que Hagrid había recogido. Harry miró las marcas de los dedos en su manga y luego la puerta, por donde sus amigos se marchaban juntos.

Al día siguiente tuvieron que contar lo que recordaban. No los habían mandado a cazar criaturas. Estaban donde debían y el peligro había llegado desde el bosque.

Cuando Dumbledore le preguntó después por la cicatriz, Harry se atrevió a decir el nombre.

—¿Pudo ser Voldemort?

El director no le prometió que no.

—Es una posibilidad. No sabemos quién estaba bajo la capucha.

Harry apretó el borde de la silla. Había querido una respuesta que lo dejara dormir mejor.

Dumbledore le pidió avisar si el dolor volvía. Después escuchó lo que Harry sabía de la Piedra sin obligarlo a fingir que no había averiguado nada.

—No sé quién es —acabó admitiendo Harry.

Volvió al dormitorio con esa frase y un nombre que ya no podía separar del recuerdo de la plata.



CAPÍTULO 26

Lo que nadie había visto



Dracenia

Dracenia corrigió el dibujo de Potter delante de los profesores.

Firenze había entrado por el otro lado del claro. Era importante. Si iban a preguntar tanto por una rama, podían colocar bien al centauro que los sacó de allí.

Snape escuchó con los brazos cruzados. Dracenia había escogido la silla más cercana a él al entrar. No quería que Sprout pensara que se estaba escondiendo, pero tampoco encontraba otra silla que le gustara más.

El dibujo ocupaba el centro de la mesa. La muñeca de Dracenia rozaba el borde cada vez que señalaba una parte, y el respaldo de la silla le llegaba frío a través del uniforme. Potter estaba al otro lado, con la boca seria.

Contó la capucha, la sangre y el terreno que se movía. No había oído una voz. No había visto una cara.

Lo dijo dos veces y nadie le exigió inventar una tercera respuesta.

Cuando terminaron, supo que el trabajo de reparación quedaba cancelado para ellos. Los adultos colocarían las señales. Nadie le preguntó por qué no había salido antes del claro y Dracenia tardó hasta la noche en darse cuenta de que no la consideraban culpable.

En Slytherin, alguien dijo que había llorado.

Dracenia levantó la cabeza tan rápido que Pansy dejó de revisar sus apuntes.

—¿Quién te dijo?

El muchacho señaló vagamente hacia la puerta. No había visto nada; alguien había oído que otra persona lo había contado.

Dracenia no volvió a escucharlo. Potter había estado allí. También Granger, pero detrás de la rama. Weasley no podía verla bien.

Esperó dos días para encontrar a Potter sin sus amigos al lado.

Lo alcanzó cerca de la biblioteca.

—No fue como lo contaron.

Él se detuvo, con una regla sobresaliendo de la bolsa.

Llevaba el uniforme limpio, pero el pelo negro seguía apuntando en varias direcciones.

—¿Qué cosa?

—Dicen que lloré.

Potter no sonrió. Dracenia había preparado una respuesta para eso y tuvo que dejarla sin usar.

—Yo no lo dije.

—Alguien lo dijo.

—No sé quién.

Dracenia movió el cuaderno de brazo. La reparación le rozaba los dedos. Había ido con una acusación y se encontraba sin nada que señalar.

—Tú no nos sacaste —dijo.

Potter miró hacia el pasillo.

—Ya sé.

—El centauro habría llegado de todos modos.

Él no discutió eso tampoco. Dracenia empezaba a desear que dijera algo irritante.

—Me sujetaste cuando iba a caer —comentó al fin.

Dracenia enderezó la espalda.

—Me estorbabas.

Potter asintió una vez. No parecía creerle, pero no intentó demostrarlo.

Ella se fue antes de que la conversación se volviera peor.

Pansy no le preguntó si había llorado. Le mostró la última cinta que había encontrado en un retrato y dejó el dibujo sobre la cama.

Dracenia lo examinó.

—El perro volvió.

—El hombre no. Todavía come en casa de las señoras.

Dracenia soltó una risa breve. Le hizo bien reírse de algo que no pudiera romper una rama ni aparecer detrás de los árboles.

Esa noche escribió a su madre. Explicó que la muñeca estaba bien, que Sprout había dicho que no desobedecieron y que no pensaba perder más tiempo con los rumores.

Quiso añadir una pregunta sobre los unicornios. Se quedó mirando la palabra antes de tacharla.

Narcissa contestó con una carta larga. Lucius había añadido que hablaría con el colegio. Dracenia dobló el papel con cuidado; le

gustaba que su padre pudiera exigir respuestas que ella no sabía pedir.

No dejó de ir a los terrenos. La primera práctica de vuelo le costó esperar a que desapareciera una sombra entre los árboles. Después despegó y encontró el recorrido donde lo había dejado.

En una vuelta se equivocó de lado. Hooch la hizo repetir.

Dracenia protestó porque el viento cambiaba.

—También para los demás —dijo la profesora.

Al aterrizar, Pansy le ofreció un caramelo. Dracenia tomó dos y le devolvió uno después de que ella la mirara.

Siguieron hacia el castillo hablando de exámenes. Dracenia preguntó por el próximo partido de Slytherin antes de que Pansy terminara de contar lo de Millicent.

CAPÍTULO 27

El precio de un huevo

Harry

En el examen de Transformaciones, el botón conservó un agujero más pequeño que los otros.

Harry lo miró sin atreverse a corregirlo. Era completamente de metal, no se rompía al tocarlo y aún podía pasarle un hilo. McGonagall lo recibió con una expresión que no reveló la nota.

En Pociones, Harry le dio la vuelta a cada muestra antes de escoger. Al otro lado del pasillo, Malfoy estaba leyendo las instrucciones enteras. Ninguno tenía el cuaderno sobre la mesa.

Malfoy tenía los labios apretados y la cara muy cerca de la hoja. En las mesas no había más ruido que el de las plumas y los recipientes al cambiar de sitio. Harry notaba el uniforme pegado entre los hombros.

La prueba de Defensa terminó con una pregunta sobre cómo salir de un lugar peligroso. Harry escogió la salida libre. Quirrell recogió su hoja y le agradeció el trabajo con una voz cansada.

Harry salió a una tarde soleada que, por primera vez en semanas, no tenía que dividir entre tareas.

Ron quería comer algo antes de volver a ver un libro. Hermione aceptó, después de advertir que no podían saber todavía cómo les había ido. Neville se fue a revisar una planta con Sprout.

Harry quiso llevar noticias a Hagrid. Habían quedado en verlo después de la última prueba. La cabaña volvía a tener sitio para sentarse y Norbert crecía en un lugar donde no necesitaban pedirle que se escondiera debajo de una mesa.

Hagrid les mostró otra nota de la reserva. Sonreía al leer cuánto comía.

El informe sobre el huevo seguía abierto junto a una correa.

Hermione lo vio al apartar un vaso.

—¿Todavía falta?

—Lo estoy acabando. Quieren saber qué me preguntó, además del trabajo.

Hagrid miró la página y dejó de buscar la nota de Charlie.

—Creí que hablaba de correas. Ahora que lo pongo junto…

Ron levantó la cabeza.

—¿De qué hablaba?

—De perros. Grandes. Cómo hacer para que se queden quietos sin lastimarlos. Dijo que llevaba un arnés para uno con más de una cabeza.

Hermione dejó el vaso.

—¿Te preguntó por Fluffy?

Hagrid se sentó.

—No dijo su nombre.

Harry miró las tres marcas redondas de los platos en el suelo. Recordó lo que Ron había dicho del valor del huevo.

—¿Le contaste cómo se calma?

Hagrid se frotó la barba.

—Con música. Se duerme. Le dije que no hacía falta golpearlo.

Fang se rascaba junto a la puerta. Harry podía oír cada pequeño golpe de la pata en las tablas.

—El huevo no era por arreglar las correas —dijo—. Dijo que no sabía cuidarlo para que le explicaras tú. Después te hizo hablar del perro.

Hagrid miró la hoja como si acabaran de escribirle otra historia encima.

Hermione se puso de pie.

—Hay que avisar.

Hagrid ya estaba buscando el abrigo.

McGonagall escuchó sin interrumpir. Al llegar a la música dejó la pila de exámenes y sacó la varita.

Harry sintió alivio. No tenía que convencerla de que aquello era grave.

La profesora encargó a Hagrid quedarse en el vestíbulo mientras ella comprobaba el acceso y avisaba al personal. Dumbledore había salido por una solicitud del Ministerio, pero intentarían hacerlo volver.

—No vamos a esperar para actuar —añadió al ver la cara de Harry—. Ustedes, a su sala común.

Los acompañó hasta la escalera. Hagrid se quedó abajo, con el informe doblado en sus manos enormes.

Harry siguió a sus amigos. Todavía tenía el pulso acelerado, pero la profesora iba hacia el corredor y sabía qué hacer.

Al llegar al descanso del tercer piso oyeron música.

Ron se detuvo primero.

La cadena ya no cerraba el corredor norte. Una puerta se había quedado abierta; algo metálico, arrancado de su sitio, brillaba sobre el suelo.

—Será McGonagall —dijo Ron.

Harry quiso creerlo. Se acercó lo justo para mirar desde el marco.

No había profesores. Un cuerpo enorme dormía cerca de una trampilla. La melodía que venía del arpa perdía notas; una cabeza de Fluffy se movió al fallar una cuerda.

Harry retrocedió.

—Otra vez hay que avisar —dijo Hermione.

Fueron a buscar un prefecto. Le dieron el lugar, la música y la puerta abierta. Hermione escribió una nota para que no se perdiera ningún detalle.

El muchacho se fue por la escalera del personal. Esperaron.

La luz de la tarde alcanzaba unos peldaños y dejaba los otros a oscuras. Harry tenía una mancha de tinta en el dedo y el pulso le latía en la mano que sujetaba la bolsa. Cada voz que llegaba desde abajo le hacía mirar el descanso.

Harry contaba los pasos que oía en los pasillos. Ninguno acababa donde quería. El recuerdo del bosque se le mezclaba con las notas que ya no podía escuchar desde allí.

Si aquel hombre necesitaba sangre para mantenerse vivo, no iba a dejar de buscar la Piedra. Había encontrado el modo de dormir al perro. Quizá ya estaba abajo.

—No sabemos quién es —dijo Hermione.

—Ya sé.

—Ni qué hay detrás.

Harry miró la escalera. Quería que apareciera McGonagall para poder volver al dormitorio y descubrir que se había asustado por nada.

Cuando Harry volvió a mirar el reloj habían pasado diez minutos.

Ron se quitó la bolsa de un hombro.

—Vamos a buscarla otra vez.

Harry no se movió.

Pensó en sus padres, en el nombre que Hagrid había pronunciado sin esconderlo y en el bosque donde aquel nombre había vuelto a parecer una posibilidad.

Tenía miedo. No sólo de bajar.

—Voy al tercer piso —dijo.

Hermione apretó la nota que le había sobrado.

—¿Y qué vas a hacer si lo encuentras?

Harry la miró. No sabía.



CAPÍTULO 28

Antes que Potter



Dracenia

Snape no estaba en su despacho.

Dracenia había ido a preguntar por una observación del examen. No pretendía cambiar la nota, que todavía no sabía, sino dejar claro que había reconocido el ingrediente aunque el corte no fuera idéntico al dibujo.

Un alumno mayor la encontró esperando.

—Lo vi con McGonagall. Se fue hace un rato.

Dracenia le preguntó por dónde. El muchacho no lo recordaba y siguió andando sin darle una solución mejor.

Entonces vio a Potter, Granger y Weasley junto a la escalera. Llevaban una cuerda y una cantimplora.

Potter tenía la mandíbula apretada y la túnica tirante donde le cruzaba la correa. Tenía las gafas un poco bajas y la mirada fija en los escalones de arriba.

—¿Ahora qué van a amarrar?

Potter no se detuvo. Granger sí.

—Si ves a Snape, dile que la puerta del corredor norte está abierta. Hay música. Ya avisamos.

Dracenia miró la cuerda otra vez.

—Entonces alguien ya lo estará resolviendo.

Potter se volvió.

—Díselo de todos modos.

No llevaba la expresión que ponía cuando quería ganarle una discusión. Eso la irritó casi tanto como la cuerda.

—¿Qué hay ahí?

—No lo sabemos todo —contestó Granger.

Weasley avanzó hacia los escalones.

Dracenia podía dejarlos ir. Si perdían otros setenta puntos, mejor para Slytherin. Si encontraban algo interesante, seguro no pasarían ni una tarde sin anunciarlo.

Miró el corredor que los mayores evitaban desde septiembre. Pensó en una puerta que se abría antes de que saliera un ala y en el sonido del bosque cuando no podía ver qué venía hacia ellos.

—Esta vez voy a decirle dónde se metieron antes de que tengan que explicarlo —anunció.

Granger asintió.

Eso no era lo que Dracenia había querido conseguir.

Los dejó subir y se fue en dirección contraria.

Encontró a Pansy en el vestíbulo con Millicent. Le preguntó si había visto a Snape.

—¿Otra vez por el examen?

—No.

Pansy dejó de sonreír.

Dracenia explicó lo de la puerta, la música y la cuerda. No sabía qué había detrás. No pensaba ir a mirar. Lo repitió cuando Pansy le preguntó si debía acompañarla.

Millicent señaló una escalera.

—Por ahí bajó un profesor. No vi cuál.

Dracenia fue hacia ella, molesta por cada segundo que perdía sin tener claro dónde buscar. Llamó a una puerta del corredor de profesores. Nadie contestó. En la siguiente, una voz le indicó esperar.

Era Snape.

Salió con la varita en la mano antes de que ella terminara de decir *corredor norte*.

Le hizo repetir dónde había visto a los tres y quién recibió el aviso anterior. Dracenia contestó lo que sabía. Cuando tuvo que admitir que no conocía el nombre del prefecto, esperaba una reprimenda.

El profesor llamó a otro adulto que pasaba por la escalera.

—Lleve a Malfoy con su prefecta. Que todos permanezcan en las salas.

Dracenia dio un paso.

—Yo puedo mostrarle…

—Sé dónde está la puerta.

Se marchó antes de que ella encontrara otra razón para seguirlo.

Pansy la esperaba donde les habían ordenado reunirse. Dracenia se sentó junto a ella y tardó en darse cuenta de que todavía sujetaba el pergamino del examen.

Lo extendió sobre las rodillas. El ingrediente que quería discutir se había quedado muy pequeño entre todas las demás palabras.

En las otras mesas había tareas a medio guardar. Los alumnos hablaban cerca unos de otros, aunque la prefecta estaba a la vista. La punta del pergamino de Dracenia se había doblado contra su falda y no conseguía quedarse plana.

—¿Qué dijo? —preguntó Pansy.

—Que nos quedemos aquí.

No quiso inventar algo más importante. Su amiga la miró un momento y dejó sitio para que apoyara el brazo.

Dracenia esperó. Por una vez, no tuvo ganas de ser la primera en contar lo que Potter estaba haciendo.

CAPÍTULO 29

Lo que Neville no iba a prometer

Harry

Antes de cruzarse con Malfoy en la escalera, Neville los había encontrado preparando la cuerda.

Harry llevaba varios minutos intentando no pensar en lo que Hermione había dicho. Podían volver a buscar a McGonagall. Debían hacerlo. Seguía sin poder quitarse de la cabeza la Piedra saliendo del castillo mientras ellos buscaban otra puerta donde llamar.

Ron había decidido acompañarlo. Hermione no consideraba que ir tres volviera sensata la idea, pero no quería que bajaran sin alguien que pensara en regresar.

Entonces Neville se colocó frente a la salida del dormitorio.

La cuerda tenía una vuelta sobre la manta y otra colgando hacia el suelo. La tapa del baúl de Harry seguía abierta. Neville ocupaba la puerta con los zapatos separados, todavía con la bolsa en la mano. Harry no recordaba haberlo visto tan quieto.

—Otra vez no.

Harry dejó de doblar la capa. Cabían los tres si avanzaban despacio, pero no iban a moverse despacio ni a ponerse de acuerdo bajo la tela en mitad de una escalera. La dejó en el baúl.

—Hay algo abierto que debería estar cerrado —explicó.

Neville miró la cuerda.

—Avísale a un profesor.

—Ya lo hicimos.

—Entonces espéralo.

Harry había conocido a Neville apretando la caja de un sapo. Lo había visto bajar la mirada al oír una burla. Ahora no se apartaba, aunque tenía los dedos temblorosos junto a la bolsa.

—Voy al corredor del tercer piso —dijo Harry—. Si encuentras a McGonagall…

—Voy a buscarla.

Harry levantó la cabeza.

—No porque tú me lo pidas —añadió Neville—. Porque no creo que deban bajar.

Hermione le dio una nota con sus nombres y el lugar. Neville la tomó sin prometerles silencio ni una disculpa después.

Harry le dejó el paso libre. Le dio gusto que fuera a avisar y le dolió que no quisiera entenderlo. No estaba seguro de que hubiera algo más que entender.

Después habían seguido por la escalera. Harry no se detuvo a explicarle a Malfoy lo que sabía de la Piedra, ni cuando Hermione le pidió que avisara a Snape.

Harry siguió hacia la música.

Fluffy ocupaba una parte de la habitación que parecía demasiado grande para el cuerpo de un perro. Una cabeza respiraba contra el suelo; otra descansaba sobre una pata. La tercera se movió cuando el arpa perdió una nota.

El aire olía a animal encerrado y a madera. Cada respiración se oía por debajo de la música. Harry veía las uñas contra la piedra y el espacio reducido que quedaba hasta el borde de la trampilla.

Hermione le agarró la túnica.

Harry miró la trampilla. Había una escalera, no un agujero donde saltar sin saber qué había abajo. Del primer peldaño colgaba un trozo de cuerda cortado.

Falló otra cuerda del arpa.

Ron empezó a tararear.

La cabeza que se movía apoyó otra vez el hocico. Ron continuó, casi sin abrir la boca. Harry reconoció una canción sencilla, de las que podrían cantarse muchas veces sin cansarse.

—Mi madre —murmuró su amigo entre dos notas.

Hermione bajó primero hasta el descanso visible. Harry la siguió y Ron pasó detrás sin dejar de cantar. La música se fue quedando arriba, cada vez más débil.

Al llegar al suelo, Harry oyó caer una cuerda del arpa.

La maceta estaba rota. Entre los fragmentos había un surco negro y una maraña de tallos que parecía haberse derramado sobre el paso.

Ron pisó uno. La planta le sujetó el tobillo antes de que pudiera levantar el zapato.

Harry tiró de él y sintió otro tallo cerrándose sobre su propia bota.

—No jalen —dijo Hermione.

Se acordó de la caja de Sprout. Aflojó la pierna, aunque todo su cuerpo le pedía tirar. Ron soltó la correa de la cantimplora para que no le subiera hacia el cuello cuando se agachó.

Harry encendió la varita. La planta se movió, pero no lo dejó libre.

Hermione miró la luz, luego los tallos.

—Era el calor. No sólo la luz.

Recogió un pedazo seco de madera sin acercar las manos a la planta. Le tembló el primer encantamiento. En el segundo, una llama pequeña prendió el extremo.

Harry hizo un esfuerzo por no retirar el pie. El calor se acercó; los tallos aflojaron lo suficiente para que pudiera sacarlo sin arrancarse la bota.

Ron salió detrás. Hermione apartó la madera y los tres apagaron las brasas antes de seguir.

Arriba se oyó un ruido profundo.

Fluffy estaba dejando de dormir.

La puerta siguiente era metálica. Había escobas escolares apoyadas junto a la entrada y un enjambre de llaves que giraba cerca del techo.

Harry reconoció el movimiento de las alas antes de entender qué sostenían. Por un segundo pensó en una clase rara que alguien hubiera dejado preparada. Después vio las marcas en la puerta y la placa de la cerradura torcida.

Alguien había pasado por allí con mucha menos paciencia.

Las alas llenaban la parte alta de la habitación de un zumbido seco. Las llaves brillaban por momentos al girar; abajo quedaban las escobas de mangos raspados y la puerta con el metal doblado. Harry notó aire fresco al levantar la cara.

Ron tomó una escoba y la examinó. Harry eligió otra.

La primera llave que persiguió tenía un ala doblada. Parecía la que otra persona habría usado antes. La alcanzó, recibió dos golpes en los dedos y tuvo que llevarla al suelo porque no dejaba de retorcerse.

Hermione la sostuvo por el cuerpo, apartando las alas.

—Ésta no.

—Está rota —dijo Harry.

—Hay más rotas. Mira el agujero.

La placa se había desplazado cuando alguien forzó el borde. Harry había estado buscando una llave del tamaño de aquella cubierta; detrás quedaba una cerradura estrecha y mucho más pequeña.

Hermione movió la placa sin arrancarla del todo.

—Más pequeña, Harry. Que entre ahí.

Ron devolvió la llave grande al aire.

Harry volvió a subir, esta vez mirando los cuerpos de metal y no sólo las alas. Ron se quedó más bajo para impedir que las pequeñas descendieran hacia un rincón. Hermione las observaba desde el suelo y les gritó cuando vio una que tenía la forma de la ranura descubierta.

Harry la siguió. Esperó a que dejara de girar alrededor de las otras y le cerró el paso por debajo, usando la misma respuesta lenta de la escoba que había aprendido en el partido.

La atrapó con una mano. El metal le raspó la palma.

Hermione la recibió y probó sin forzar. La puerta abrió.

Harry quiso dejarla en la cerradura para no perder tiempo.

—Nos sirve para volver —dijo ella.

La guardó antes de seguirlos.

Del otro lado se oyó piedra arrastrándose.

Ron levantó la cabeza.

—Ajedrez.

CAPÍTULO 30

La jugada que faltaba

Harry

Ron tardó menos en comprender la sala de lo que Harry tardó en contar las piezas.

Había tres puestos en el borde del tablero, cada uno marcado con una figura. No necesitaban ocupar las casillas. Las piezas de piedra esperaban frente a ellos, con armas y grietas que Harry habría preferido que fueran pintadas.

La torre blanca tenía una esquina rota. El puesto que la controlaba también estaba dañado.

Las caras de las piezas quedaban por encima de la cabeza de Harry. Había polvo blanco en las grietas y fragmentos junto al borde del tablero.

Hermione se agachó a examinarlo.

—Alguien quemó esto.

Harry miró hacia el Lazo del Diablo que acababan de dejar. El intruso no había pasado sin dificultades. Eso debería haberlo tranquilizado. No lo hizo.

Ron recorrió con los ojos las casillas.

—El caballo cubre aquí. El alfil, allá. Yo llevo la torre.

—¿Por qué no la llevo yo? —preguntó Harry.

—Porque tienes que ver la diagonal desde ese lado.

Su amigo hablaba como en la sala común cuando dejaba de escuchar lo que le decían alrededor. Harry miró el puesto roto otra vez.

Ron aún no lo había tocado. Podían darse la vuelta.

La puerta del fondo seguía cerrada. Detrás de ellos, por encima de la escalera y las llaves, un perro enorme empezaba a despertar.

Harry se colocó frente al caballo.

La luz rodeó sus dedos en cuanto apoyó la mano. Ron movió un peón y las negras respondieron. Hermione ocupó el alfil; las líneas de luz unieron los tres puestos y la puerta de entrada quedó cerrada hasta terminar la partida.

Ron dejó de hablar por un momento.

—Eso habría sido bueno saberlo —dijo.

Harry intentó levantar la mano. La luz se tensó sin dolerle. No pudo retirarla.

La primera captura le hizo olvidar los dedos. Una figura negra golpeó un peón y lo tiró de espaldas. El ruido le subió por el brazo.

Las piezas estaban diseñadas para jugar. Alguien había dejado varias rotas y una quemadura en el control de Ron. Harry no tenía forma de saber qué partes seguían funcionando como antes.

Su amigo miraba el tablero, no la rotura.

Le pidió a Hermione mover el alfil y a Harry mantener el caballo donde estaba, aunque pareciera expuesto. Las negras avanzaron.

Ron dejó que le tomaran un peón. Después otro.

Harry quiso protestar y se mordió la lengua. Había perdido suficientes veces contra él para reconocer la diferencia entre una mala jugada y una que no entendía.

Hermione señaló una diagonal.

—Si muevo aquí, cubro la salida del rey.

Ron asintió sin mirarla.

—Pero espera. Tiene que traer primero la torre.

El puesto roto chasqueó.

Ron se encogió. Harry vio una chispa en el borde metálico.

—¿Te dio?

Su amigo flexionó dos dedos.

—Un pinchazo.

Hermione intentó soltar la mano. La luz no la dejó.

Ron cambió la posición de su torre y la negra respondió. La puerta del fondo parecía tan lejos como al entrar.

Ron encontró otra jugada. La estudió, miró el puesto bajo su mano y volvió al rey.

—No alcanza —dijo.

Harry se dio cuenta de que no estaba preguntándoles por una idea. Estaba despidiéndose de la alternativa que él mismo habría preferido.

La torre blanca tenía que ofrecerse para abrir el paso al caballo. Hermione cubriría la casilla por donde el rey intentaría escapar. Harry terminaría el ataque.

Ron señaló las tres posiciones. Lo explicó despacio para que pudieran hacerlo sin él.

Harry miró la quemadura.

—Te va a dar otra vez.

Ron tragó saliva.

—Sí.

Hermione abrió la boca, volvió a mirar la puerta y no encontró qué proponer.

Su amigo ordenó mover la torre.

La pieza negra se lanzó hacia ella. El golpe partió la piedra y una chispa azul saltó del puesto roto a la muñeca de Ron. Su cuerpo salió despedido hacia atrás.

Harry gritó su nombre.

Ron cayó cerca de la entrada. La mano ya no estaba sobre el control. El pecho se le movía, pero no se incorporó.

Hermione tiró de su propio brazo.

—¡Suéltame!

La luz brilló más.

Harry miró el caballo. Recordó la casilla, la diagonal, la voz de Ron pidiéndoles que esperaran un turno más.

—El alfil —dijo.

Hermione se volvió hacia él. Tenía los ojos llenos de lágrimas de rabia.

Harry señaló el lugar. Ella dio la orden. La respuesta negra dejó al rey justo donde Ron había previsto.

Harry movió el caballo.

El rey giró la cabeza, buscó una salida y dejó caer el arma. Las luces se apagaron.

Los dos corrieron hacia Ron.

Hermione le retiró la manga de la cara. Harry se arrodilló al otro lado y lo llamó hasta que vio moverse los párpados.

—¿Ganamos? —murmuró Ron.

Hermione soltó una risa que se rompió a la mitad.

—Sí.

Harry acercó la cantimplora. No lo obligó a beber. Ron tenía la muñeca roja y le dolía un hombro cuando intentó incorporarse.

Tenía polvo en el pelo rojo y una manga cubierta de motas blancas. Harry veía subir y bajar el pecho de su amigo desde muy cerca; la piedra seguía fría bajo sus propias rodillas.

La puerta del fondo estaba abierta. Desde allí se veía un paso corto y otra puerta entreabierta. Harry alcanzaba a distinguir luz en el suelo de la última sala.

Harry sintió un alivio que lo avergonzó enseguida.

Hermione dobló su túnica y se la puso a Ron debajo del hombro.

—No puede seguir corriendo —dijo.

Harry lo sabía. Sabía también que habían llegado hasta allí porque él no quiso esperar.

—Voy a mirar.

No sonó como había imaginado que sonaría una decisión importante. Parecía una excusa para levantarse antes de pedir perdón.

Ron lo miró.

—Nosotros te alcanzamos.

Hermione sacó la llave. Había visto el camino y sabía qué partes estaban alteradas. Los profesores necesitarían eso antes de volver a meter una mano en un control roto.

Harry se levantó. Comprobó desde la puerta que Ron seguía moviendo los dedos de la mano sana.

—Si puedes salir, sal —le dijo Hermione—. No tienes que quedarte para hacer algo más.

Harry asintió. No prometió que sabría reconocer cuándo era suficiente.

Entró en el paso con la varita en la mano.



CAPÍTULO 31

El profesor que lo escuchaba



Harry

Quirrell estaba frente al espejo.

Harry se detuvo tan de golpe que la puerta le rozó un hombro. Durante un instante sintió alivio. Un profesor había llegado antes. Podía avisarle de Ron, del tablero, de lo que habían roto al pasar.

—Mi amigo está…

Quirrell se volvió. Miró la varita de Harry y la levantó con un movimiento de la suya. La madera salió de los dedos del niño antes de que comprendiera lo que ocurría.

Cayó cerca del muro.

Harry retrocedió hacia la puerta. Ésta se cerró a su espalda.

Quirrell miró el espejo otra vez, molesto por una interrupción que no parecía preocuparlo.

—Pensé que tardaría más.

Harry reconoció su voz. Le costó encontrar en ella al profesor que había esperado mientras buscaba una página, al que le había permitido repetir un ejercicio sin quitarle puntos.

—¿Dónde está Snape?

Quirrell soltó una risa breve.

—Haciendo preguntas, seguramente.

Harry miró la puerta.

—Usted…

El profesor se acercó. Ya no parecía necesitar tanto esfuerzo para hablar.

—Su escoba no estaba rota, Potter.

Harry sintió que le faltaba espacio dentro del pecho.

El banderín. Snape mirando desde las gradas. Malfoy diciendo que se levantó después. Quirrell había estado allí también.

—Intentó tirarme.

—Y sus amigos interrumpieron a más de una persona cuando empezaron a mover aquel palo.

Harry apartó la vista de la varita caída. Quirrell lo había notado.

El espejo estaba a pocos pasos. No había muebles cubiertos ni polvo alrededor. Su marco brillaba con una luz que parecía demasiado tranquila para lo que estaba ocurriendo.

Harry se veía entre el marco y el hombro del profesor: el pelo negro pegado en algunas partes, las gafas torcidas y la túnica manchada de las salas anteriores. El suelo libre dejaba su varita caída muy a la vista.

Harry quiso que sus padres aparecieran como aquella noche. Quiso que alguien estuviera detrás de él.

Sólo había una puerta cerrada.

La voz salió de donde no podía salir una voz.

Harry miró al profesor, después el turbante. Quirrell llevó las manos a la tela y empezó a desenrollarla.

Harry no se movió. El aire que entraba en sus pulmones se había vuelto pequeño, insuficiente.

Cuando el profesor giró, apareció un rostro en la parte posterior de su cabeza.

La cicatriz ardió.

Harry conocía el nombre antes de oírlo. Hagrid lo había dicho en el jardín, con el sombrero entre las manos.

Voldemort lo miraba desde el cuerpo de un profesor.

—Acércalo al espejo.

Quirrell lo agarró de la túnica y lo llevó hasta el marco. Harry tropezó, puso una mano sobre el borde y vio a su reflejo levantar la cabeza.

No tenía a sus padres detrás.

Quirrell estaba mirando el cristal como si quisiera obligarlo a entregar algo. Harry comprendió que no había conseguido sacar la Piedra. Había pasado por el perro, las llaves y el tablero sin poder terminar lo que vino a hacer.

—¿Qué ves? —preguntó.

Harry miró su propia cara.

Quería que no consiguieran la Piedra. Quería que Ron no se hubiera lastimado para nada. Quería mantener aquel objeto lejos de la boca que había bebido la sangre del unicornio.

Su reflejo cerró una mano.

Harry sintió un peso contra la palma que apoyaba en el marco. Una piedra roja, pequeña e irregular había quedado entre sus dedos.

No la miró abajo. Retiró la mano como si quisiera limpiarse el sudor en la túnica y la escondió contra el costado.

—Me veo… —empezó.

Quirrell tiró de su manga.

Harry retrocedió.

—Me veo fuera de aquí.

El profesor lo agarró de la muñeca.

El grito le llegó antes de que entendiera lo que veía. La piel de Quirrell se había enrojecido donde lo tocaba. El hombre soltó la mano y se la cubrió con la otra.

Harry se quedó mirándolo.

Él no había hecho un hechizo.

Voldemort ordenó usar la tela. Quirrell levantó una parte de su propia manga y volvió a acercarse.

Harry se metió la Piedra en el bolsillo, mal, casi dejándola caer. Intentó pasar hacia la puerta, pero el profesor le cerró el camino y lo empujó contra el muro.

El golpe le quitó el aire.

La piedra de la pared estaba fría contra su espalda. El borde de una gafa le apretaba la mejilla.

Su varita estaba en el suelo. La vio por debajo de un brazo, demasiado lejos para alcanzarla.

Quirrell tenía la manga envuelta sobre la mano. Buscó su bolsillo.

Harry no quería tocarlo. Había visto lo que ocurría y el sonido seguía en su cabeza. Tampoco podía dejar que sacara la Piedra.

Le sujetó la muñeca por donde la tela no cubría la piel.

El profesor retrocedió con un grito. Harry perdió el pie y cayó sobre una rodilla. No lo soltó.

—¡Quítalo!

No supo quién había gritado. La cara de Quirrell se doblaba de dolor. Harry sentía los dedos acalambrados, la frente ardiendo y un terror tan grande que no le dejaba pensar una frase entera.

El profesor intentó aplastarlo contra la pared. Harry agarró la otra muñeca. La Piedra se salió del bolsillo y golpeó el suelo, una vez, antes de rodar hacia el espejo.

Quirrell la vio. También Harry.

Se aferró más fuerte.

Un ruido de pasos llegó del otro lado de la puerta. Harry no pudo volverse para averiguar si eran sus amigos.

El cuerpo del profesor se arqueó. Algo lo abandonó con un frío que no parecía aire; Harry sintió que la fuerza contra sus manos desaparecía y que todo el peso caía hacia él.

Alguien abrió la puerta.

Harry vio una manga clara, unas gafas y una mano que recogía la Piedra antes de que pudiera rodar más lejos.

Dumbledore dijo su nombre.

Harry quiso avisarle de Ron.

No consiguió terminar.

CAPÍTULO 32

Las personas que volvieron

Harry

Al despertar, Harry intentó cerrar la mano y el dolor lo hizo dejar de intentarlo.

Había vendas, una sábana limpia y demasiados dulces en una mesa. Ron estaba sentado en una silla con el hombro protegido. Hermione sostenía un libro cerrado sobre las rodillas.

Las envolturas de colores llegaban hasta la base de una jarra. Harry tenía calor bajo la manta, pero los dedos quedaban fuera, junto al pliegue de la sábana. El pelo se le había aplastado contra la almohada.

Harry miró primero la muñeca de su amigo.

—¿Puedes moverla?

Ron flexionó dos dedos.

—Si Pomfrey no está viendo.

Hermione no sonrió hasta que Harry volvió a apoyar la cabeza.

Habían pasado casi dos días. Ron quiso contar lo que ocurrió después de la partida; Hermione lo hizo parar cuando comenzó por la llegada de los profesores sin explicar cómo consiguieron abrir la puerta de las llaves.

La llevaba ella. Había vuelto con Ron y oído voces al otro lado. Los adultos necesitaban entrar sin perseguir llaves mientras

atendían a un herido. Hermione pudo abrir y advertir dónde estaban la planta y el control roto.

Flitwick se ocupó de Ron. Snape y McGonagall siguieron adelante.

—Neville los encontró —añadió ella—. No dejó que le dijeran que todo estaba revisado.

Harry miró la manta. Recordó a su amigo frente a la puerta del dormitorio.

—Tenía razón.

Ron no intentó negarlo.

Harry contó que había encontrado a Quirrell. Las palabras le salieron mal al describir el rostro; tuvo que volver a empezar y no quiso levantar las manos para mostrar cómo lo sujetaba.

Hermione escuchó sin hacer preguntas innecesarias.

Ron miró el hombro vendado.

—Estábamos seguros de Snape.

Harry recordó la clase de Defensa. Lo mucho que le había gustado que el profesor esperara sus preguntas.

No le contó esa parte. Todavía le daba una vergüenza que no sabía dónde poner.

Dumbledore llegó cuando sus amigos salieron a comer.

Le devolvió la varita revisada y se sentó donde Harry no tenía que incorporarse para verlo.

Harry abrió la mano vendada hasta que los dedos empezaron a tirar.

—La Piedra salió del espejo.

—Añadí un encantamiento al llevarlo allí —dijo Dumbledore—. Quien quisiera encontrarla para usarla seguiría viendo lo que deseaba, sin poder sacarla.

Harry se acordó del peso pequeño contra la palma.

—Yo quería que Quirrell no la encontrara.

—Querías ponerla a salvo, no aprovechar sus poderes. Ésa era la condición.

Harry volvió a cerrar los dedos, con cuidado. Quirrell había estado tan cerca que no conseguía sentir que aquello hubiera sido fácil.

—¿Dónde está ahora?

La Piedra ya no servía. Nicolas y Perenelle Flamel habían decidido destruirla; tenían elixir para ordenar sus asuntos, no para seguir viviendo indefinidamente.

Harry apretó la manta con los dedos que no le dolían.

—¿Por lo que pasó?

—Por lo que podía seguir pasando. Lo decidieron ellos.

No consiguió alegrarse con esa respuesta como había imaginado que se alegraría al saber que Voldemort no tenía el objeto.

Quirrell había muerto. Voldemort abandonó el cuerpo que llevaba sosteniendo y dañando desde antes. La resistencia de Harry le había permitido vivir lo suficiente para recibir ayuda.

Harry miró sus vendas.

—Yo seguí agarrándolo.

—Estaba intentando hacerte daño.

Harry se acordó de que no quería tocarlo. No sintió una victoria al repetirlo en su cabeza.

Dumbledore no lo obligó a describirlo otra vez.

Le explicó la protección de Lily. Ella se había quedado entre Voldemort y su hijo cuando podía haber hecho otra cosa. Harry no había lanzado un hechizo contra Quirrell; el contacto con una vida protegida de aquella manera dañaba al hombre a través del que intentaba actuar Voldemort.

—Mi madre —dijo Harry.

El director asintió.

Harry se quedó mirando el borde de la sábana. Durante meses había imaginado preguntas pequeñas, un zapato sin suela, una cesta que no cerraba. Ahora tenía otra respuesta grande y ninguna forma de preguntarle si sintió miedo.

Dumbledore esperó.

—No quiero que sólo me la cuenten por eso —dijo Harry al fin.

—Podrás conocer más cosas de ella.

Harry asintió sin mirarlo todavía.

Lo demás fue encontrando lugar entre las visitas, las comidas y las revisiones de Pomfrey.

Quirrell había usado el troll para desviar a los profesores. Snape se lastimó con Fluffy cuando intentó impedir que alguien aprovechara el desorden. Durante el partido, la maldición y el contrahechizo se habían cruzado sobre la Nimbus; el banderín interrumpió también a Quirrell.

Harry se acordó de Malfoy corrigiendo el orden de lo que vieron. No le gustó tener que darle la razón. No dejó de ser verdad por eso.

La solicitud que alejó a Dumbledore era falsa. Al comprobarlo, el director regresó. McGonagall sí había enviado a revisar la puerta: Quirrell, encargado de parte de las defensas, aseguró que no había

intrusión y después desapareció. El prefecto y Neville llevaron un relato que no coincidía con esa seguridad.

—Tendríamos que haber comprobado mejor algunos avisos —reconoció el director—. Eso no significa que ustedes supieran lo que encontrarían.

Harry miró hacia la silla donde Ron se había sentado.

—No sabía.

No le gustó admitirlo delante de quien lo había sacado de la última sala. Dumbledore no convirtió la respuesta en un sermón.

También fue él quien había enviado la capa en Navidad. James se la había confiado antes de morir. Harry tocó la tarjeta y las iniciales.

Era suficiente saber de dónde venía.

Neville le llevó el cuaderno azul. Había guardado sus cosas para que nadie las prestara mientras estaba en la enfermería.

Harry le dio las gracias y luego se quedó sin saber cómo continuar.

Neville seguía de pie junto a la cama, con la bolsa colgando de un hombro y el cuaderno ya fuera de sus manos. Tenía una mancha de tierra seca cerca de un puño.

—Encontraste a McGonagall.

—Sí.

—No te callaste.

Neville se acomodó la bolsa.

—Te dije que no iba a hacerlo.

Harry sonrió un poco.

—Ya sé.

Neville le contó después cómo había ido Herbología. Había sacado una nota buena y quería que Harry oyera la parte del trasplante. Harry lo escuchó entero.

Cuando por fin pudo salir, Wood lo esperaba con la noticia del partido perdido contra Ravenclaw. Katie había hecho de buscadora; un suplente ocupó su puesto entre los cazadores. No consiguieron ganar.

Harry bajó la cabeza.

—Tú estabas donde debías estar —dijo Wood.

No parecía contento con el resultado. Harry agradeció que no intentara fingirlo.

Slytherin ganaría la copa deportiva por el conjunto de la temporada. Gryffindor todavía tenía que mejorar varias cosas. Harry estaba en la lista, pero no era la lista entera.

Cuando Ron pudo mover bien la muñeca, terminaron el torneo. Lee aceptó aplazar la final para no ganar contra alguien a quien Pomfrey todavía prohibía levantar peso.

Harry se sentó a mirar con Neville. Ron estudiaba el tablero, con la mano sana cerca del borde. Había una torre expuesta que Lee llevaba varios movimientos amenazando.

—Te la va a tomar —murmuró Neville.

Harry lo vio al mismo tiempo. Ron no la retiró.

Lee hizo la captura y se quedó mirando la diagonal que acababa de abrir. Alzó la cabeza. Ron ya tenía preparada la siguiente orden.

Tres movimientos después, Lee se recostó contra el sillón.

—Otra el año que viene.

Dean le entregó a Ron una copa dibujada. Fred examinó la base y aseguró que podían conseguir una mejor. Ron alisó el papel antes de guardarlo.

Harry miró la copa sin necesitar verla en ningún espejo. Estaba en las manos de su amigo y todos habían visto cómo la ganó.

Hagrid lo encontró esa tarde junto al banco del huerto.

Traía dos sobres.

El banco tenía una franja tibia donde había dado el sol. Detrás quedaban las hileras del huerto, con tierra oscura entre las plantas y olor a hojas calentadas por el sol. Hagrid llevaba los sobres sujetos por las esquinas para no doblarlos.

Había preguntado a conocidos de sus padres si guardaban fotografías. Harry tocó el primero con una lentitud que no pudo disimular. Dentro había una imagen de Lily sentada junto a unas amigas, con un libro en las rodillas. Una intentó leer por encima de su hombro. Su madre retiró el libro y empezó a reírse.

Harry se acercó la foto a la cara.

No había sonido. Ella no dejó de mirar a sus amigas para escucharlo.

La fotografía de James lo mostraba con varios libros junto a una ventana. Uno empezó a resbalársele. Lo atrapó por el lomo y se rio de la persona que tomaba la foto.

Harry esperó hasta verlo caer otra vez.

Hagrid se sentó a su lado. Fang apoyó la cabeza en uno de sus zapatos.

—La del espejo se volvía cuando yo quería —dijo Harry.

No sabía cómo explicar el resto. Lily, en el papel, tenía un libro que no quería prestar y una tarde que seguía ocurriendo aunque él no mirara.

Hagrid no intentó terminar la frase por él.

Harry puso las dos fotografías en el cuaderno azul, protegidas por los sobres. Todavía le dolían los dedos. Los cerró despacio sobre la cubierta y se quedó en el banco, junto a alguien que había conocido a sus padres cuando también tenían cosas que aprender.



CAPÍTULO 33

Diez puntos

Dracenia

Dracenia leyó su nombre antes de mirar el total.

Cinco puntos por avisar a Snape.

Había esperado más. Había dado una información importante sin entrar a ninguna sala prohibida, sin subirse a una escoba maldita y sin obligar a Pomfrey a retenerla dos días. Cinco parecían pocos comparados con todo eso.

Después miró los de Gryffindor.

Treinta y cinco para Weasley. Treinta y cinco para Granger. Cuarenta para Potter.

Dracenia volvió al saldo anterior. Trescientos cinco. Hizo la cuenta sin mover los labios y llegó a cuatrocientos quince.

Igual que Slytherin, después de sumar sus cinco a los cuatrocientos diez.

Por un momento sintió un pequeño alivio. Tal vez no les darían la copa a nadie. Tal vez…

Longbottom tenía diez.

Dracenia miró el renglón. Por reconocer el peligro y avisar a los profesores pese al desacuerdo con sus amigos.

Cuatrocientos veinticinco.

Los diez que faltaban para que no fuera empate.

Pansy terminó de leer a su lado.

—No los van a cambiar por mirarlos otra vez.

Dracenia soltó la hoja.

Los puntos estaban publicados antes de la cena. No hubo que esperar a que la sala cambiara de color delante de todos; los colores de Gryffindor ya colgaban cuando entraron.

La vajilla hacía un ruido constante. Dracenia fue siguiendo los colores rojos entre unas cabezas y otras hasta que Pansy le dio sitio. Se sentó sin mirar hacia la mesa de Gryffindor; los colores también se veían desde el banco, sin tener que estirar el cuello.

Eso no hizo que Dracenia tuviera más ganas de comer.

En la otra mesa, Weasley hablaba sin dejar de mirar a Longbottom. Potter le había acercado la hoja para que pudiera leerla sin asomarse por encima de los demás. Granger dijo algo y Neville sonrió con una vergüenza que Dracenia encontró particularmente irritante.

No había tenido que ganar un partido ni entrar al subsuelo para conseguir los puntos que decidían todo.

Ella tomó pan.

Los cristales de las gafas de Potter brillaron al inclinarse sobre la hoja. Dracenia no pudo verle la expresión, sólo el pelo negro levantado por un lado. Arrancó una miga de su pan.

Pansy le pidió que pasara la mantequilla. Dracenia se la acercó con demasiada fuerza y su amiga tuvo que sujetar el plato.

—No es culpa mía.

Dracenia aflojó la mano.

En la mesa de los profesores, Dumbledore habló de decisiones valientes. No contó lo que había ocurrido en cada sala. Dracenia sabía que Potter había encontrado a Quirrell, que el profesor no regresaría y que había un objeto importante del que los mayores hablaban bajando la voz.

No conocía el resto. Le molestaba que sus cinco puntos fueran por algo cuyo final tenía que adivinar como los demás.

El año siguiente no iba a quedarse esperando noticias en la sala común.

Lo decidió mientras miraba la copa de Quidditch, que sí era de Slytherin.

Potter apareció junto a Encantamientos al día siguiente con una autorización para guardar la Nimbus con su equipaje.

Dracenia todavía llevaba el cuaderno verde. Pansy había ido a devolver un libro; le quedaba un minuto sin testigos conocidos.

—Lo que dije en el partido era cierto.

Potter dejó de doblar el permiso.

—Sí.

—Snape no había empezado antes de que tu escoba se descontrolara.

Él miró el papel.

—Nos fijamos al revés.

—Yo no.

Potter levantó los ojos.

—Tú no.

Dracenia había preparado otra réplica, pero no encontró dónde ponerla. Él no parecía dispuesto a discutir un dato que ya sabía verdadero.

—El año que viene no van a detenerlo todo cada vez que vueles mal —dijo al final.

Potter guardó el permiso.

—Pues fíjate también cuando vuelo bien.

Ella lo miró alejarse. Era muy fácil ponerse insoportable con cuarenta puntos nuevos y una escoba que no había tenido que comprar.

Pansy regresó antes de que Dracenia pudiera seguir pensando en qué debió contestarle.

—¿Ya acabaron?

—Él se fue.

—Lo vi.

Los resultados de las clases le dieron mejores noticias. Encantamientos era su informe favorito; Pociones tenía una observación de enero que no había disminuido de tamaño con el resto de las notas.

Dracenia ordenó los papeles para que su padre leyera primero lo mejor.

Guardó la fotografía del jardín en el cuaderno. La esquina reparada no se despegaba. No la había arreglado de un modo elegante, pero seguía sujetando todas las hojas.

En el tren, Pansy le prometió escribir. Millicent les ganó un juego que Dracenia intentó declarar mal empezado.

—No has dicho eso cuando ibas ganando —observó Pansy.

Dracenia miró las piezas. Le faltaba un solo movimiento para llegar y lo tenía preparado desde antes del último turno.

—Podríamos hacerlo más rápido.

Millicent ya estaba recogiendo su premio. Pansy se negó a repetir la ronda. Dracenia dejó la pieza junto al tablero y tomó un bollo. Cuando empezó la siguiente, todavía sabía qué movimiento quería probar.

Al llegar al andén encontró a sus padres antes de que ellos la vieran. Narcissa se inclinó para abrazarla sin atender a quién estaba mirando. Dracenia protestó apenas, luego se quedó quieta dentro del abrazo.

Lucius tomó el asa del baúl.

—¿Todo eso pesa más que cuando te fuiste?

—Los libros no.

Su padre miró el cuaderno que llevaba bajo el brazo. Dracenia lo sujetó por el borde sano.

Quería llegar a casa. Quería enseñar sus resultados antes de tener que explicar otra vez los tres puntos.



CAPÍTULO 34

Sin decir Potter



Dracenia

La bandeja de la merienda estaba donde Dracenia quería poner sus resultados.

La apartó hasta el centro. Su padre se sentó enfrente y Narcissa le sirvió el té como le gustaba. El primer sorbo le supo a casa antes de que empezaran las preguntas.

La tetera tenía la tapa caliente y el plato de las tostadas dejaba migas sobre la bandeja. La luz de la ventana llegaba hasta las hojas de notas. Dracenia seguía con la ropa del viaje; le tiraba un poco el cuello al inclinarse sobre la mesa.

Lucius tomó la hoja de Encantamientos.

—Bien.

Dracenia se inclinó un poco.

—Flitwick dice que mejoré mucho el control.

—Lo estoy leyendo.

Ella esperó a que llegara al final. Quería contarle el aro, los cinco segundos de la pluma, el giro que por fin conseguía sin bajar demasiado. También quería que no pasara a la observación de enero.

Lucius pasó a la observación de enero.

—¿Cambiaste las muestras?



—Dos. Sabía cuáles eran.

—No te pregunté si lo sabías.

Dracenia puso las manos junto a la taza. Narcissa le acercó una tostada.

El pelo rubio le caía junto a la cara, algo deshecho después del viaje.

—No íbamos a mezclarlas todavía. Snape estaba revisando antes de dejarnos encender.

—Entonces perdiste tres puntos antes de empezar.

Dracenia había oído a su padre hablar así de otros. Le gustaba cuando ocurría en otra mesa.

—Potter estaba esperando que hiciera algo.

Lucius mantuvo un dedo junto al renglón.

—¿Y decidiste dárselo?

Narcissa apartó el plato de mantequilla para alcanzar la tetera.

—Cuéntanos lo que pasó sin empezar por Potter.

Dracenia mordió la tostada. Hubiera preferido no tener la boca llena cuando encontró una respuesta.

—Longbottom no se habría dado cuenta.

Su padre dejó la hoja.

—No mejora lo anterior.

No dijo que estuviera mal hacerle aquello. Parecía molestarle más que Snape hubiera tenido que corregirla delante de todos. Dracenia podía entenderlo. También habría preferido que lo hiciera a solas.

—Severus podría haber hablado contigo a solas —dijo Narcissa.

Dracenia bebió té. Narcissa no le había dado la razón sobre las hojas, pero seguía estando de su lado de una manera que a ella le costaba explicar.

Los veinte puntos del traslado les llevaron más tiempo.

Narcissa quería saber por qué siguió tirando del pie. Lucius preguntó qué iba a conseguir mirando salir el carretón. Dracenia dio la explicación que había preparado. No sonó mejor en voz alta.

—Slytherin ganó la copa de Quidditch —añadió.

—Lo sé —contestó su padre.

—También habríamos ganado la otra si no dieran puntos después.

Lucius juntó los papeles.

—Estoy viendo tus resultados.

Dracenia se recargó contra la silla. No le había gustado esperar informes del colegio y ahora que estaba en casa tampoco le gustaba escucharlos.

Después su padre volvió a Encantamientos.

—Trabajaste bien aquí.

Ella levantó la cabeza antes de poder contenerse.

—Y no necesito saber cómo le fue a Granger para verlo —añadió Lucius.

Dracenia dejó la tostada. Tenía algo que pedir y, si esperaba a terminar de hablar de los demás, no encontraría el momento.

Fue por el cuaderno verde.

Narcissa pasó el dedo junto a la tira de reparación.

—Todavía podemos cambiarlo.

Dracenia lo abrió por las últimas prácticas.

—Éste tiene lo que hice.

Su madre giró el cuaderno para que Lucius pudiera verlo mejor. Dracenia estuvo a punto de advertirle que no era la mejor página. Apoyó el pulgar en la esquina reparada y esperó.

Él miró los números y las correcciones. No le preguntó por qué las pulgadas estaban tachadas. Dracenia no pensaba empezar por ahí si podía evitarlo.

El cuaderno no quedaba del todo plano donde lo habían reparado. Desde su silla, Dracenia veía las letras al revés.

—Quiero que venga alguien a estudiar conmigo —dijo.

Lucius alzó la mirada.

—¿En vacaciones?

—Antes también estudiaba aquí.

Narcissa sostuvo la tetera sin servir todavía.

—En el colegio tienes profesores.

—Para todos a la vez. Quiero muestras. De las que se pueden mirar sin preparar nada. Alguien que me diga si reconozco bien cada cosa.

No quería volver a oír a Granger explicar lo que había encontrado en una biblioteca. Podía tener mejores libros y a una persona que ya hubiera tenido tiempo de leerlos.

Lucius se recostó.

—¿Quieres que te faciliten los ejercicios?

—Quiero saber hacerlos.

La respuesta le salió con demasiada rapidez. Esperó a ver si su padre lo consideraba una discusión.

Él volvió a mirar el cuaderno.

—Voy a averiguar quién está disponible.

Dracenia pudo soltar el borde de la silla.

Narcissa sirvió al fin.

—Y no vas a pasar todo el verano encerrada. Pansy vendrá, tendremos visitas y habrá días sin ejercicios.

Dracenia asintió. No quería perderse las visitas. Le gustaba reconocer a las familias sin tener que pedir que le explicaran de dónde venían.

Su padre le devolvió el cuaderno.

—La próxima vez, cuéntame algo bueno de ti sin mencionar a Potter.

Dracenia cerró la tapa. Sabía muchas cosas buenas de ella. Había aprendido a sostener un aro, a distinguir hojas y a volar mucho mejor que casi todos los de su curso. Podía contarlas sin hablar de Potter, aunque no entendía por qué tenía que hacerlo si siempre conseguía interrumpir hasta las conversaciones donde no estaba.

Lucius se levantó. Al pasar le puso una mano breve y cálida en el hombro.

—Me alegra que estés en casa.

Dracenia sonrió sin tener que escoger la expresión. Su madre le quitó una miga de la manga.

—Ahora a cambiarte. La ropa del viaje no se guarda con la limpia.

Se llevó el cuaderno a su habitación y buscó papel para Pansy. Empezó por las clases particulares, aunque su padre todavía tuviera que averiguar quién vendría. Al escribir que había enseñado sus resultados, hizo girar la pluma entre los dedos. Se acordó de Pansy en el dormitorio de Hogwarts, contando mientras ella se esforzaba por no bajar la varita.

La lámpara de su mesa iluminaba el papel limpio y la esquina reparada del cuaderno. Desde el pasillo llegaban las voces de sus padres, sin el ruido de alumnas preparándose para dormir.

Añadió que trajera el dibujo del perro cuando fuera de visita. No pensaba repetir la búsqueda de todas las cintas, pero aún podía mejorarle las orejas.

Los tres puntos podía dejarlos fuera. Su amiga ya conocía esa historia.

CAPÍTULO 35

Una ventana para Hedwig

Harry

El baúl no cabía debajo de la escalera.

Harry lo había olvidado. Durante el curso, aquel espacio se había quedado en su memoria como un lugar desagradable, pero no tan pequeño. Ahora tenía delante la puerta abierta, una caja de ropa vieja y la cama donde habría tenido que doblar las piernas.

El aire olía a ropa guardada. La luz del recibidor alcanzaba la esquina del colchón y dejaba oscuro el fondo, bajo la parte más baja de la escalera. El asa del baúl le apretaba la palma.

Vernon esperaba detrás.

—No lo dejes en mitad.

Harry retiró el baúl sin llevarlo hacia la calle.

—Aquí no cabe.

Su tío miró la jaula, después la puerta. Harry no soltó el asa.

Petunia salió de la cocina.

—Al cuarto pequeño.

Dudley apareció antes de que Harry pudiera preguntar.

—Tengo cosas ahí.

—Que no usas —respondió ella—. Quítalas de la cama.

Su primo lo miró como si Harry hubiera movido los muebles mientras estaban en la estación. Harry alzó una esquina del baúl y comenzó a subir. Vernon lo ayudó cuando estuvo a punto de golpear la pared.

No era un regalo. Petunia seguía molesta por tener que decidir qué hacer con sus cosas y Dudley protestaba por unos juguetes rotos que no quería recoger.

Había una ventana.

Harry la vio antes de poner el baúl en el suelo.

Hedwig había viajado más tranquila que él. En el tren, Ron y Hermione se turnaron para mirar las fotografías. Ron preguntó si la de James hacía lo mismo cada vez que uno volvía a verla; Hermione quiso leer las notas de los sobres y luego se disculpó por pedirlas.

Harry las había enseñado sin esconder la parte donde se quedaba observándolas demasiado rato.

También llevaba una dirección de cada uno. Ron había escrito debajo que no tardara en contar cómo consiguió guardar la escoba donde Dudley no pudiera tocarla.

Harry miró el cuarto pequeño. Tendría que resolverlo.

Dejó la jaula sobre la mesa y retiró una torre de juguetes. Dudley le dijo que no tirara ninguno. Él los puso en una caja sin discutir si un coche sin ruedas seguía siendo un coche.

Donde habían estado los juguetes quedó un rectángulo limpio entre el polvo. La cortina no llegaba hasta el suelo. Harry podía ponerse de pie junto a la cama sin agachar la cabeza.

Quería terminar antes de cenar. No por miedo a que le quitaran las cosas, sino porque tenía otras que hacer.

Sacó el cuaderno azul. Los sobres se habían quedado entre las últimas páginas, junto a la carta de Hagrid que hablaba de la cesta de Lily.

Harry abrió el de Lily.

Petunia pasaba frente a la puerta y se detuvo.

Durante un segundo, ninguno de los dos habló. La mujer de la foto volvió a apartar el libro de las manos de su amiga.

—Es mi madre —dijo Harry.

Su tía apoyó los dedos en el marco.

—Ya sé.

Harry esperó. Tal vez recordara el banco, el vestido o alguna cosa que no pudiera encontrar en una nota enviada por otra persona.

Petunia miró la ventana.

—No dejes los papeles ahí. Se van a volar.

Se fue por el pasillo.

Harry guardó la fotografía en su sobre. Le dolió que no dijera más. No sintió que hubiera hecho algo malo por enseñarla.

La Nimbus cabía detrás de la puerta si la ponía de lado. Los libros fueron al estante vacío que Dudley había dejado después de quejarse de que no estaba vacío. Harry guardó la capa de su padre debajo de una camisa y puso la caja de la varita en un cajón.

El cajón se atoró.

Pensó en usar magia y recordó las reglas del verano. Tuvo que levantar una esquina y tirar con las dos manos. Se abrió con un ruido horrible que hizo gritar a Vernon desde abajo.

—Ya está —contestó Harry.

Esta vez era cierto.

Se sentó. Todavía tenía sensibles las palmas; no le impedían escribir. Ron también se había recuperado. Harry recordó cómo doblaron los bordes del papel para guardar la copa de Dean sin arrugar el dibujo.

Neville también había prometido escribir. No encontraron una forma solemne de despedirse: Trevor trató de salir de la caja en mitad del andén y tuvieron que terminar entre una correa torcida y una abuela con prisa.

Harry sonrió al recordarlo.

Abrió la ventana. Hedwig salió a la repisa, miró el jardín y se volvió hacia él. La jaula podía quedarse abierta.

Harry puso una hoja sobre la mesa.

El aire fresco le enfriaba la frente por encima de las gafas, donde el pelo negro dejaba al descubierto un extremo de la cicatriz. Llegaba olor a hierba del jardín, y la cortina se movía junto a la mesa.

Ron:

La habitación tiene ventana. La escoba cabe detrás de la puerta. Dudley todavía no la ha visto, pero ya decidió que no quiere compartir el cuarto conmigo, así que por ahora vamos bien.

Se detuvo para dejar secar la tinta. Pensó en el Sombrero y en las ganas que había tenido de sentarse con sus nuevos amigos, en las manos de Neville sosteniendo una maceta, en la cara de Malfoy cuando él le daba la razón y no le dejaba seguir discutiendo.

No necesitaba contar todo en la primera carta.

Escribió sobre el baúl, sobre el cajón y sobre el partido de ajedrez que quería jugar cuando volvieran a verse. Al terminar había oscurecido un poco y Hedwig esperaba con el plumaje levantado contra el aire fresco.

Harry ató la carta como Ron le había enseñado.

La lechuza se alejó sobre los tejados. Él siguió mirando hasta perderla de vista y después regresó a la mesa, donde las fotografías estaban a salvo entre las páginas del cuaderno.

Todavía tenía que escribirle a Hermione.